

Eduardo Ammatuna

Stefano y los negreros

© Eduardo Ammatuna
Stefano y los negreros

Editorial Arandurã
Tte. Fariña 1028
Asunción-Paraguay
Tel.: (595 21) 214 295
e-mail: arandura@hotmail.com
www.arandura.com

Mayo 2019

ISBN:

Prólogo

Porqué habría de escribir yo el PRÓLOGO de un libro? Me lo pregunté cuando el autor me lo pidió; y si enseguida accedí, fue porque Eduardo Ammatuna es un ítalo descendiente al igual que yo y que muchos, que amamos la italianidad en el Paraguay y en el mundo todo.

El autor de “STEFANO y LOS NEGREROS” es una persona muy cercana al “Circolo Deportivo y Cultural Italo Paraguayo” y al “Comitato degli Italiani all’Estero”(Com.it.es) que aglutinan a todos los descendientes y a las Asociaciones Regionales de Italia en nuestro país. Pero..., me preguntaba también: bastan éstas razones para que tenga que escribir el prologo de una obra Literaria ya que no soy ningún virtuoso de la lectura?, y entonces pensé: pero yo sí soy un apasionado de “las raíces en las Familias”. Voy a intentar hacer una pequeña introducción; no precisamente un PRÓLOGO, a aquello con lo que el lector va a encontrarse leyendo esta obra, que en su primera parte nos cuenta de una manera muy realista, algo por lo cual muchos, todos, o casi todos nuestros abuelos/as y bisabuelos/as han pasado o han sufrido al emprender el viaje hacia “l’America” en búsqueda de sus destinos o en búsqueda de nuevas y mejores oportunidades.

Ésta breve obra literaria es una novela que mezcla muy bien la ficción con la realidad, donde no falta la acción, el peligro ni el valor de los personajes y se sustenta en pilares fundamentales como son los valores Sociales y Culturales de los pueblos de Italia y Paraguay, y si bien podemos enmarcar a éste libro en la categoría de las “Novelas”, en su primera parte

es muy realista, tiene poco de fantasía, pero sin embargo en la medida que se avanza en la lectura de la obra, escrita en forma amena y utilizando una narrativa fluida que no retacea la acción, ni el peligro, ni el valor de sus personajes, se va descubriendo la imaginación de la que hace gala el autor, sorprendiendo al lector con un final no esperado.

Podemos también señalar por último, que esta obra dá vida a un héroe de ficción Italo-paraguayo, defensor de los valores más arriba señalados dándoles la importancia y el valor en su justa dimensión al sentido de la Solidaridad, de la Libertad, de la Justicia, de la calidez y de la humanidad toda.

José Zanotti-Cavazzoni.

Asunción, Mayo/2019

Capítulo 1

Un día de sol quemante, de salada humedad aceitosa, que se pegoteaba al cuerpo acostando a los vellos en contra de su natural voluntad, y con un polvo al viento y al cuerpo llegó a su maltrecha casa de piedra blanca Antonino; se detuvo una chispa de instante pensativo, y luego decididamente empujó suavemente la puerta de tablas, lo que no evitó el crujir de las mismas y el rechinar de sus resecos goznes.

—¿Tu madre? —preguntó.

—Está en el campo con los demás..., yo vine a buscar agua para beber.

Antonino derramó el resto de agua que había quedado en la descascarada palangana enlozada y vertió en ella el contenido del balde que estaba al pie de la misma. Se mojó las manos blancas de polvo, las ahuecó para juntar suficiente líquido y se lo echó a la cara dos o tres veces. Sus cejas y pestañas volvieron a tomar el color de antes. Desde la puerta siguió con la mirada los pasos de su hijo y se echó a andar detrás de él.

El camino no era tal y el campo tampoco, uno era una serie de pisadas en el suelo pedregoso y descubierto, sin ninguna vegetación que se atreviera o pudiera echar raíces en el lugar; el otro tampoco, solo era una pequeña porción de tierra ajena que llevaba como renta una buena parte del sudor que caía sobre ella. ¿El propietario? Uno de los tantos terratenientes que ni siquiera recordaba cómo la había obtenido. ¿Quiénes la ocupaban? Tampoco lo sabía; solo el responsable de cobrar la renta

los conocía a la perfección porque una parte, con certeza, terminaba en los bolsillos de su pantalón.

Si hubo un saludo de bienvenida, una seña o algo así, no fue perceptible; esos ojos negros profundos circundados de arrugas nada dejaron entrever, en cambio se clavaron fijamente en las manos de su mujer que luchaba con afán para mantener erguido y en rumbo el artesanal arado de madera. ¿Cómo podían esas manos rudas de trabajo doméstico, de acarrear baldes y baldes de agua, de ayudar muchas veces en la reparación de la casa y de otras cosas más afines al hombre, empujar a la par que los animales para roturar el pedregoso e inerte suelo un tosco y grueso “*aratro*” de tres metros de largo y casi tan alto como ella? ¡La absoluta necesidad, la indeclinable responsabilidad hacia su familia, el deber de sobrevivir a pesar de los escasos medios y las condiciones adversas eran parte de la respuesta!

Cuando el sol iniciaba su retiro hacia donde habitan las deidades de la Magna Grecia desde tiempos idos, las mitológicas criaturas, hijos de dioses y monstruos de los acantilados de la épica Sicilia y los espíritus de los guerreros de la Roma imperial, Paolo, Giuseppe y Rosa se alejaron de los surcos jugueteando y saltando sobre el “*muretto a secco*” que dividía el terreno portando sobre sus espaldas la mirada de María.

Antonino liberó los animales y dejó recostado el “*aratro*” sobre la última porción del último surco para reiniciar el trabajo al otro día desde el mismo sitio. Concluida la tarea de alimentar y abrevar a las mulas enfiló hacia la vivienda.

Todos pulcros, dentro de lo que la situación les permitía, esperaban al padre sentados a la mesa. Cuando Antonino terminó de acomodarse, María sirvió la cena.

La última comida del día transcurrió como era habitual con algunas llamadas de atención y amenazas de castigo a los vivaces niños y con cuasi monólogos sobre la actividad del día que concluía.

No hizo falta dar la orden de ir a la cama; los pequeños sin discusiones, ni gritos, ni peleas fraternales y cansados como estaban fueron directo al lecho.

María bajó un poco la mecha de la lámpara para ahorrar el keroseno y volvió a la mesa junto a su marido. Era el momento de hablar sobre lo que los demás no debían oír ni saber.

A pesar de la necesidad de respuestas y de que Antonino recién había regresado de sus días de ausencia María no había abierto la boca hasta ese momento.

–¿Cómo te fue? –preguntó tímidamente como temiendo lo que podría escuchar.

–El camino atroz como siempre... –contestó Antonino sin terminar la frase.

Se lo veía cansado y atribulado mentalmente por las adversidades que estaba padeciendo toda la familia; adversidades que nadie más que él debía resolverlas. No había otro camino para María, ella tan solo podría aconsejar u objetar, pero solo hasta allí y hasta ese punto, la época y el lugar no le permitirían que fuera más allá.

–¡Lo sé, lo sé! Ya los anoté a todos.

–¿Anotaste?... ¿Dónde?... ¿No teníamos que hablar antes?

–¡Lo sé, lo sé!

–¡Lo sé, lo sé, lo sé!... ¡Pero yo no lo sé! –espetó María a su cada vez más nervioso marido. ¡Habla de una vez!

- ¿Y qué estoy haciendo mujer?
–Dando vueltas –musitó enérgica.
–¡Sí! Porque no me dejas hablar.
–“¡Oh Dio!” ¡Habla entonces... explícate!
–¡Basta María! –respondió con furia reprimida.

Enseguida María entendió lo que significaba que Antonino le dirigiera la palabra de tal forma. Al margen de su impaciencia conocía muy bien a su marido y vio que ese no era el momento adecuado para llevar delante de esa forma la discusión.

El problema que Antonino estaba enfrentando no era ni simple ni libre de consecuencias; el hombre ya encanecido prematuramente ahora denotaba un contenido sufrimiento interno que le hacía propenso a tener poca tolerancia. Necesitaba un apremiante sosiego. En su rostro se veía cada vez más un número mayor de surcos, tan profundos que se habían convertido casi en atrevidas dobleces que los pelos de la cara y los carrillos ya no podían cubrir ni disimular; las cejas, al igual que el cabello también ya las tenía encanecidas.

–Está bien Antonino, tienes razón. Dime lo que tienes que decir, te escucho.

–Conseguí anotarnos en una agencia que buscaba gente para trabajar en América...

–¿América?! Habías dicho que iríamos al norte.

–¿Al norte? ¡Para qué! ¿Para pasar hambre y frío como Tomasso? –y agregó enfáticamente–. ¡No María! –sacudiendo la mano con el fin de espantar algunos insectos atraídos por la lámpara.

María aunque le tentara el deseo de hablar sabía que no debía ir más allá, pero su mirada seguía siendo inquisitiva.

—En el norte, dicen, que no nos consideran, y si no fuese así, y hubiese alguna oportunidad sería para trabajar en las fábricas. ¿Y qué sabemos tú y yo de fábricas? Nunca vimos una, y con ir y limpiar casas y veredas no llegaremos a ninguna parte. También ellos emigran —terminó acotando.

María oía, pero sorprendida y asustada como estaba no escuchaba. Antonino siguió relatando lo que había hecho hasta que sintió la mano de su mujer encima de la suya.

—¿Puedes comenzar de nuevo? —le pidió, y antes de que reiniciara su relato le preguntó—. ¿Y allá qué haremos?

Antonino abrió la boca para responder, pero se vio nuevamente interrumpido.

—Recuerda que tienes una esposa que muy poco lee y solo escribe su nombre.

—Pero que no es ignorante y sabe hacer muchas otras cosas —aseveró Antonino sin mucho convencimiento de la utilidad real y diferente de esas muchas otras cosas en América.

El ambiente estaba denso, no había forma de rebatir lo dicho por María, y como si fuera a propósito el escenario se prestaba a la situación del momento...; el tubo de vidrio de la lámpara, ya poco transparente, iba ennegreciéndose más y más con el humo negro que desprendía la mecha mal seccionada, y la luz amarillenta que aumentaba y disminuía su resplandor al compás de la tenue brisa que lograba filtrarse por la boca del ardiente tubo daba diferentes formas a los objetos y utensilios que estaban sobre la mesa. No era de terror, pero sí propicio para extender la aflicción y la ansiedad.

—¿Lavar, planchar...?

—¡No! —le cortó la frase enfáticamente—. Irás como mi esposa, María.

–Antonino, eso no quita mi condición de analfabeta, y si es así prefiero serlo aquí en mi casa.

–¿Hasta cuándo? –preguntó haciendo a un lado el jarro enlozado a medio tomar.

–Hasta que Dios diga basta.

–O hasta que el viejo Licitra nos deje vivir en su tierra o no podamos pagarle más la renta. ¡Reacciona mujer! Aquí no tenemos ya ninguna perspectiva. ¿Y nuestros hijos qué? ¿Te olvidaste de ellos?

María frunció los labios, aspiró profundo y exhaló un largo y desconcertante suspiro; tenía claro lo que anhelaba, así como también como las limitaciones que le imponían la religión y la sociedad en la que vivía.

–Cuéntame todo lo que tienes en la cabeza –resignada le pidió a su esposo–. Pero todo..., no volveré a interrumpir.

–Caminando por los alrededores del puerto en busca de las gestorías que promueven los viajes a América, me encontré impensadamente con Ruggero, el marido de Dalila, la maestra que enseñaba en la escuela... ¿La recuerdas?... Él estaba en lo mismo que yo, pero más adelantado. Conversamos y me dijo que tuviera cuidado con los embaucadores, que los había de a montones, y me explicó algunas cosas.

Ruggero, prudente y avisado como era no habló mucho más y dejó que Antonino diera tumbos por allí para que aprendiera por costilla propia; a criterio suyo era lo mejor para evitar que más adelante le reprochara por el consejo dado; no obstante, le recomendó a su amigo que no pusiera cara de necesidad, ni firmara cualquier papel que le pusieran enfrente. Sabía que el hombre era duro pero no estúpido; se jugaba a que Antonino no se tragaría las promesas de trabajo y cielo.

Al día siguiente se volvieron a encontrar en la explanada del puerto; ambos habían concurrido para mirar el barco que partía hacia el otro lado del océano. La cubierta de la nave estaba rebosante de gente que saludaba y derramaba tantos lloros como los que los estaban despidiendo.

Antonino de pronto sintió que el corazón se le estrujaba, pero se mantuvo tieso para mantener su sensibilidad oculta a los ojos ajenos. Cuando se dio vuelta para hablar con Ruggero vio que éste también estaba echando lágrimas como el que más. En ese momento Antonino indubitadamente estaría preguntándose: “*¿Si así estamos por la gente que no conocemos tendríamos el suficiente valor para hacer lo mismo?*”.

El reluciente sol daba sus buenos augurios a los viajeros.

—¡Que triste era dejar la patria con un sol así!

Ruggero le puso la mano sobre el hombro y le dijo: “*Vamos, acompáñame al ‘tabaccaio’ que tengo algo que decirte*”.

—Tengo una mejor alternativa a la que ofrecen estos charlatanes que promocionan viajes a América, con estos nadie sabe con certeza adónde irán a parar. América es grande y también habitan en ella muchos estafadores como aquí. ¡Imagina si se juntan los de aquí con los de allá cuáles serán los resultados para los que van!

Antonino lo miraba fijamente a los ojos casi sin pestañear y sin asentir con palabras o con la cabeza lo que estaba diciendo Ruggero; simplemente escuchaba. Más adelante seguramente razonaría sobre lo escuchado.

—Te llevaré junto a un señor que es un oficial del puerto y que te hará hablar con Cipolla; este señor no es un promotor, es un empleado de la Sociedad Transatlántica que busca trabaja-

dores que cuenten con alguna cantidad de dinero y que deseen adherirse al proyecto que está impulsando la Sociedad.

—¿De nuevo otra vez? —cuestionó Antonino a su mujer porque pese a su promesa María lo volvió a interrumpir, y más, continuó cuestionándolo sin cesar.

Mientras la mujer daba largas a la cuestión tozudamente, Antonino para que no saliera de su curso la “conversación”, ni subiera de tono repetía mentalmente: “*Gina, Gina, Gina...*”.

De pronto María dándose cuenta de que su marido no le prestaba atención calló.

—¿Terminaste? Bien; ahora vamos a dormir y seguimos mañana.

—¡Ah no, Antonino! No me levantaré de esta silla mientras no sepa toda la verdad.

Antonino le dirigió la mirada como por encima del marco de un antejo imaginario y se repetía lo mismo con una bronca contenida: “*Gina, Gina, Gina...*”; luego de un rato se decidió a hablar.

—Sí, es cierto que están seleccionando campesinos que irán a trabajar en el campo, pero no en campo ajeno —aclaró.

Ruggero firmó su conformidad por él y por su esposa. Él irá al campo y Dalila a la escuela.

—¿Y? —preguntó enarcando las cejas.

—Y que yo también firmé el papel —y apresuradamente antes de que María abriera la boca continuó— pero nuestras condiciones son diferentes..., a nosotros nos entregarán una parcela grande de tierra con la obligación de producir...; para nosotros mismos —precisó.

—Hasta aquí muy bien... pero cuando la limosna que se ofrece es grande hasta el santo desconfía decía el padre Nicolás en cada misa.

—El santo se puede quedar tranquilo que en nuestro caso no hay limosna ni grande ni pequeña. Tenemos que pagar un dinero, que probablemente ya no lo veremos más, a la Sociedad para poder formar parte de la misma, también debemos pagar los boletos del pasaje de toda la familia y además firmar un compromiso de no abandonar la tierra por varios años. ¡No existe ninguna limosna! —recalcó.

María quedó pensativa observando los insectos que se quemaban al posarse sobre el tubo ardiente de la lámpara; evidentemente no estaba convencida de dejar lo que no tenían y no era suyo por algo que solo era real en las palabras, con la casi certeza de no poder regresar. Dejar allá tan lejos los huesos en aquella parcela, nuestra pero ajena, daba miedo; y mejor ni pensar en los padres y hermanos que se quedan aquí en ésta. Todo convertía su espíritu en un remolino sin salida. “¿Y si no es así?” “¿Y si nos va mal?” “¿Y si nos sucede algo?” “¿Y si no nos quieren?” “¿Y el idioma?”. Los, y si, y si, y si, eran incontables y peor aún... no tenían respuesta.

Antonino que vio a su mujer abatida y absorta en su infinidad de incógnitas posó suavemente su mano sobre las de ella y las apretó delicadamente. Esas manos rudas, sin pulimento, de gruesos y callosos dedos, cargadas de cortes y uñas astilladas, esas manos de piel reseca por el jabón y el polvo, esas manos que no tuvieron la oportunidad de ser esbeltas, pero sí, la gracia

de acunar niños, todavía podían recibir y sentir el mensaje que le transmitía la de su esposo.

—María acompáñame al patio —le pidió Antonino.

Al transponer la puerta percibieron la consoladora brisa del mar que llegaba hasta ellos a través de los tortuosos valles y la enceguedora luz blanquecina de la luna llena que rebotaba en las blancas piedras del “*muretto*”.

—A veces quisiera ser una de esas estrellas..., ellas no tienen trabas, son libres y nadie las desprecia por lo que son..., ni el más rey, ni el más esclavo se atrevería a hacerlo —dijo María acostada sobre el “*muretto*” y acariciando la cabeza de su esposo apoyada sobre su pecho.

—¿Quién dice que los bastos y toscos campesinos no entendemos los encantos y sutilezas del amor y del sexo? ¿En qué cabeza cabe que nuestros niños vienen al mundo sin pretenderlos y solo porque los “cigüeños y cigüeñas” están hirviendo de necesidad? —preguntó susurrándole en el oído a María.

—No pienses en cosas que no son ciertas, sabes que tu cuerpo por las noches entibia al mío, que el simple contacto le da tranquilidad y seguridad al mío y que cuando nos encendemos tus caricias calman mi fuego, y que nuestros niños vinieron cuando decidimos traerlos. También sabes que cuando no estás busco y añoro tu compañía, que no duermo de corrido y que tengo celos como cualquier mujer..., y que nuestra cama es tan pulcra y sensual como otra cualquiera. Él o los que creen algo diferente están perdidos en las vanidades de la sociedad en la que viven o en, si los tienen, el calor de sus títulos nobles conseguidos por circunstancias de nacimiento y no por cualidades extraordinarias, ni por portar sangre de diferente color... en realidad si así fuera no serían Caballeros, Condes, Duquesas, Princesas... sino seres anómalos.

Capítulo 2

Cuando el horizonte comenzaba muy despacio su clareo diario, Antonino apoyando el brazo sobre los hombros de María transpuso la puerta de la casa. Seguramente no habían tenido un sueño prolongado, pero sí una cándida dosis de amor y comprensión.

Antonino corrió la silla de la cabecera y se sentó a la mesa; su compañera se dirigió al recipiente que contenía el agua y se dispuso a lavar los últimos utensilios que habían quedado sin limpiar la noche anterior. Pronto la perseverante lámpara dejó de alumbrar; ya no era necesaria, el alba había penetrado por la ventana.

–Antonino, ¿te sirvo un café?

–Esperemos a que los niños se levanten.

María asintió con un gesto y se sentó a su lado, y sin repetir la pregunta asió la vieja taza y le sirvió el café caliente. Antonino pasó su mano por la mejilla de su mujer a modo de agradecimiento y tomó un buen sorbo; había que estar bien despierto para afrontar el largo y caluroso día; más aún cuando que hoy tenía que labrar la tierra con los asnos porque una de las mulas había enfermado.

Todavía con la mente revolucionada se dirigió al pequeño establo donde estaban los irreducibles asnos, a los que luego de darle unas palmadas cariñosas en el rostro se los llevó hasta donde había quedado el arado. El primero en ser uncido al yugo fue Gino, le siguió Luciano.

Ese día para Antonino se hizo penoso y muy prolongado; y es que tenía la mente perdida en otros pensamientos. Había tomado una resolución y aún no le había contado a María, lo que le provocaba una incertidumbre agobiante; tentaba ideas al respecto, pero ninguna respondía a la pregunta de qué le diría su compañera a la hora de la verdad. Añadido a esto su espíritu estaba sufriendo la tortura de su decisión... ¡Qué difícil resultaba dejar la tierra que odiaba y amaba entrañablemente! La odiaba porque no le daba una sola oportunidad a pesar de haber nacido en ella, y la amaba con el alma porque era suya y la de sus ancestros. Era su tierra por muchas razones, pero era suya antes que nada porque en ella, en su diminuta porción, yacían en paz sus muertos.

Extraña paradoja, era su tierra, pero ni un solo grano de ella le pertenecía.

El tiempo pasó velozmente, como cuando no se quiere que llegue. El matrimonio, mientras esperaba la notificación de la Sociedad, vendió y malvendió sus animales, sus útiles de labranza y lo poco que tenía de utensilios y enceres; Antonino, mientras tanto, fue a trabajar como peón-albañil en una finca no muy cercana. Todo lo que recaudaron con ello no les sirvió para tener derecho, antes de partir, a un lote de terreno allende de su mediterráneo; debían partir con la esperanza de que la promesa se hiciera realidad. Al llegar a destino la Sociedad recibiría muchas hectáreas del gobierno solicitante de mano de obra campesina, y la misma Sociedad las debería transferir, bajo condiciones específicas, a todos “sus” migrantes, aún a aquellos que no pudieron pagar previamente por la porción que les correspondería.

Al final, como todas las cosas de este mundo, el día llegó; un día esperado pero en el fondo de sus seres no deseado, un día de tantos para otros, pero para ellos un día lleno de incertidumbres que les atormentaba en lo más profundo de su ser.

“¿Por qué tiene que ser así, y justamente poner sus manos sobre nosotros?” “¿Será que todo debe ser de este modo para que tengamos un futuro, una meta definida sin quiebres ni cambios inesperados; un camino con una única meta conocida?”, se preguntaba interiormente Antonino.

Capítulo 3

El sonido agudo y penetrante del silbato y los golpeteos de los nudillos por las paredes laterales del pasillo avisando que podían subir quitaron de su somnolencia a Antonino. Permanecer horas tratando de conciliar el sueño y acomodar el cuerpo en una rústica perezosa de madera y lona entumecía el cuerpo y entorpecía los sentidos, pero la oportunidad de ir a cubierta había que aprovecharla sí o sí en ese momento, de modo que con máximo esfuerzo trató rápidamente de desentumecer su rígido y dolorido cuerpo; una vez logrado su cometido fue hasta las cuchetas donde estaban su mujer y sus hijos y los despertó sacudiéndolos con la suavidad que sus manos obreras le permitían.

—¡Eh, María, María..., Rosa, Paolo, Giuseppe! ¡Arriba, arriba, debemos subir pronto que el tiempo pasa! ¿Me oyeron? ¡Arriba dije..., muévanse de una buena vez!

El llamado imperioso obedecía a una necesidad tan real como la existencia misma; era el turno de los pasajeros de tercera clase de acceder a la cubierta del buque. El aire puro y el sol eran indispensables como el agua y la comida, y además juntos constituían la mejor medicina contra los malditos hongos y bacterias que pululaban en el húmedo recinto.

Llevaban siete días navegando y a ninguno aún les habían acercado las sábanas y mantas de recambio; falsa sería la espera de que el recambio sucediera porque era más que probable que durante toda la travesía tuvieran que seguir con las mismas del inicio.

En esas condiciones las noches y los días se hacían cada vez más largas y tensas, pero había que mirar el vaso casi lleno y no el casi vacío; la aventura sin certeza del final recién acababa de comenzar, y, gracias al Señor de los Cielos nadie de la familia había enfermado.

Al noveno día en pleno sueño de cansancio e incertidumbre, Antonino se dio de cara contra la parte anterior de la cucheta superior; obnubilado por el sueño pensó que estaba alucinando..., no lo estaba..., el mar estaba bramando, tronando; sus ruidos estrepitosos eran más potentes que los que producían en el cielo los relámpagos y sus descargas juntos. Espumas blancas y relucientes coronaban las moles de agua que con un sin cesar, constante, caótico y descontrolado cambio de rumbo, direccionado por los caprichosos y violentos vientos, entrechocaban brutalmente entre sí. Las aterradoras masas oscuras de agua fría y salada se elevaban hasta casi los doce metros sin que nadie en este mundo pudiera aquietarlas; estos murallones sólidos e impenetrables levantaban a placer al buque, tripulantes y pasajeros hasta las tormentosas y relampagueantes nubes, y, desapareciendo súbitamente del fondo de la nave dejaban a ésta caer al vacío al igual que lo hace un pozo de aire a un aeroplano provocando que los órganos del cuerpo subieran a la cabeza dejando un espacio vano en sus cavidades naturales. Las olas, unas cuarenta en no más del minuto, cada vez más altas se abatían juntas sobre el buque levantándolo cada vez más y más hasta casi sacarlo de su centro de gravedad. ¡Sensación horrible de espanto, pavor y muerte!

Las conmociones, brincos, vómitos y corazones sin control que sentían la familia de Antonino y los demás compañeros de cuarto eran mucho más reales que las de otros tripulantes

por cuanto que los camarotes comunes de la 3ra clase estaban ubicados en el sitio más sensible a las ondas que el viento producía sobre la superficie del océano..., la proa del barco.

La escena siguió igual e imperturbable una, y otra, y otra, y otra vez por horas y horas sin pausa.

La muerte y su guadaña solo esperaban que ocurriera el desastre final para abordar la nave.

Llegado el tiempo de la calma, y del turno de acceso, Antonino y su familia subieron a la cubierta del buque.

A días cercanos del arribo al puerto de la ciudad de Buenos Aires el calor y la humedad del aire iban en aumento y los dos manguerotes de ventilación no eran suficientes para disiparlos. María no obstante la dureza que le había dado el trabajo en el campo bajo el sol quemante sentía en pleno el malestar del sofoco permanente. Si bien su trabajo en la campiña italiana también le trajo malestares nunca la incomodó de tal manera pues era su tierra, su sol, su cielo, su mundo y podía verlos a todos ellos en un solo día, y todos los días con los pies en tierra firme y no con el irritante y desagradable bamboleo del buque.

María que necesitaba imperiosamente ir a la cubierta de paseo abierta, la cerrada era exclusiva de la primera clase; sacudió al marido varias veces con movimientos suaves, lenitivos, pero firmes, pero Antonino no se dio por enterado; sin resultado María hizo lo mismo con su hijo mayor y le dijo:

–Si tu padre despierta antes de mi regreso dile que fui a tomar aire arriba.

–¡Sola! ¡Jamás! –advirtió en tono amargo el “dormido” Antonino–. ¡Iré contigo María! –sentenció.

En el trayecto hacia la baranda de protección a quienes se cruzaban con ellos Antonino les hacía un levisimo movimiento de cabeza como diciéndoles “*Buona sera*”. Una vez tomados del pasamanos el matrimonio se mantuvo en silencio, no había porqué desperdiciar el aire y la inexistencia del oprimente techo sobre sus cabezas. Estando embriagados por ese estado de libertad no se dieron cuenta de que se habían aproximado a la baranda una señora y un pequeño de edad indefinible; María dio vuelta la cabeza hacia la recién llegada pero ésta a su vez giró la suya hacia el lado opuesto evitando su mirada.

–¡Antonino, solamente intentaba saludarla! –se justificó María algo acongojada de ánimo.

–¡Déjala, qué te importa lo que haga! –le respondió agríamente.

A pesar de lo dicho por su marido la siguió observando con el rabillo del ojo.

–La señora parece estar enferma –insistió María al poco rato.

–¿Qué señora? –gruñó.

–La que me escondió la cara.

–¡Y si no la viste, María! ¡¿Qué cosa dices?!

–La he visto –volvió a insistir con voz apresurada.

–¡Ah María, tú no has visto nada! –protestó juntando las palmas y dedos de ambas manos y moviéndolas varias veces hacia arriba y abajo.

–¡Juro por la Madonna delle Millizie! –aseveró haciendo la señal de la cruz.

María estaba en lo cierto, la extraña mujer tenía el cutis apergaminado en color y textura, y a ojos de la esposa de An-

tonino también de a ratos temblaba como si tuviera muchísimo frío.

De vuelta a la litera volvió a tocar el tema a su marido que con un tono de hastío le respondió:

–¡Basta con esa mujer y su crío! ¡No la conocemos y ni la quiero conocer!

–En eso tienes razón, es la primera vez que la veo en cubierta. No abriré más la boca –afirmó finalmente haciendo un ademán de fastidio.

Antonino aspiró profundamente y se dijo para sí: “*Qué obstinación tiene..., espero que duerma unas buenas horas*”.

Capítulo 4

A medianoche el capitán del buque ordenó al contraamaestre que hiciera sonar la sirena para anunciar la partida de la nave del Porto de Santos, en la costa atlántica del Brasil. Desde la orilla se veía al buque perezosamente iluminado por las luces de los depósitos y los muelles del puerto, pero a pesar de la mezquindad de ellas la nave lucía señorial con sus luces propias que hasta dejaban ver las acabadas figuras de los pasajeros de primera clase, cuyos pasillos contaban con plafones en el techo, y a los que a su vez observaban la partida desde las cubiertas superiores.

La nave de a poco fue penetrando lentamente en la inmensa oscuridad del océano haciendo sonar por última vez la sirena en señal de despedida. La oscuridad terminó por hacerla desaparecer de los ojos de los familiares y curiosos que habían llegado hasta el muelle.

—¿Sergio, has oído el rumor que está circulando? —preguntó con aire grave.

—¡Noo! —contestó alargando la negación y frunciendo el entrecejo demostrando veraz desconocimiento.

—Pues yo sí, Sergio; y creo que si son verdad los rumores la cuestión es seria.

—Muchas palabras, pero hasta ahora no me has dicho nada.

—Habría pasajeros o tripulantes con sarampión o viruela. ¡Todo un desastre! —precisó Leone exageradamente.

—¡Jesús! Si es así nos espera una larga cuarentena compartiendo con los infectados — se apresuró a señalar Sergio.

Ambos acordaron recorrer la nave con el objetivo de interpellar a quienes pudieran, o simplemente prestar oídos a lo que dijeran los marineros del buque sobre la realidad de los rumores que circulaban de proa a popa. Para apresurar la pesquisa Sergio y Leone fueron cada quien por su lado. Acordaron que al final del cometido se reunirían en el mismo lugar de donde habían partido.

Durante horas recorrieron las bodegas, la sala de máquinas, los puentes, los depósitos de carbón y todos los recovecos donde había un marinero trabajando.

Al término de la larga y ajetreada búsqueda de información, cansados y sudorosos, con una hora de diferencia, se encontraron de vuelta en el lugar previsto.

¿El resultado? Una confusión total; los rumores entre el sí y el no eran casi iguales, y entre el si era sarampión o viruela lo mismo. Ante tal desconcertante conclusión, Sergio decidió conversar con el oficial superior de la marinería.

—Ignoro de dónde salieron esos rumores. No dispongo de esa información —afirmó el oficial con un gesto de preocupación.

Sergio dejó la cabina con pasos presurosos y fue directamente al punto de encuentro con Leone.

—Si el mismísimo contramaestre no sabe, entonces la voz que corre no tiene sentido —dijo Leone con voz paciente.

—Leone, en mi pueblo dicen que cuando los rumores son muchos y persistentes algo de verdad debe haber en ellos; y yo creo en el dicho a pie juntillas. Compañero, ambos somos responsables de que “nuestros” pasajeros lleguen bien a puerto. Hay mucho dinero de por medio, amén de nuestro propio empleo. Piensa lo tétrico que sería perder un puesto como éste,

y no solo eso, ¿quién nos volvería a contratar con un antecedente así sobre nuestras espaldas? ¡¿Nadie verdad?! Y como a la realidad no se la discute, al carajo entonces con el contra-maestre y tratemos por cuenta propia de averiguar la verdad. Sugiero enfocarnos en los pasajeros de la Sociedad. Iniciemos la pesquisa en el bloque n°1 –la sugerencia en realidad era una orden inapelable.

Los pasajeros a quienes hacía referencia correspondían a los emigrantes con papeles que debían ser “puestos” en aduanas según el acuerdo pactado.

Las familias y las personas individuales sobre las cuales tenían responsabilidades estaban ubicadas en los cubículos destinados a la 3ra clase. Los cubículos que hacían de alcaoba estaban divididos por mamparas de madera revestida con láminas de plástico resistente que no llegaban al techo con la finalidad de facilitar la circulación del aire entre ellos y estaban provistos de cuatro manguerotes; dos de entrada de aire, cuyas bocas siempre estaban orientadas hacia barlovento y otras dos de salida de aire; el sitio tenía capacidad para cuatro literas de cuatro cuchetas una encima de otra; un espacio justo para dieciséis personas.

Por tres horas con linterna en mano recorrieron despertando a cada pasajero. Por momentos el trabajo se tornaba desagradable; a cada revisa seguía un coro de sustos y llantos incontestables de los críos despertados con la luz de las linternas en sus rostros, a los que se unían las quejas y algunos gritos de las madres que no lograban de buenas a primeras entender lo que estaba aconteciendo. A todos, sin excepción, los obligaron a

levantar sus camisas y blusas de dormir. Sergio y Leone debían cerciorarse cabalmente de la inexistencia de brotes, pústulas o algo parecido en los cuerpos de los pasajeros. La barahúnda no terminaba allí, porque cuando se topaban con un quisquilloso y agraviado marido insuflado por los gritos de la esposa, el cubículo se convertía en un pandemónium indomeñable.

Apenas iniciado el día Sergio y Leone volvieron a los dormitorios para entregar sábanas, fundas y cobijas a “sus” pasajeros; antes jamás pensaron hacerlo, pero el susto que aún estaba presente en sus ánimos los obligó. El dinero sucio extra que tenían pensado quedárselo tuvieron que dejarlo para un próximo viaje. Entendieron ágilmente que más valía cumplir con quienes los contrataron.

Antonino y familia se levantaron al alba para estar entre los primeros en ocupar el sanitario; deseaban subir a cubierta con prontitud; tenían que dejar atrás la tétrica noche pasada.

Observando en lontananza el movimiento cautivante del océano tomó conciencia de que tenía a alguien prendido de su pantalón; volteó para ver quién era y para sorpresa suya no vio a nadie hasta que bajó la vista y cayó en cuenta de que era un niño el que sujetaba con fuerza su ropa. Cuando Antonino lo miró directamente a los ojos el chiquillo rehuyó su mirada sin soltar la prenda. Superada la primera impresión Antonino apoyó sus brazos sobre los hombros del tembloroso niño y lo atrajo hacia sí; con ese gesto pretendía decirle: *“Estoy atónito y no comprendo lo que sucede, pero no me tengas miedo hijo”*. Stefano con una confianza inocente no rehuyó la mirada, introdujo su manita en uno de los bolsillos del pantaloncillo corto y

extrajo un papel arrugado y humedecido por el sudor y lo puso en la mano de Antonino.

–Señor tenemos un muerto entre el pasaje –informó Andrea con voz experta, fría y sin emoción.

–¿Quién y dónde? –preguntó con acritud el más antiguo de los dos marineros.

–En la cámara de carga nº 2 de proa.

–¿Y quién está allí? –inquirió Mario acariciando con los dedos su barba repetidas veces.

–Nadie aún..., acabo de descubrirlo –respondió Andrea–. Vamos le llevo hasta ahí –terminó diciendo.

–¡Frénate! ¿Acaso ignoras que esa cabina es el alojamiento de los invisibles?

–¡No! ¿Y ahora que usted también lo sabe, dígame que haremos? Debemos hacer algo bien pronto porque el resto de ellos están asustados y no tardarán en entrar en pánico –sugirió Andrea–. En poquísimas horas todos estarán enterados del muerto y de que los dos sabíamos de antemano lo sucedido. ¡Colgaremos de las pelotas, jefe! –advirtió finalmente.

Lo dicho por Andrea súbitamente arrancó de su letargo al cerebro de Mario.

–¡Por Dios, cálmese! Déjeme razonar un momento.

–Podríamos contárselo al oficial de Guardia o al de Seguridad.

–¿En serio está pasado de rayas? Ni trastornados iremos, no deseo problemas, y con respeto se lo digo que no sea estúpido. ¿Me entendió?

–Jefe, qué le parece si hacemos saber a los bodegueros de turno, ellos sabrán cómo lidiar con el tema. Es seguro que estarán en conocimiento de los invisibles –expresó con errática

certeza Andrea rascándose repetidamente la prematura calvicie como si quisiera aplacar una imaginaria picazón-. Total, pecaremos por informar y pecaremos por no informar; esa es nuestra realidad –concluyó filosóficamente.

En verdad no estaban lejos de la realidad descrita. Tanto Mario como Andrea eran parte de la tripulación menos considerada y sustituible fácilmente, y en los puertos abundaban como moscas los candidatos para trabajos auxiliares.

El mayor e imperdonable error cometido fue fisgonear precisamente en donde no debían hacerlo. Era muy sensato pensar que al capitán y a sus cooperantes no les agradaría que Mario y Andrea supiesen de sus negocios sucios rayanos a lo deshumano; y ni qué decir de las autoridades, aduanas, policía, militares de la marina, posaderos y confabulados en general.

Ambos optaron por callar y esperar con pavora lo que les tocara en suerte.

La necesidad perentoria que tenían los truhanes de arriba de deshacerse del cuerpo antes de atracar en puerto les dio una mano a los dos.

Entregar el cuerpo de una persona que no existe era extremadamente comprometedor para el capitán y para sus conniventes del puerto, ya que a tamaño desacierto no podrían hacerle la vista gorda los funcionarios de tierra.

Un indocumentado constituía un problema simple y una ganancia extra, pero un cadáver era un asunto muy diferente; implicaba la metida de narices de otros sujetos como el forense, los investigadores y quien sabe cuántos otros más.

El cuerpo del difunto en el más cerrado secreto fue lanzado al océano por la noche por orden del contra maestre, quien también dio instrucciones, orden mediante, de arrojar al mar las vestimentas, los colchones y las cobijas usadas por el muerto.

La estricta orden de limpieza no superó al miedo al contagio que tenían los marinos, pero no tenían forma de rehuirla porque ellos también formaban parte de la rosca.

El capitán jamás dio la cara durante todo lo acontecido.

Sergio, Leone, Mario y Andrea zafaron del problema sobre el anca de un piojo.

Capítulo 5

Antonino se levantó de la cucheta y se encaminó hacia el pasillo central, se recostó por la pared de metal, tomó el papel que le había dado el pequeño, lo desdobló y leyó atentamente el escrito hecho sin pulso y con manos temblorosas.

“Señor, el chiquillo no es mi hijo y ni sé de qué región es; me lo entregó el cura de una pequeña iglesia de un pueblo cercano a Roma. Me pidió que lo llevara conmigo hasta el puerto de Buenos Aires; allí me esperaría un sacerdote de nombre Paolo para hacerse cargo del niño. Me dio también sus papeles de identidad y de acceso al barco. Ni él ni yo viajamos con boletos expedidos por la empresa; únicamente contamos con permiso comprados a ciertas personas. El cura me advirtió que tuviera prudencia y mucho cuidado, y que él rezaría cada día por nosotros y que lo que yo hacía sería bien visto por Dios en el cielo porque era una obra caritativa y misericordiosa. Le ruego a usted que se haga cargo del niño y cumpla los deseos del sacerdote.

Gracias”.

Antonino siguió recostado contra la pared, pensativo, dubitativo por un tiempo más y no habiendo llegado a ninguna conclusión fue a despertar a María. Se sentó junto a ella y hablaron al oído para no ser escuchados.

La brisa marina que atrapaban los manguerotes por sus enormes bocas y que circulaba por el cubículo era semejante al

aire aventado por un ventilador en medio de la sabana africana; esa brisa sudorífica pronto hizo expeler gruesas gotas de sudor a los esposos.

Ambos conversaron y discutieron cuantas veces dio la ocasión. Las certezas iban a favor de la Palabra Santa de un cura humilde de pueblo y a la de la Gracia misericordiosa que aparentemente los llamó a cumplir con el prójimo. Las dudas que sobrepasaban a las certezas eran muchas. “¿Por qué la mujer de la carta no afronta el compromiso hecho?” “¿Y si no es verdad?” “¿Y si los papeles del niño son *engañosos*?” “¿Y si..., y si..., y si..., y *si...*?”. Regresaron los “*Y si...*” de antes; eran tantos que agrandaron la incertidumbre sobre lo que debían hacer; intentaron varias respuestas hasta que los nervios exacerbados por el calor los obligó a no profundizar el tema más allá de lo hablado. El niño se quedaría con ellos hasta dar con la escurridiza y misteriosa mujer.

—Cuando salga el sol será otro día —dijo casi con bronca Antonino—, que si bien no estaba a gusto con lo que estaba pasando tampoco deseaba desatar alguna ira Divina por no cumplir con la palabra mayor del pueblo; la del “*Priete*” sin nombre.

—¡Un “*Priete*” desconocido al que debo obedecer! —se cuestionó a sí mismo camino a su cucheta sobreexcitado e inquieto.

La disconformidad con las medidas que tomó el capitán y el miedo al contagio generalizado tan cerca del destino, “sometió” rápidamente a los invisibles, y más pronto que rápido denunciaron que la muerta traía un hijo consigo. La revelación que puso en alerta roja a la superioridad del buque llevó a ordenar la búsqueda inclemente del niño en toda la nave.

Toda delación de por sí es deleznable, pero, ¿quién podría condenarlos por delatar al niño? ¡Nadie! Quizás, porque todos, individuos y familias, ante una situación como la que estaban pasando también tenían el derecho y la obligación de preservar sus vidas por más que en conciencia riñera con los principios religiosos y humanos.

Cuando los últimos sucesos llegaron a oídos de Antonino de inmediato fue a comunicárselo a María. En esta ocasión la exposición de razones y sinrazones requirió de mucho más tiempo que la anterior. La conclusión: seguir protegiendo al niño a pesar de todo.

Antonino un casi marginal de las aulas, pero un maestro de la vida pronto reaccionó a las malas nuevas invitando a una reunión a los cabezas de familias que compartían con ellos el dormitorio común.

Una verdadera reunión de jefes.

Expuestas las razones que justificaban la reunión, trataron el tema con la premura y la cautela necesaria. En esencia todo el problema se centraba en la protección del chiquillo de un posible secuestro por parte los dependientes de los capitostes del pútrido negocio y evitar que sus familiares se enfermen por contagio.

Hacia el final de la Junta, tomó la palabra el señor Berino, jefe de una familia de 6 miembros.

–“*Compaesani*”, todos somos pueblerinos, algunos fuimos campesinos locatarios, otros mano de obra de terratenientes y otros arrendatarios de éstos señores...; superficialmente desiguales pero pariguales en nuestra sangre y en nuestra concepción de la lucha por la supervivencia. ¡Verdad pura!, o no estaríamos yendo a un destino desconocido e incierto encerra-

dos en esta caja maloliente de mierda. Somos gente llena de humildad, generosidad y de socorro al prójimo. ¡Creo en lo que digo! y ¡voto por proteger al chico!

La coincidencia con Berino, al margen de alguno que otro comentario insostenible que más que disidentes eran agregados, fue unánime, pero dejando en claro que alguno de los jefes debía buscar la manera de tomar conocimiento sobre la realidad de la epidemia en las secciones del barco.

La responsabilidad recayó en Malatesta Piero, de entre todos, el mayor habitué de las cubiertas superiores y el más atrevido hablador con quien sea que se topara, y como era de suponer en Antonino, principal propulsor del encuentro y parte inseparable de la cuestión que los tenía en ascuas.

Rápidamente ambos jefes de familia se pusieron de acuerdo sobre qué hacer; y qué otra cosa más lógica quedaba que encarar a Sergio y Leone, aquellos mismos hombres que los inspeccionaron hacía corto tiempo.

Decidieron salir del área restringida en la que se encontraba la 3ra clase y llegar hasta la popa del buque en busca de respuestas; la intención era trabar conversación con cuanto marino encontrasen durante su recorrido. Hacerlo implicaba un gran riesgo al que estaban dispuestos a asumir puesto que a pesar de lo oscurecidos y ofendidos que estaban intuían que había algo más detrás de los rumores, del silencio y del desconocimiento de una parte de la tripulación sobre los hechos; rumores que al parecer eran más fuerte en los dormitorios que ocupaban los “*compaesani*” que en los de la primera clase; lo que por otra parte era muy cierto.

Sergio y Leone habían dejado más que sospechas durante su visita “sanitaria”.

La decisión estaba tomada, así que se dispusieron a llevarla a cabo iniciando el recorrido en la cubierta inferior donde se encontraban las instalaciones de las maquinarias, los depósitos de agua, de carbón, la sala de herramientas y lo que alguna vez fue la Santa Bárbara. La razón: el parecer de que los marinos que trabajaban en esa área no podrían identificarlos muy fácilmente como pasajeros.

Se deslizaron por largos y entrecortados pasillos tenuemente iluminados hasta llegar a las escaleras que conducían a la cubierta intermedia; el cuidado debía extremarse porque allí estaban dispuestos, entre otras cosas, los dormitorios y los comedores de la tripulación, que si los descubrían los apresarían de inmediato y los pondrían en las celdas dispuestas para contraventores de las leyes marítimas que rigen al buque en travesía...; por supuesto después de darles una tremenda paliza y ponerles innumerables cargos delictivos sobre sus espaldas.

Malatesta y Antonino seguían ilusionados con que evadirían las celdas y las imputaciones si fingían siempre estar perdidos en el sitio donde los descubriesen. ¡Mucha fantasía tenían en la cabeza! ¿A quiénes otros les podrían pasar por la mente, en un barco dirigido por un grupo de bellacos mal nacidos, que dos fingidos tontos supuestamente perdidos podrían engañar a sus perseguidores tan inocentemente? Únicamente a Malatesta y a Antonino; dos hombres con buenas intenciones que obstinadamente iban en busca del tesoro sin saber siquiera cómo abrir una compuerta de paso. ¡Algo de tonto realmente existía! Estaban jugando duro fuera de su hábitat natural.

Contra toda predicción, luego de un tenso andar accedieron a la última cubierta; la recorrieron gracias a la indiferencia de los operarios de las máquinas a quienes el trabajo permanente de controlar las docenas de agujas de los manómetros y el extenuante acarreo de carbón y más carbón para alimentar a las máquinas poco les llamó la atención la figura de dos entrometidos que los observaban desde arriba de la escalerilla de acceso. Ninguno disponía de tiempo ni de ánimo para ocuparse de ellos, y mucho menos de saber quiénes eran.

–Vámonos, que de éstos no sacaremos nada –dijo lacónicamente Malatesta, dándole un suave golpe en las costillas con el codo.

Antonino asintió con la cabeza farfullando algunas palabras de desencanto y subió la escalerilla de acceso detrás de su compañero.

Ni bien pusieron los pies en la cubierta intermedia entraron en razón de que serían descubiertos; había tanto personal y marinos yendo y viniendo de las habitaciones a la cocina que no podrían dar un paso sin toparse con alguno; peor aún sería intentar algo en la cubierta superior ya que allí estaban los comedores y las lonas cuadrilongas colgadas del techo que hacían de cama para los marineros, uno hacia la proa y otro hacia la popa.

–“*Maledetti!*” “*Merda!*” “*Merda!*” –esta vez le tocó a Antonino maldecir.

La gran operación, mal planificada e imposible de ser llevada a cabo resultó un total fracaso. Desilusionados, literal-

mente escaparon como pudieron del lugar y fueron hasta la cubierta principal habilitada para la 3ra clase con la intención de vivificar sus músculos, secar la transpiración y despabilar la mente.

Antonino y Malatesta no hablaban entre sí, se limitaban a observar el gran horizonte vacío y las rizaduras que producía el viento cuando rozaba suavemente la superficie del agua mansa.

Malatesta ajustó más el cinto de su pantalón, que de por sí ya estaba muy fruncido a causa de los kilos de vida y grasa perdidos, y sacudió con las manos su inseparable y raído saco que a pesar del tiempo aún le sentaba bien...; “su saco” apabullado, que fue negro oscuro hasta que el tiempo traducido en quién sabe cuántas procesiones religiosas, casamientos, entierros, bautismos y fiestas patronales lo fue palideciendo. Terminada la sacudida, acomodó imaginariamente sus prendas con un movimiento de cuerpo parecido a un temblor palúdico y se dirigió a Antonino para decirle:

–Amigo, vamos al dormitorio...; de seguro nos estarán esperando.

La expectativa sobre la “operación verdad” era mucha, tanta como la ansiedad de la espera que se apreciaba en la mirada inquisidora de cada miembro mayor de las familias.

Capítulo 6

Antonino hizo una leve introducción y le cedió la palabra a Malatesta.

Piero Malatesta, contrario a su fama de ser el más conversador del grupo, sin mucho preámbulo fue directo al fondo retaceando detalles para evitar el desánimo que fatalmente llevaría a todos a la inmovilidad. No hacer nada equivalía a resignarse y a entregar al pequeño a los ruines que hacían dinero con los emigrantes invisibles. Este acto sentido por la mayoría como mezquino, roñoso y pecaminoso era inconcebible para sus mentes cristianas. ¿Qué “*Prete*” de sus pueblos sería capaz de por sí solo perdonarlos? Lo haría solamente presionado por Dios, y después de estar convencido de sus sinceros arrepentimientos. ¿Y quién sería el milagroso que pudiera convencer de ello al “*Prete*”, que confió el cuidado del chico a sus feligreses sabiendo lo que sabe de cada uno de ellos?

¡Inimaginable!

Nadie de esta buena gente querría portar sobre su espinazo y conciencia su alma en pecado eterno estando más que lejos del horizonte de sus capillas, iglesias y de su cura párroco; único religioso en el que confiaban sus secretos íntimos y hasta sus vidas.

Al finalizar su exposición Piero compungido preguntó a los presentes:

—¿Ahora adónde vamos? ¿Alguno tiene alguna idea de cómo salir de este embrollo?

Todos quedaron callados simulando estar pensando en una solución; pero pasado un largo tiempo nadie se atrevía aún a abrir la boca. El cuchicheo había terminado como por arte de magia.

—¿Y bien? —preguntó Antonino con voz potente.

El desaliento se podía palpar en el recinto. Lo único que atinaban hacer era parpadear frenéticamente.

En medio de todos los presentes, pero en estado de ausencia aparente alguien levantó la mano pidiendo la palabra; Antonino y Malatesta dirigieron sus miradas hacia la mano alzada pero no pudieron divisar al sujeto.

—¿Quién es el que quiere hablar? — preguntó Antonino.

A la pregunta siguió un movimiento de espaciamiento de las personas cercanas a la extremidad alzada para que ambos pudieran divisar plenamente al dueño de la misma.

La susodicha mano enseguida despertó una febril expectación.

El propietario de la mano era Giuseppino, un primoroso abuelo viejecito de la Puglia, de ojos negros y de mirada inteligente y doblengante. No era un cabeza de familia como los otros, pero al abuelito, su hijo y familia le obedecían como a un jefe de jefes.

“Lo que se hereda no se roba” dice el refrán, que aplicado a este caso equivaldría a que el respeto hacia los mayores tampoco se roba; se hereda o se aprende, pero ojo, eso sí, si no viene con los genes se aprende en casa, aunque sea a palos.

—Parece que algunos no se atreven a hablar, pero otros sí que lo hacen, lastimosamente, por lo bajo y para contrariar nuestra decisión. ¡Está bien!, porque si todos pensáramos igual seríamos como un hato de animales; pero por favor no sean

desvergonzados y háganlo como es debido... ¡En voz alta y no entre sombras como el “*diavolo*”! ¡Y no me digan que miento porque hace rato que los estoy escuchando! ¿Tienen miedo? ¡Sí! ¡Tanto miedo como yo! y eso lo respeto, pero piensen que si ahora actuamos “*come stupidi cacone*”, ¿qué será de nosotros si arribamos a éste mundo “*facendoci sotto dalla paura?*”. ¡¿Qué será de nosotros?! –resolló Giuseppino con voz apasionada.

Luego de la didáctica advertencia, dirigiéndose a todo el grupo, pero mirando directamente al rostro de los partícipes de la operación fallida expresó con voz neutra pero concluyente:

–Todavía existe una salida..., si aceptan escuchar les diré qué hacer.

Pero sin esperar la respuesta a sus palabras, el abuelito volvió a hablar.

–¿Por qué no van en busca de Sergio o de Leone y con cualquier pretexto tráiganlo aquí? Es igual si traen a uno solo o a los dos juntos –dijo haciendo lo que le dictaba su mente simple–. Sería bueno que nos cuenten lo que saben.

Tiempo más tarde, en rigor casi media hora después, los emigrantes que compartían el dormitorio veían entrando por la puerta a Malatesta, Berino, Sergio, Leone y Antonino. El plan del viejito Giuseppino se estaba haciendo realidad.

Berino tomó la iniciativa de encarar a los “invitados”.

–Señores, les mentimos, aquí no sucede nada de lo que les pudieron haber dicho o imaginado ustedes mismos. Fue una treta –les dijo directa y afablemente, separando los brazos del cuerpo y con las palmas de sus manos mirando hacia arriba como las de un sacerdote diciéndole a los feligreses: “*Bienvenidos hijos míos*”.

–¿Cómo dice? –preguntó Sergio entrecruzando miradas con su compañero que lucía una contracción en el rostro.

–Exactamente lo que escuchó –respondió Berino con amabilidad cortante y definitiva.

Sergio y Leone quedaron en un estado de rigidez por asombro; no daban fe a lo que oían y pensaban que eso no podía ser cierto viniendo de ese tipo de personas. “*No, esta gente no tiene huevos para enfrentarnos; las pelotas ya les fueron cerceadas siglos atrás*”. Ambos no eran capaces de comprender lo que el deseo de vivir puede hacer en las personas, y menos aún eran capaces de diferenciar entre analfabetismo e ignorancia; y estos inmigrantes, ahora en dificultades, podían ser analfabetos, pero no eran ignorantes; la dureza de la vida hacía tiempo les había dado la capacidad de entender las cosas.

La indagatoria llevaba hora y media y las preguntas, las respuestas, las objeciones, los silencios y los peros y peros fueron y vinieron tantas veces que la indagación se fue convirtiendo en una inquisitoria cada vez más inflamable. Visualizando hacia donde iban las cosas y a las vueltas y vueltas sobre las mismas cuestiones, el abuelito de la Puglia, que no participaba directamente del círculo físico de conversación, y que de ancianidad enfermiza no tenía ni un pelo, se deslizó sigilosamente hacia la puerta de entrada, la cerró suavemente y corrió el cerrojo bruscamente para que resuene como un fuerte chasquido el ruido metálico; las voces se silenciaron al instante y sus dueños voltearon para ver cuál fue la causa de tanto ruido. La sorpresa, el asombro y la incertidumbre moldeó sus rostros.

–¡Señores es hora de terminar con esta parodia! –rugió a pulmón lleno Giuseppino–. ¡Sí, a ustedes dos, ratas de alcan-
tarillas, me refiero! El tiempo de la paciencia se acabó –volvió
a advertir severamente–. Ahora empiecen a responder las tres
cuestiones que nos interesan.

Haciendo un simulacro de poder y de indómitos intoca-
bles, Sergio tomó la palabra.

–Nada de lo que hacen nos amedrenta, así que les digo que
dejemos todo como está y volvamos a reunirnos mañ... –antes
de concluir la frase sintió algo puntiagudo que le hacía presión
a la altura del riñón derecho; que por cierto lo hizo palidecer
súbitamente dejándolo tierno y sin color como los granos de
choclo del maíz blanco, y con el “pulso acelerado”–. Bueno
si así lo prefieren podemos continuar hablando calmadamente
–atinó a decir retemblando de miedo.

Leone que no podía visualizar el objeto que presionaba la
cintura de Sergio abrió la boca para decir algo, pero la volvió
a cerrar instintivamente cuando vio el rostro de muerto en vida
de su compañero; al final terminó haciendo un gesto afirmativo
con la cabeza apoyando lo expresado por Sergio.

–Bien..., lo primero que queremos que nos digan ustedes
dos es si hay o no enfermos contagiosos entre el pasaje y la tri-
pulación. Les advierto que es saludable que suelten la lengua y
no posen con caras de idiotas como lo hicieran anteriormente.

–No sabemos –fue la escueta respuesta de Sergio.

–¿No lo saben? ¡Perfecto! ¡Asombroso! Anotémoslo –
sentenció Giuseppino con mirada aquilina–. Y siguió diciendo:
“Malatesta sigue tú”.

–Se le acabó el vapor al viejo –Sergio susurró al oído de
Leone.

–Sí, Malatesta, continúa tú –reafirmó Giuseppino ante la extrañeza de su compañero de causa, y prosiguió farfullando más que hablando–. Yo me encargo de lo otro.

–¿De qué otro habla el viejito de mierda ese? –preguntó por lo bajo Leone a su socio.

La respuesta de Sergio fue un retenido suspiro.

–¡Maldición a ti te hablo!

Esta vez la respuesta fue un encogimiento de hombros y un gesto de “*pigna de Pirandello*” moviendo su mano derecha con los dedos bien juntos.

–Desconocen lo de los enfermos, pero, ¡sí saben del cadáver! ¡Hablen! –los conminó Malatesta dando por cierto la existencia de un muerto del que él mismo no tenía ni la más remota idea de su existir.

–No entendemos de que nos hablan –respondió Sergio esta vez juntando las palmas de sus manos y moviéndolas hacia arriba y hacia abajo.

–No saben de enfermedades, ni de enfermos, ni del cadáver... ¿Entonces qué es lo que saben? ¿Nos lo pueden decir, o prefieren que se los digamos nosotros?

–Mejor sería que nos lo digan ustedes. Nosotros estamos ciegos en ese tema –aseveró Leone con una sonrisa postiza.

–¡Yo se los diré! –interfirió Antonino levantando el tono de voz y tomando el relevo. Randas hijos de puta. ¿No saben quiénes llenaron de pulgas y piojos a nuestros hijos? ¿No saben quiénes son los responsables de que nuestros hijos estén llenos de túneles bajo toda la piel por culpa de la sarna? ¿No saben cuántos tienen infecciones en sus heridas? ¿No saben el por qué vinieron a medianoche a revisar a nuestras mujeres sin ningún recato?, y peor aún, ¿a nuestras hijas adolescentes? –un murmullo rabioso se levantó en el recinto–. ¿No saben quiénes

ignoraron nuestros pedidos para ver a un médico? ¿No saben que cuando nos embarcamos éramos otros..., unos emigrantes que no objetábamos nada por temor a que no nos permitieran subir a bordo..., y que ahora que estamos al otro lado del mundo si no peleamos por nuestras vidas nadie lo hará por nosotros, porque somos unos desconocidos que ni el idioma a donde vamos entendemos? ¿Tampoco pretenden saber que lo que están haciendo es estafar a la misma empresa que los emplea? ¡Ustedes dos, malhechores, perversos, ratas de bodega que ni en la calle podrían sobrevivir como lo hacen hasta las cucarachas! ¿Qué creen que la Sociedad hará con ustedes cuando se enteren de sus matufias? ¿Qué creen que hará el Capitán y compañía cuando se enteren que anduvieron husmeando entre los indocumentados que transportan? ¡La cárcel Del Plata les espera! ¡Seguramente alguna tan bonita y confortable como las de nuestros castillos! “¡Di *male in peggio van!*”. Mejor que comiencen a mover la lengua si quieren seguir a bordo —remató en tono imperioso y hostil.

A ambos, “*Stafatto y Trampone*” como los apodaban los marineros de habla castellana, sintiendo que el círculo se estrechaba alrededor de ellos y los estaba asfixiando, no tuvieron otra elección razonablemente confiable que la de enfrentar la situación tratando de suavizarla.

Sergio, más avisado que su colega de ocasión y fechorías, sabía que la primera regla de oro era enmendar el deshonor, la afrenta y la deshonra a la que sometieron a los hombres y sus familias.

—No soy un estulto, sé que les hemos ofendido a ustedes, sin distinción, y que lo que hicimos es inexcusable..., pero les pedimos perdón, una y otra vez, por haberlos avergonzado sin

desearlo; fue debido a las circunstancias y no a nuestro propósito —la súplica sonaba más a una necesidad de momento que a un ruego por arrepentimiento de fondo.

La petición quedó flotando sin control en el aire porque nadie abrió la boca para aceptarla o concederla, ni siquiera hubo alguna mueca de conformidad; en ese momento lo importante era lo que estos felones se disponían a contar; además era un hecho de que el perdón jamás se lo darían.

¡La ofensa al honor no se paga con una palabra... “*e sempre rimane legata al dito*”!

Expusieron los sucesos, el porqué de las reacciones, el misterio de los invisibles, el cómo creían que se manejaba el negocio del tráfico, los innúmeros porqués de las contingencias durante la travesía...

Posterior al sinceramiento, Antonino y sus compañeros se apartaron de los dos para reunirse en un diminuto conciliábulo.

Luego de la cortísima mini junta resolvieron ponerlos al tanto del problema que tenían con el pequeño pasajero al que habían dado protección.

—¡Con que ese era el misterio que se traían entre manos!
—afirmó con voz airada Sergio.

—¡Nada de hablarnos con ira mal intencionada mequetrefe!
—les advirtió Piero Malatesta con crudeza inusitada en él.

—¡Colguémos al hijo de puta! —gritó cruelmente el abuelito de la Puglia con una cuerda en la mano.

—¡No, no por favor, solo fue una manera de decirlo nada más! ¡No volveré a repetirlo!

El silencio y las furibundas miradas fueron su respuesta.

—¿De quién se trata? —esta vez preguntó delicadamente Sergio. Leone seguía mudo y sordo como una tapia.

–El chico se llama Stefano. A más de eso, no sabemos nada.

–¿Es mudo?

–Decididamente no. El chico está tremendamente asustado porque perdió a la persona que lo traía.

Al fin Sergio se decidió a hablar y explicó que la madre de Stefano había sido literalmente tirada al océano, sin confirmación de si realmente había fallecido por enfermedad, por agotamiento o por desnutrición, aclarando al mismo tiempo acerca de las condiciones en que viajan los invisibles. Manifestó también que al pequeño lo están buscando por doquier porque constituye un riesgo muy alto para el capitán y sus hombres.

–¡Qué par de imbéciles son ustedes, nos lo hubieran dicho desde un principio!

–¡Colguémoslos! ¡Colguémoslos! – volvió a clamar el viejito pugliese revoleando la soga sobre su cabeza.

Sintiendo el calor en la cara y el susto en el estómago, ambos miraban a los ojos de los que los rodeaban buscando alguna señal en cualquier sentido. No las hubo.

–“*¡Signori calma per favore!*” –pidió Leone haciendo un gesto fácil de entender.

–Hable que cuando lo escuchen se callarán –predijo Berino.

La conversación a veces interrumpida por algún chillido cuando alguno estaba disconforme con lo que oía, giraba sobre cómo salvar al chico de los que lo buscaban y de cómo harían para bajarlo a tierra. Lo primero no tuvo muchos giros, pero lo segundo dio que mucho que hablar y discutir.

Cuando a los cómplices menores del capitán y oficiales superiores les tocó revisar la cubierta en donde se alojaban An-

tonino y las otras familias, Sergio, como empleado responsable ante la Sociedad y superior por antigüedad, tuvo que hacer frente a los buscones pendencieros encargados de atrapar a Stefano.

–Abre la puerta –ordenó insolentemente uno de ellos.

–Esa puerta no se abre –respondió Leone con una dureza en su voz que hizo que Sergio lo mirara sorprendido. El asustadizo se había de pronto convertido en un enardecido defensor de “sus” pasajeros.

–Señores no es conveniente para ninguno que de esto se haga un barullo –dijo uno de los esbirros del capitán bajando los decibeles.

–Entonces cejen en su propósito de atropellar lo que está bajo nuestra responsabilidad –respondió Sergio con voz alterada y el rostro encendido.

Sin darse cuenta, como por lo general ocurre con las personas que aún tienen algo de sangre en el rostro, los dos pillos estaban tomando partido por los más débiles, amén que también al fin y al postre eran sus compatriotas. ¡Menos mal que algo de su ser todavía no habían alquilado!

–Son órdenes del Capitán y por tanto deben cumplirlas – justificó García sin demostrar una pizca de simpatía.

García era el típico hombre osco, sin gracia, de rostro enjuto y filoso, que ni si pudiera no podría demostrar simpatías hacia nadie; su aspecto de por sí hablaba de su fea catadura.

La pugna continuó febrilmente por espacio de cuarenta o cincuenta minutos; unos alegando que en un buque en travesía el único poder resolutivo era el del capitán de la nave, y los otros exponiendo que tanto el capitán como ellos, los intervinientes, deberán responder ante la Sociedad Transatlántica y la empresa naviera.

–El señor capitán tendrá facultades propias a la navegación y otras más que desconozco, pero no a inmiscuirse sin razón con nuestros pasajeros –advirtió Sergio con gesto admonitorio.

–¡Si no nos dejan examinar el dormitorio llamaré al oficial de seguridad!

–¡Si no nos dejan de joder tendrán que explicar a la marina cómo están a bordo pasajeros sin documentación! –intervino Leone.

–¡Sí!, y también su capitán deberá dar cuenta de la mujer asesinada y tirada al agua. ¿Mucho no? –preguntó Sergio burlesonamente.

–¡Aquí nadie fue asesinado!

–¿Y que están buscando entonces si no es al asesino?

Entre levantar olas llevando adelante lo que les habían ordenado hacer habiendo un hecho delictivo en medio, que bien podría convertirse fácilmente en un delito de sangre gravemente penado por la ley, o poner primero en sobre aviso a sus mandantes, obviamente se decidió por lo último; no obstante, debía salir del embrollo luciendo como un hombre de decisiones tomar y no como un flaco mandadero.

–Ustedes se la buscaron. Explíquenle eso al oficial de seguridad –advirtió García presumido y furioso.

–Parece que los planchamos compañero.

–Veremos si nos salvamos cuando regresen estos hijos de puta –respondió Sergio lacónicamente.

El oficial de seguridad de la nave no apareció durante el resto de la travesía.

Capítulo 7

Estaban a horas de atracar en el puerto de Buenos Aires y aún no encontraban una solución al problema de cómo realizar el desembarco fantasmal de Stefano. El nerviosismo era palpable y crecía exponencialmente ante las ausencias de Sergio y Leone; éstos habían decidido diluirse de la vista de “sus” pasajeros. La presente realidad hizo que se escucharan voces diciendo: *“Hemos hecho todo lo posible, mejor dejemos que el destino resuelva este dilema”*. No era de hombres hacer eso, pero era obviamente comprensible.

–*“Compaesani”*, gracias por acompañarnos en esta causa..., ustedes desde ya no tienen ninguna obligación para con ella...; mi familia y yo nos haremos cargo del joven hasta el final –dijo Antonino con voz calma mientras abrochaba su arrugado saco.

–Te acompañaré –aseveró a su vez Piero Malatesta.

Un sentimiento embarazoso quedó flotando en el ambiente.

Empero las atenciones, cautelas, cuidados y precauciones prodigados por los implicados en el caso de los invisibles, la noticia, sin confirmación, había llegado a las autoridades portuarias antes del arribo del buque.

Cuando hizo presencia en la desembocadura del gran río, el capitán solicitó el permiso correspondiente para atracar en el muelle designado y el envío de un práctico para conducir el barco hasta el sitio.

Cuando el práctico subió a bordo se dirigió a la cabina de mando de la nave, saludó al capitán, presentó sus credenciales y pidió permiso para hacerse cargo del manejo. Navegó la embarcación hasta unos doscientos metros del muelle principal y ordenó echar anclas; el capitán contrariado por la orden intentó dar una contraorden.

—Señor comandante, no intente dar una orden contraria a la mía —le advirtió solícitamente el práctico.

—¡Un práctico jamás comandará mi nave! ¿Ignora usted las leyes que rigen la navegación? —preguntó con la cara grana de rabia y mostrando las cuatro rayas y la estrella de capitán que ostentaba en las insignias adheridas a las mangas de su uniforme.

—Señor, no entiendo su malestar..., ¿acaso olvidó que desde el momento que asumí el mando usted dejó de ser el capitán, por lo menos hasta que yo le devuelva nuevamente el mando una vez cumplida mi misión? Y algo más, por favor le ruego que guarde el comportamiento protocolar entre oficiales de la marina —le recriminó caballerosamente al momento que a su vez le exhibía las rayas de su insignia.

—¡Igualmente usted está obligado a informarme previamente su decisión de no atracar la nave en puerto! —objetó el capitán más encolerizado aún.

—Señor, debido a la importancia que tiene este caso, mis superiores decidieron enviar a un oficial como lo ve —dijo mostrándole de nuevo las rayas de su insignia— y no a un práctico o baqueano como usted lo llama, con la orden expresa de no mencionar el sitio donde se debe fondear la nave.

El capitán comprendió que la sopa se estaba poniendo pastosa y sin mediar palabra se retiró de la cabina. Inmediatamen-

te después que se hubo retirado de muy malhumor, el oficial de la armada elevó a la oficina concerniente el parte de situación, solicitó la venida de los inspectores navales de inspección y verificación sanitaria y ordenó que subieran la bandera a cuadros amarillo y negro para señalar que el buque desde ese instante quedaba en cuarentena hasta que los inspectores navales le otorgaran, si correspondía, el certificado pertinente de sanidad.

El cielo con nubes recargadas, negras y plata oscura, y la vehemente llovizna apoyada por la insolente niebla que se introducía por todos los espacios libres no cooperaban en nada para apaciguar los candentes ánimos del pasaje de la 1ra clase que no podía descender a tierra habiendo ya llegado al puerto de destino; ignoraban aún sobre lo sucedido y sobre lo que estaba sucediendo.

“Ellos”, según los oficiales comprometidos en los ilícitos, no podrían ser involucrados; no era de cuerdos suponer que los caballeros y las damas de la alta sociedad, o con el dinero necesario para pagar las comodidades y exquisiteces de la clase en cuestión pudieran ser retenidos de manera tan humillante y descarada.

De entre la espesa niebla baja, siguiendo los ruidos del buque, hizo su aparición una lancha patrullera con un médico, un cabo segundo de sanidad, un marinero de primer grado, un inspector de sanidad y un sacerdote; momentos después rompía la niebla una barcaza gris, grande, con un cabo primero, tres marineros de primer grado, un fardo grande y varias cajas de auxilio y asistencia.

Concluidas las presentaciones de rigor, el oficial interviniente y los uniformados recién llegados iniciaron la tarea de tomar declaraciones a los responsables de la travesía; más adelante seguirían con la revisión de los papeles y con la tarea de inspección completa del barco.

Mientras esto ocurría el sacerdote, un hombre de baja estatura, excelente complejión física y ágil como una ardilla con tonsura en la testa, recorría los pasillos con el aspersorio en mano seguido por un monaguillo que portaba el acetre lleno de agua bendita y que no le perdía centímetros al paso, bendiciendo al buque y a cuantas personas encontraba en su caminar.

“Oh Dios, que con tu palabra todo lo santificas, bendice este objeto, y por la invocación de tu Santísimo Nombre concede la salud del cuerpo y la protección del alma, a cuantos usen de él, con ánimo agradecido, conforme a tus mandamientos y a tu Voluntad. Por Cristo Nuestro Señor. Amén.

La bendición de Dios Omnipotente, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y permanezca para siempre. Amén”.

Terminado su recorrido y habiendo ya echado a todo demonio del mal, el sacerdote junto al monaguillo que lo precedía subió al lanchón que debía partir de regreso al muelle del puerto de la marina.

Hacia el final del día siguiente, concluida la inspección general, el médico militar y el inspector de sanidad otorgaron el permiso correspondiente para que el pasaje bajara a tierra;

pero por orden de la comandancia de la marina no concedieron igual autorización para el capitán, oficiales y tripulantes del barco. La cuarentena por enfermedades infecto contagiosa fue levantada, pero la investigación sobre la certeza o no del rumor del fallecimiento y desaparición de un pasajero seguía su proceso tal cual como se había ordenado.

Una vez descubierto el sitio donde instalaban a los invisibles, aquellos que prácticamente estaban bajo la línea de flotación, sin papeles, empachados del olor del gasoil, del olor de las latas rebosantes de orina fermentada y de sus propios olores de incertidumbre y miedos, toda la trama del transporte sucio se hizo visible, pero quedaba aún por conocerse cómo estaba estructurada toda la cadena y para ello faltaba realizar una indagatoria más precisa a toda la tripulación...

La bandera a cuadros seguiría ondeando en lo alto hasta el final del procedimiento.

Al tiempo que la indagatoria proseguía con algunos, la otra parte de la tripulación, comandada por el oficial de seguridad del barco en travesía, buscaba afanosamente a Stefano.

¡Su aparición resultaría fatal para mucho más que muchos!

Por más afán que pusieron en la búsqueda el resultado les fue esquivo.

¡Stefano había desaparecido!

—“¿En qué *confín se ocultó o lo habían escondido esos miserables de la 3ra?*” —se preguntaban para sí los exasperados persecutores. La soga la sentían tirando de sus cuellos.

Concluida la fase investigativa en el barco, el capitán, sus oficiales de a bordo y los marineros fueron trasladados con fuerte custodia a tierra, donde una vez allí y sin palabras de por medio fueron conducidos a una corroída prisión donde quedaron detenidos y a cargo, supuestamente, de un juez imparcial; un defensor del cumplimiento de la Ley recto como un sendero zigzagueante.

Las papas no estaban en ebullición y ya olían a quemadas.

Capítulo 8

No en balde la Iglesia de Roma sobrevivió a todos los avatares que se le presentó durante sus miles de años de historia; había preparado con excelencia, más que ninguna otra, en todas las ciencias y normas terrenales y divinas a sus hombres de sotana de todos los y las órdenes, y lo más trascendental es que lo hizo ajustándolos a cada tiempo.

El cura hizo escapar a Stefano del maldito barco vistiéndolo de monaguillo y embarcándolo, aprovechando el desconcierto existente, en el lanchón de provisiones y no en la lancha patrullera en la que él había llegado al buque; por supuesto en el lanchón de la marina nadie podía tener conocimiento de con quién había venido el sacerdote a dar la bendición; mejor dicho, con quién había venido con el cuento de dar la bendición para fugar a Stefano y entregarlo al padre Paolo para llevarlo a tierras de muy al norte, otrora de los payaguaes.

La Iglesia estaba cumpliendo a cabalidad su cometido.

Previamente el cura se había dado a conocer a Antonino y a su gente, intercambió con ellos unas pocas frases por la premura del tiempo, les agradeció en nombre del Señor y bendijo de todo corazón a las familias antes de marcharse.

“Unidos a Cristo Resucitado, dirijamos a Dios Padre nuestra confiada oración y digámosle: bendice, Señor, a estas familias misericordiosas.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

¿Quién era ese chiquillo que la vida lo hizo un jovencuelo tan prontamente y que lo envolvió en sus hilos de penalidades?

Nadie lo sabe, pero con total certidumbre Paolo, y quizás algún otro sacerdote misionero de ésta parte del mundo, son conocedores y depositarios fieles de la historia de Stefano.

Un secreto muy bien protegido, por los dos, cómo algunos errores inquisitorios cometidos en otros momentos por la iglesia.

Entre nos sabemos que el padre biológico de Stefano siendo perseguido político, al igual que lo habían hecho otros, arribó al corazón del continente buscando salvaguardar su vida y la de los suyos; no con la intención, seguramente, de quedarse “*in aeternum*” sino de esperar tiempos políticamente mejores para regresar a su patria y seguir batallando en el campo de las ideas y de sus ideales; ¿acaso, guardando los tiempos, algo similar a lo ocurrido con algunos parientes de Matteotti, enemigo frontal de Mussolini, que también llegaron a estas tierras huyendo de las persecuciones?

El tiempo no fue condescendiente con don Edmondo y lo obligó a quedarse por muchos años más que su existencia terrenal; la ignominia sufrida y no olvidada, la crucifixión de su vida política, la dificultad de seguir instruyéndose y alimentándose de la vida política de Italia y la soledad de vida en estos parajes lejanos le fue llevando despaciosamente al convencimiento de que su regreso estaba muy próximo a la utopía, y como una cosa indefectiblemente lleva a la otra, el padre de Stefano decidió finalmente aposentarse por estos pagos; y así un día desposó a María Fernanda, bellísima mujer de sociedad y de delicados modales, que al año le dio un hijo... Stefano.

Cuando su amada esposa dejó la morada de pleno amor ante el llamado del Señor, Edmondo sintió la ausencia involuntaria de su compañera en las profundidades insondables de su espíritu; quiso morir, pero el destino decidió lo contrario, y es así que ni la alimaña menos ponzoñosa de la tierra se cruzó por su camino. Su deseo de dejar este mundo fue otra de sus utopías porque en el medio de su irracional deseo estaba la continuación del porqué Dios los había unido en matrimonio, Stefano, la parte visible de María Fernanda; la otra parte, la invisible, nidificaban en su corazón.

Tiempo después cuando Edmondo se dio cuenta que ya era necesaria una mano femenina para continuar la crianza de su hijo, envió a Stefano a Italia para que lo educara la tía Claudia.

Siempre entre nos, lo poco que creemos saber de la historia de Stefano con la tía Claudia es que a causa de la miseria él se vio impelido a trabajar como sirviente en casa de familias pudientes...; lo que sí sabemos es que en un día de festejos en honor de Nuestra Señora de la Grazia, en la plaza abarrotada de gente y de dulces y masas de todas las formas, de frutos secos dulces y salados y de helados de todos los colores, Stefano encantado por todo ello y por la música vívida de la banda y los millones de papeles picados de matices rojo, blanco, amarillo y verde descendiendo desde el cielo en fantasiosos remolinos, se perdió entre la multitud siguiendo los pasos de hábiles titiriteros acompañados de otros muchos deslumbrados niños y aprovechados mendigos.

Si fue producto de la casualidad o una consecuencia de causalidad desconocemos, y quizás nunca lo sepamos, lo cierto es que por medio de algún desalmado titiritero o por causa de algún hijo de puta disfrazado de mendigo, Stefano cayó en

las manos de vendedores de niños italianos y terminó en las horripilantes fábricas de vidrio belgas, en donde el 50 % de los niños obreros morían por desnutrición y enfermedades adquiridas como consecuencia del trabajo extenuante e insalubre. No obstante, digamos que algún ángel suyo de la guarda evitó que Stefano diera con su cuerpecito—niño en alguna de las muchas minas de azufre, donde la pulverulenta materia ácida hubiese mordido sin piedad ni descanso sus pulmones y encendido a fuego sus ojos hasta el fin de sus días.

“Dios te salve”.

Sobre el porqué de la presencia de los curas solo podemos hacer suposiciones. Sabemos con claridad que la Iglesia en su momento ha criticado vehementemente tanto al gobierno como a los industriales, a los comerciantes, a los “*giornalisti*” y a los políticos porque nunca hicieron algo en favor de los emigrantes, ni de los niños y niñas vendidos a los países del norte de los dos continentes.

Éste repugnante comercio de niños esclavos removió tremendamente el cimiento moral fundamental de la Iglesia Romana, y fue la principal causa motivadora para la presencia de los curas Católicos Apostólicos de Roma en esta trama.

Ante el caos humanitario la Iglesia, o los propios curas parroquiales de por sí se entregaron al trabajo con solicitud congojosa para construir vías de salvación para los pequeños inocentes condenados.

Sergio y Leone volvieron a zafar de las potestades, en cambio el capitán y sus oficiales principales una vez que fueron condenados por causas relativamente menores, quedaron a

merced de las instancias judiciales como imputados en los demás procesos pendientes en contra de los mismos: confabulación, conspiración, soporte de la inmigración ilegal, secuestro y asesinato.

Si bien cuando no hay cadáveres no hay crimen; pero, ¿de entre todos los leguleyos que pululaban por allí en busca de algún bocado quién sería el osado o corajudo de señalárselo al “Señor” Juez, quién contra todo entendimiento, siendo miembro de la justicia militar llevaba éste caso perteneciente a la jurisdicción civil.

“Mientras las personas desaparecidas no se presenten en esta sala, los detenidos quedarán en prisión en la unidad carcelaria de la marina” –sentenció el Juez, dejando bien sentado que definitivamente todo quedaba bajo la jurisdicción militar; entiéndase: los detenidos a los que se refería el “Señor” Juez, que en realidad eran presos sentenciados, no saldrían de la jaula por mucho tiempo a menos que se produjera el milagro de la resurrección bajo las aguas y la posterior aparición en la tierra, más precisamente en el juzgado, del muerto y del desaparecido... o que la mano del “diablo” tuerza la mano del poder a como dé lugar.

Mientras el cadáver de la humilde y desafortunada señora decidía si valía la pena hacer el esfuerzo de resucitar y volver a cargar con quién sabe que congojas, penas, tormentos o aflicciones terrenas, Stefano había desaparecido como por arte de magia; de esas magias y hechizos de las que el padre Paolo como misionero de las entrañas selváticas sabía de muchas y

que las autoridades burguesas únicamente sabían de oídas poco o nada.

La parte de la tripulación del barco que tenía diversos grados de complicidad con la oficialidad, luego de ser detenidos e interrogados “delicadamente” fueron liberados con órdenes restrictivas en su haber.

Por temor a que la suerte en los juzgados o en manos oscuras les resultara adversa en el otro continente decidieron no regresar hasta tanto lo sucedido fuera envejeciendo.

Era mejor no tentar al Diablo después de haberle fracasado.

El segundo artículo de la sentencia dictada por el “Señor Juez” expresaba lo siguiente:

“Hasta tanto los hechos no sean aclarados debidamente el buque “Catalina” no podrá realizar ningún tipo de transporte y quedará demorado bajo custodia de la Marina Nacional en el dique n°4 de esta Unidad”.

Capítulo 9

Paolo o simplemente “paí Pablo” para los fieles y no fieles de la comunidad, como así también para los vecinos circundantes y menos próximos a “su” iglesia; era oriundo de un pueblo chiquito, pequeñísimo de Italia, de esos que abundan y se encuentran desparramados al azar sobre las serranías y llanuras de la geografía de la península, de esos poblados habitados por escasa cantidad de gente, donde todavía hay sitio para algunos más que deseen habitarla, donde la extraordinaria grandeza de la solidaridad de sus habitantes es tan inmensa que se derrama sobre otros. Hombre de mirada vívida y beata, más bien enjuto, delgado de poca carne, lleno de fibras duras y recias como una cuerda de cáñamo, visibles en sus extremidades superiores cuando doblaba las mangas de su negra sotana, no mucho más alto que la media, de expresivos surcos en la piel consecuencia del trabajo y del sol, y de una tonsura imperfecta por la ausencia de algunos pelos ya caídos o mal cortados.

En la casa de Dios en la que moraba, Pablo tenía por compañero de misión a un sacerdote de nombre Miguel, que según afirmaban los feligreses tenía su origen en los indígenas de las Misiones Jesuíticas, aunque otros aseveran que sus ascendientes fueron un misionero indígena y una dama del gobierno español de la colonia; ambas creencias nunca crearon conflicto ya que en ambos casos de por medio estaba presente un nativo; y eso más que nada era del agrado de los parroquianos; al padre Miguel las versiones le tenían sin cuidado, le entraba por un oído y le salía por el otro sin interferencias. Era alto y delgado de rostro oval, mentón fornido, ojos marrones oscuro casi

negros y mirada y carácter apacible o no según el momento, la ocasión y las circunstancias.

La casa de Dios era una austera construcción de piedra roja y argamasa del mismo color, pero de un tono más suave lo que la hacía distinta de las demás. En una ocasión un “importante” comerciante del pueblito perdido en la inmensidad selvática le objetó al padre Miguel en términos casi inquisitorios si por qué no se pintaba la iglesia de blanco, a lo que el cura respondió: *“Nuestra misión es blanquear las almas de las personas y no las piedras..., éstas con que estén limpias ya es suficiente para nuestro Señor”*.

La iglesia, situada en un escampado, rodeada de establecimientos ganaderos, explotación de yerbales y de un reducido número de agricultores, albergaba una digna capilla conformada por un delicado altar cubierto de impecables manteles de hilo confeccionados por las mujeres de la localidad, una credencia hecha de un endeble aparador donado, una minúscula sacristía, un delicado ambón de madera, y un respetuoso sagrario ubicado en el retablo de madera ornamentada; el confesionario estaba situado a la entrada en el lado derecho de la nave central, no muy apartado de los bancos por la ineludible exigencia de espacio. Detrás de la nave y separada por una gruesa pared se hallaba una pieza de unos 30 metros cuadrados que tenía un altillo de madera de casi igual medida con una escalera adosada a uno de sus lados; esta construcción hacía de cocina, salita de lectura y dormitorio de los dos misioneros.

En dicha salita Stefano, de manos de Pablo y Miguel, se instruyó en ciencias y letras, aprendió sobre aspectos de la vida aún desconocidos por él a su llegada a la casa de Dios, y obviamente sobre la doctrina de la iglesia; en esto último los padres

dejaron que él leyera la biblia solo, sin ayuda, de manera a que no se sintiera condicionado a unirse a la religión profesada por ellos sin convencimiento propio, pero a condición, pacto de caballeros mediante, que Stefano después de cada lectura e interpretación subjetiva suya, la misma sea discutida con uno de los dos curas.

Una manera original y práctica de predicar el evangelio, respetando el entender y el razonar del otro, que habían aprendido a través de los años.

–Pablo, ¿y si te equivocas?

–Y si me equivoco no le haré daño a nadie.

–Pero no debieras saltarte las normas – le advirtió Miguel con el entrecejo fruncido.

–No te sobresaltes hermano que no hay nada raro en esto.

–¿Como que no, habiendo tanta gente pisando con la biblia en la mano?

–¡Ah”...”, si esa es tu preocupación no te quebrantes porque a ellas les interesa más el chismorreo que las palabras del Señor; leen la biblia lo menos que pueden y lo hacen más por temor, por las dudas de qué algo les suceda...; están tras nosotros solamente para ver si escondemos alguna pollera o alguna infidelidad de alguna mujer ajena. Trata de entender Miguel que las normas y reglas de la iglesia no las conocen y tampoco les interesa, excepto las referentes al pecado sexual; “*La fica in peccato*” es lo que tienen entre ceja y ceja.

–Pero...

–Pero –le interrumpió Pablo– ni el diablo mete la cola donde están ellas.

–No importa, a nosotros sí nos atañe –sentenció Miguel gesticulando con las manos.

—En cuanto a eso concuerdo contigo, pero te repito que tengo todos los papeles en regla —repuso sonriente Pablo—. Confío plenamente en ti, sin embargo, te propongo que lo hagamos en privado. ¿Estás de acuerdo?

—Sin dudarlo.

Habiendo dado por cierto, según los supuestos antecedentes en pertenencia de Pablo, de que el chico había sido bautizado, Miguel, cuando su compañero se ausentaba iba preparando a Stefano para que recibiera la primera comunión.

Como habían acordado, Stefano luego de pasar por el confesionario, recibió por vez primera la eucaristía en una ceremonia íntima.

Tres almas, El Señor y nadie más. ¡Qué más se podía pedir!

Los meses pasaban uno detrás de otro con prisa y ninguno de ellos podían aventurar un determinado futuro para el chico; la rigurosa realidad era que ambos no estaban preparados para el después del rescate. Apretados como estaban por la situación decidieron tomar el toro por cualquier parte y llevar a cabo alguna acción hasta que se acomodaran las cosas.

—Para nosotros hace tiempo que dejaste de ser un niño aterrorizado y horrorizado. Por lo que pasaste y superaste, evidentemente eras más duro que los otros chicos de tu edad, pero eras todavía un pequeño pilluelo aún inmaduro para lo que te estaba ocurriendo —se expresaba Pablo en actitud concluyente—. Seguro que no imaginabas ni deseabas terminar aquí con nosotros, pero penado ni cautivo estás, eres libre de decidir qué hacer más adelante..., pero...

–¿Pero qué padre?

–Nada, no te angusties que nada ocurre; cuando hablo uso mucho el “pero” porque con él se arreglan muchas cosas que de otra forma no querría decir.

–Aunque no lo crea entiendo mucho padre, no tonto, sé lo que no quieres decirme. Tú, Miguel y yo sabemos que pese a todo estoy aquí a gusto con ustedes y que no tengo más que pedir que lo que tengo aquí, pero algo deben saber, tengo miedo y no quiero que me “roben” de vuelta –confesó compungido y con lagrimones en los ojos.

–Ten por seguro que eso no pasará. ¡No lo permitiremos!
–afirmó sin vacilar rodeándole cariñosamente con su brazo.

–¿Y si vuelven y me encuentran?

–¡Nadie lo hará! ¡De verdad te lo digo hijo!

Las palabras del padre aquietaron de momento el ánimo del “chico-mayor”.

–Te propongo algo –dijo Pablo sin hundirse en el desánimo.

–Lo que sea acepto si estarás conmigo –respondió Stefano con los ojos todavía llorosos.

–¡Vale, hijo! –enfaticó el cura con dudosa alegría.

Como acostumbraba Miguel a preguntarse cada vez que Pablo usaba ese término: “¿de dónde lo habrá acogido?”, nosotros nos preguntamos lo mismo, pero tampoco lo sabemos, y, quizás ni el mismo Pablo lo sepa; “*Chi lo sa*” diríamos; pero lo cierto era que Pablo siempre lo ensamblaba bien en sus frases.

La propuesta era la más lógica posible de presumir; necesariamente debía ser una que no se distanciara mucho de la vida que les era común.

Como Stefano ya hacía muchos de los servicios y funciones atinentes a las misas que los padres oficiaban, y estaba suficientemente al tanto de las obligaciones de los llamados acólitos de hecho, Pablo le invitó a servir como monaguillo en la iglesia.

–Vale –respondió Stefano exultante y con una sonrisa cómplice por el uso del término.

Capítulo 10

–En poco tiempo, en fecha 13, todas las iglesias parroquiales de las diferentes comunidades festejarán el día del monaguillo; habrás visto u oído en las iglesias de Italia sobre la celebración del día de los “*chierichetti*”, aquí es lo mismo, en ese día se oficia el ritual de institución de los monaguillos. Este año la celebración se hará en la iglesia madre de la ciudad. ¡Será algo muy bonito!

Stefano entendía muy bien hacia donde iba la charla, pero afín con los modales que había atesorado no abría la boca para nada.

–El ser monaguillo en sí mismo ya es una superación elogiosa, y lo es más por su trabajo; el servir a Dios y a sus sacerdotes que trabajan para el bien de la comunidad lo eleva a una posición espiritual envidiable –aseveró el cura emocionado y con el corazón henchido de espiritualidad.

Stefano lo seguía con la vista y lo escuchaba con diligente atención.

–Óyeme, te diré cómo será el ritual de consagración. Se iniciará con una peregrinación por el sitio previamente determinado por el religioso de la parroquia, una vez en el interior se celebrará una misa que se iniciará con el canto de entrada, y después de la lectura del Santo Evangelio y de la Homilía, esta vez, sobre el evangelio, se procederá a la lectura del compromiso y de la responsabilidad de los monaguillos y monaguillas; al final de la misma se les hará entrega de las túnicas blancas que llevarán en los servicios que asistan y obviamente luego continuará la misa hasta su fin.

El final del relato dejó a Stefano con una mirada de desconcierto; lo de las monaguillas lo tomó de contramano.

—Advierto dudas en tu mirada. Eres muy expresivo y fácil de descubrir. Esa condición a veces es mal compañera; tienes que saber controlarla.

—Solo lo de las monaguillas me hace pensar.

—No es muy común verlas, pero está ajustado al derecho de la Iglesia, y nuestra circunscripción tiene autorización del Obispo Diocesano. ¿Satisfecha tu inquietud?

—Una de ellas. La que me inquieta más es la otra.

—Haber, háblame de la otra —le inquirió dando un buen sorbetón de aire.

—Como monaguillo deberé atender con purísima devoción al Señor. ¿Es así?

—Así como lo has dicho.

—¡Hum! —dijo con expresión de duda, y prosiguió con una pregunta directa—. ¿Y si no creo?

—¿En qué? ¿En que no puedas lograrlo?

—¡En Dios!

—¡In Nomine Patris! —fue la respuesta de Pablo escudriñando los ojos de su interlocutor.

—¿Qué pasa entonces?

—Que entonces tenemos un problema —enunció consternado—. ¿Jamás has cuestionado su existencia? ¿Por qué ahora?

—Por respeto a ti y a Miguel, por cautela, por miedo, por necesidad..., creo.

—¿Y cuál es tu duda sobre El Señor?

—Todo.

—¿Tanto? —quiso saber Pablo.

—¡Sí! —respondió con firmeza, y prosiguió—. Jamás estuvo presente para auxiliarme en mis desgracias y sufrimientos.

–Piensa, Stefano, piensa. ¿Acaso no te encuentras con vida y a salvo del mal?

–Sí, pero no creo que por Él; fueron otras almas nobles juntas las que me quitaron de allá y me trajeron aquí, a este sitio.

–Todas almas creyentes, ¿o no?

–Todas no sé; posiblemente.

–En cierto modo quizás tengas razón –fue la lacónica respuesta del cura.

–No hablo de los adultos porque todavía no “fui” adulto; no tengo ninguna experiencia como adulto, todavía no lo he vivido, pero me pregunto: ¿por qué los niños tenemos que sufrir? ¡No somos todos puros y santos, pero somos niños y por lo tanto inocentes! Padre, ni las leyes terrenas nos castigan así, ¿y por qué Dios sí?

Pablo no se atrevía a interrumpir a un Stefano que estaba como poseído y furioso contra su orfandad de justicia.

El sempiterno cuestionamiento, millones de veces mal respondido se hizo voz nuevamente en Stefano. Una voz tan viva que se identifica en la frase de un verso conocido: “*Una duda corroe mi alma...*”

–Padre, ya lo hizo más de una vez, pero venga con el alma abierta y pase suavemente sus manos por cada una de las hendiduras y de las llagas que tengo en mi espalda y en mis piernas; cicatrices mal curadas que hasta hoy me duelen al simple tacto y me duelen en el corazón y en mi pàrvula dignidad..., dolores que seguirán latentes en mi durante toda mi existencia. Tuve la suerte de que me salvaran, ¿pero que hay de los otros niños que allá siguen defecando y orinándose en sus pantaloncitos andrajosos y roñosos, que siguen llorando a escondidas los dolores de sus purulencias malolientes, de

sus dientes cariados y podridos, de sus pies lacerados, de sus pieles quemadas, secas y arrugadas por el ácido, que siguen entre mocos y lágrimas pidiéndole ayuda, que no la tendrán, a sus madres ausentes? Padre, lloro, sufro y muero todos los días por ellos. ¡No puedo ser monaguillo!

Pablo quedó atónito, turbado, estupefacto; el golpe lo había recibido de lleno y en el rostro. ¿Cómo podía darle una explicación sin haber pasado por lo mismo? Se sintió frustrado y sin palabras, por lo que optó por abrazar a Stefano y secar con su mano la chorrera de lágrimas del niño-mayor.

Así caminaron juntos hasta la casa; la conversación quedó trunca y para otro día.

Pablo se levantó temprano, más de lo habitual, y bajó hasta el sitio que hacía de comedor, allí sin esperarlo encontró a Stefano sorbiendo una taza de café bien caliente; el clima lluvioso de ese día invitaba a beber la infusión.

—¿Qué haces tan temprano? —solo atinó a preguntar.

—Buenos días, padre.

—Buenos días, disculpa, pero me sorprendiste.

—Estuve aquí toda la noche —respondió Stefano y continuó soplando el contenido de la taza con la esperanza de enfriarlo más rápido—. No pude conciliar el sueño; a decir verdad, ni siquiera lo intenté.

—Yo dormí de a ratos, pero las pesadillas me persiguieron durante toda la noche.

Así siguieron conversando de nimiedades hasta que terminaron con la segunda taza. Cuando Stefano se dispuso a lavar su recipiente, Pablo lo tomó del brazo y lo invitó a que se sentara nuevamente.

–¿Has pensado en lo de ayer?

–Mucho.

–¿Y?

–Nada ha cambiado.

–¿Estás seguro?

Stefano movió la cabeza en forma afirmativa.

Miguel llegaba y Pablo le pidió que les acompañara en la mesa.

–Hijo, hay dos caminos para llegar a Dios: uno es por la Fe y el otro por la razón; si puedes apreciar las maravillas de todo lo que te rodea y de lo que te muestra el mundo, de seguro que te causarán admiración...; los cerros, la vegetación, la dócil semilla y el árbol que nace de ella, el agua que nace en la tierra y llega al mar dando vida a su paso constante. Todo es perfecto y detrás de esa perfección está un creador, nuestro Dios.

–Eso no es todo; la perfección de Dios debe ser total, integral, y mientras haya niños dolientes, que sin siquiera como el perro puedan lamerse las heridas, no hay perfección, Padre. ¡No la hay! –recalcó fregando con sus dedos sus ojos trasnochados.

Otra vez el sacerdote recibió de frente la respuesta inesperada.

–Está bien, como hicimos ayer dejaremos esta discusión para otra oportunidad. Ahora quiero y necesito que me escuches atentamente–.

Stefano sin mover nada más que los párpados, involuntariamente, esperó con atención lo que le diría Pablo.

–Estamos en una situación incierta y difícil a pesar del largo tiempo transcurrido; estamos aquí solos, sin instrucciones, sin saber hacia dónde ir; lo único claro en este momento para nosotros es que tu estadía en la iglesia debe continuar sin

sospechas sobre ti, sobre quién eres, sobre qué haces o sobre cualquier cosa que se le ocurra a alguno de nuestros amados figones feligreses. Como te lo dijera en diferentes ocasiones, ya no eres un pilluelo pazguato, por ello no dudamos que esto ya lo sabes o ya te lo imaginaste hace tiempo.

Si entiendes que Miguel y yo somos sacerdotes íntegros de fiar, curas de pueblo con los pies en la tierra y con todas las posibilidades de cometer errores como cualquiera, has de inferir que lo que te propondremos no nos aparta de nuestra fe, amor y obediencia al Señor...

—Mejor diría yo, nos aparta algo de lo escrito, pero no tanto de la espiritualidad de la intención; dicho en otra forma, acepta, confía y comprende que en esto vamos juntos; respetaremos tu creencia y tú no dudes de la nuestra —la voz de Miguel sonaba a verdad.

—Les escucho —dijo con naturalidad Stefano.

Pablo retomó la batuta de la conversación diciendo en modo imperativo comprensivo.

—En esto no hay vuelta atrás. Haremos los preparativos e irás por siete días a la Iglesia Madre en la ciudad y te convertirás en un “*chierichetto*”, perdón Miguel, en monaguillo, y del mejor; sin peros porque no deseamos ser culpables de tu desgracia por negligencia. Por nuestra parte rezaremos y haremos penitencia por los pecados correspondientes a nuestras acciones.

Stefano serio y obediente movió la cabeza de manera afirmativa.

—Prométenos que pese a tus pensamientos cumplirás tus servicios con absoluto respeto a nuestra Iglesia Católica Apostólica Romana —agregó Miguel lo que había olvidado exigir Pablo.

–¡Por todo lo que he pasado!

–Señor perdónanos por nuestras intenciones y por lo que haremos –fue el ruego de Miguel haciendo la señal de la cruz.

Capítulo 11

Los inviernos se alejaron y volvieron, y el Catalina seguía anclado y deteriorándose en el astillero militar adonde fue confinado por el juez.

Cuanto más presionaba la compañía naviera para que sea liberada la nave, más exigían las autoridades que la detuvieron.

En esos años de violentas revoluciones civiles, la presión no era el camino adecuado; la época del envío de las cañoneras para solucionar a favor los conflictos había pasado, ahora era el tiempo de hacer bien las cuentas de la ecuación costo-beneficio y entrar al juego del “toma y daca criollo”, siempre muy difundido y prometedor.

Stefano, puntual y escrupulosamente ayudaba a los sacerdotes que oficiaban misas en cuantas iglesias de parroquias existían en, quizás, treinta kilómetros en derredor de “su” iglesia, y prestaba de igual manera servicio en las procesiones patronales; lo más loable era que lo hacía con mayor consideración y deferencia que otros símiles suyos que más bien por inmaduros ayudaban como un entretenimiento o cumpliendo un deseo preferentemente de sus madres; aunque también los padres impulsaban tales acciones para quedar bien con la Iglesia, en especial aquellos que andaban de negocios con el diablo.

Evidentemente Stefano cumplía con su palabra, sea por el honor y por la dignidad que le habían enseñado sus progenitores, o por agradecimiento a Pablo y Miguel.

¿Por qué no hacerlo casi con devoción si ambos no eran Dios, y con el Señor Dios era con quien él tenía problemas?

En los trabajos en común y en las charlas religiosas organizado por la Iglesia de San Lorenzo del Sur, Stefano conoció a muchos otros monaguillos tan despiertos y serviciales como él, pero el centro de atracción de varios otros muchos era el monaguillo no creyente quién se destacaba por ser abierto, accesible, afable y un excelso cuentacuentos; el oficio le había quitado su retraimiento o por lo menos le había enseñado a disimularlo. Además de poseer una envidiable imaginación, muchos de sus relatos se apoyaban en sucesos reales en los que él y sus excompañeros esclavos fueron protagonistas; hechos a los que Stefano les quitaba o agregaba elementos, le daba un suspenso aterrador y un final acorde a la ocasión. Para cada día tenía un cuento a flor de labios, listo para cuando alguno se lo pidiera al finalizar la charla de la jornada. Su público más entusiasta eran los más jóvenes y las únicas cuatro monaguillas, Marta, Cristina, Susana y Lorena que no le perdían el paso al cuentero.

–Serás seminarista –disparó a bocajarro Cristina.

–¡No!

–¿Entonces por qué vives en la iglesia?

–Eh...sí..., iré en cuanto llegue su tiempo –la viveza de la jovencita le había hecho olvidar el libreto tantas veces ensayado.

–¡Qué suerte! –respondió con una benevolente sonrisa que dejaba entrever la frase: “*no te creo*”.

Stefano captó el mensaje de que había sido tomado, cuando menos, en falta, pero no pudo descifrar el “¿qué suerte?”. ¿Había sido una insinuación, un que bien que no tomes ese camino, una picardía propia de las mujeres siempre más despiertas que el hombre?

Siguió dando vueltas al hilo hasta que lo atrapó el sueño.

El cura párroco acompañó a los jóvenes que no habían visto aún y que deseaban ver el gran lago.

Al final del grupo caminaban el sacerdote, las cuatro monaguillas, Alberto, Alfredo y Stefano, quién muy dueño del momento les contaba un cuento. Susana fue retrasándose de a poco unos pasos hasta que de pronto pidió ayuda.

–¡Esperen! ¡Ayúdenme que tengo un guijarro en el zapato!
–le hizo oír al grupo pero con la mirada puesta en Stefano.

El cuentacuentos detuvo su relato y retrocedió para auxiliar a la compañera en problemas.

–Sostenme para quitarme el zapato –le pidió pasándole su mano izquierda.

Los rayos de luz de los ojos de Susana se clavaron en los de su socorrista que sintió su devastador efecto; a su corazón se le olvidó de pronto que debía latir unas 60 veces y no 110 por minuto, y a su rostro se le olvidó el color de fábrica, ahora tenía el color ruboroso de la vergüenza. Los ojos de Susana y la tibieza de su mano sedosa que sostenía fuerte y delicadamente como una copa de cristal de Murano terminaron por desmoronar internamente al monaguillo rebelde.

La adorable jovencita, de ojazos azules y de reluciente cabello negro, que se había inventado lo de la piedrecilla en el calzado para atrapar a Stefano había vencido.

¿Dios le estaría diciendo que siga siendo monaguillo hasta descubrirlo a Él?

“¡Chi lo *sa!*”, diría Paolo.

Las charlas religiosas llegaron a su fin al día siguiente. Stefano fue sentimentalmente vencido, pero de lejos, a la distancia..., su inmadura inocencia sobre el pensamiento y actuar femenino le hizo creer que el torbellino desatado había pasado.

Susana y él no volvieron a encontrarse, pero la experiencia pasada había dejado huellas en el monaguillo agnóstico o descreído por lógica furia, que con empeñada decisión y dificultad trataba de alejar a la joven de su mente. Intrincada tarea porque hasta el torbellino se había hecho de un sitio en su cerebro: *“Qué pena que haya terminado, pero que suerte el no haberme quedado prendado”*.

Más paradójal no podían ser sus límites de razonamiento.

Un mes de octubre el padre Pablo pidió encarecidamente a Stefano, ya por entonces monaguillo antiguo y responsable de la instrucción de los nuevos y de la preparación de los que querían serlo, que interrumpiera su instrucción educativa y asistiera a la Iglesia de Santo Tomás debido a que el Arzobispo que estaba de gira iba a concelebrar la misa por el día de los sacerdotes mártires y necesitaban de más servidores para tan distinta ocasión. Pablo ajeno a lo sucedido desconocía que su ruego estaba de más, porque al enseñante el pedido, aún sin ruego, le venía como un favor caído del cielo, tanto que en su alegría casi agradeció a su cuestionado Señor del Universo.

Habiendo arribado el día previo a la celebración Stefano husmeó con la mirada cuanto rincón había y a cuanta persona se cruzaba con él. ¡Desilusión, Susana estaba ausente a sus ojos!

Al día siguiente, previo a la entrada de los sacerdotes celebrantes, los monaguillos elegantemente vestidos con un alba de color rojo sangre y un roquete blanco como la nieve se ubicaron en una única larga fila entremezclados con las monaguillas en una demostración de igualdad.

Al inicio del canto de entrada Susana, que se encontraba algo alejada de su objetivo, deslizándose como un felino y sin decir palabra cambió de lugar con otra servidora, Lorena, en una acción previamente concebida para quedar al lado del desprevenido Stefano.

–¡Hola!

–¡Hola! –sorprendido respondió por lo bajo.

A momentos de iniciada la misa, Susana con su dedo meñique rodeó el meñique de Stefano, quién vergonzoso empezó a sudar y a temblar como un paciente febril; ella feliz por la reacción que produjo, en vez de soltarlo le apretó el dedo más fuerte aún y le dio un tirón hacia abajo; Stefano a más de tembloroso quedó sin reacción y pálido como un muerto; el pensamiento que pasaba por su cabeza era: *“Si nos ve el arzobispo o el cura no solo estaré muerto sino sepultado también”*.

Un rato después más calmo decidió actuar, pero Susana antes le leyó el pensamiento y le liberó el meñique. Stefano respiró aliviado, la locura había terminado bien. *“Por fin Susana entró en razón gracias a Dios”* –pensó. Era la segunda ocasión en que agradecía a su cuestionado Divino.

Nuevamente se equivocó con Susana, ella no lo había soltado por temor a ser vistos o por dar por terminado el susto que le dio, le soltó el dedo porque debía ir a incorporarse al coro.

–Qué alivio que se fue –pensó para sus adentros.

El alivio le duró un pestañeo; Susana desde el coro cada vez que se encontraba con la mirada de Stefano frunciendo sus labios le tiraba besos y no satisfecha con eso le guiñaba el ojo.

Concluido el oficio religioso, preocupado y en desespero resolvió encarar a la indómita Susana.

–¿Es que no puedes calmar tus diabluras?

–¿Qué dices que hice? –preguntó jovialmente.

–¡De todo! ¡Por Dios! ¿Es que no puedes quedarte quieta?
–¡Es que no me he movido! –aseveró con una seriedad falsa.

–¡¿Qué no?! Si hasta de sitio cambiaste.

–Porque Lorena me lo pidió –expuso haciendo un gran esfuerzo para no sonreír despreocupadamente.

–¿Lorena?

–Sí, Lorena.

–¿Y los besos desde el coro? –inquirió Stefano con disimulada molestia.

–¡Ninguno! Solo arrugaba mis labios porque los sentía secos.

Dándose cuenta de que no le podría ganar la discusión a Susana dijo: “Bah”, y se dio vuelta para retirarse; no logró dar ni medio paso porque alguien le estiraba la manga de la camisa.

–¡Monaguillo tonto! ¿Qué esperas que haga para que caigas en la cuenta de que me gustas...y mucho?

El tonto entrecruzó sus dedos con los de ella y caminaron hacia la salida.

La etapa más linda de la vida, la del enamoramiento juvenil Stefano lo estaba viviendo a plenitud; el sol refulgía más, los encuentros, aunque fueran de doce horas, pasaban demasiado rápido, la luna era más dulce, la mujer encontrada era única, sin igual, la espera de la próxima cita era muy larga y tediosa, las mariposas que anidaban en su estómago no paraban de revolotear... ¡Hasta la sopa de Miguel sabía más sabrosa!

El niño desnudo y alado con sus certeras flechas los impulsaba a cuantas reuniones eclesíásticas hubiera para que siguieran viéndose.

Tantos fueron los encuentros que las “beatas” y “beatos” meteretes cayeron en la cuenta de que algo estaba sucediendo entre ellos: “*Seguramente algo pecaminoso ocurría entre los dos cervatillos de Dios*” “*Algo debemos hacer para no pecar*” ¡Un pecado mortal sería no seguir pismando hasta descubrirlos y contarles al Señor! –decían. Pero a quien le fueron con el chisme no fue al Señor Todopoderoso, sino al señor Williams, el padre de Susana, que de inmediato montó en cólera y se dirigió enfurecido a reclamar “justicia” a Pablo y Miguel.

Williams Rocha, hombre de buena estatura, calvo, de cejas y bigote tupidos de color zanahoria y gafas gruesas, posiblemente, de origen neozelandés y portugués, de carácter imperativo y tozudo de razonamiento se consideraba un “ejemplar” de linaje superior y por tanto con derecho a ordenar y a que se cumplan sus órdenes. Falsa realidad. Su poder en el pueblo no venía de su ficticio “linaje” sino del poder económico que le brindaban sus ingresos como el mayor ganadero de la región, amén, de seguro, de algunos otros negocios “*non sancto*”. Mucha tierra, mucho ganado y muchas otras cosas no visibles en tan grande extensión.

Acorde con su carácter, acusó directamente a los dos curas de ser los artífices de lo que estaba sucediendo entre su hija Susana y el maldito monaguillo de la iglesia. Pablo lo escuchaba cortésmente por educación, sin expresión alguna en el rostro, aunque muy de vez en cuando enarcaba las cejas hacia arriba en señal de desconocimiento de lo que el pelirrojo intentaba hacerlos responsables. Al final después de tanta perorata, exigencias y amenazas no tan veladas, Pablo, de carácter apa-

cible como cura, sacó a relucir su esencia itálica, y entre gesticulaciones y voz en alza le dijo: *“Por más que hable, hable y hable de manera intimidante como seguramente lo hace con sus peones, recuerde que aquí en este sitio el único que manda es Nuestro Señor o sus secretarios ejecutivos; es decir: nosotros, el padre Miguel y Yo. Le advierto que modere su ímpetu acusador; y le aclaro que conversaré con el joven en cuestión. Buenas tardes”*.

El plantón que recibió lo hizo refunfuñar durante todo el camino de regreso.

—A estos curas de mierda no les daré más nada como contribución —se decía a sí mismo por lo bajo.

Después de escucharle a Stefano, los padres concordaron la respuesta: *“hijo, no cometas pecado”*.

Allí concluyó todo.

Capítulo 12

Williams Rocha, de inmediato prohibió a su hija pisar la iglesia de los padres y de seguir sirviendo en cualquier otra iglesia, sea de donde fuere.

Órdenes en el vacío para un corazón adolescente enamorado; Susana siguió viéndose a escondidas con el amor de su vida presente.

Caminaron por el largo sendero que conducía hasta el remanso de la cascadita “venadillos” tomados de la mano, en silencio, solo hablándose con el alma en gozo.

¿Qué más pedir a la vida? Hasta los fantasmas que lo atormentaban tuvieron que ceder ante un corazón férvido como estaba el suyo; pleno de felicidad y correspondido.

Abrazados se sentaron sobre una piedra y sumergieron sus pies en la suave corriente del remanso. Hablaron de los inconvenientes que les creaban a su relación, de sus familias, del colegio, de sus problemas juveniles, de cómo serían sus vidas de casados, de los hijos que tendrían, del amor eterno, de la incommensurable belleza del paisaje, de su quietud tranquilizadora, y de muchas cosas más que les venían a sus mentes bulliciosas; los temas surgían infinitos, encadenados y sin orden hasta que un grupito de abejas extraviadas del enjambre los obligó a tirarse precipitadamente al agua en busca de protección; batallaron con movimientos de brazos y zambullidas de rato en rato hasta que las abejas sin encontrar flores de donde libar el néctar se retiraron; entonces salieron de la fría agua empapados, entre risas y muy felices.

Eligieron la piedra más grande de todas, a la que el sol bañaba en toda su superficie, y se echaron sobre ella con la idea de secar sus ropas.

Con el objetivo casi logrado decidieron cambiar de sitio para evitar las dolorosas y denunciantes quemaduras y se trasladaron hasta la sombra de un respetable y añejo árbol; allí sobre la mullida hierba Stefano extendió una de las mantas que le había entregado la lavandera y se recostaron sobre ella con la esperanza de que el viento cálido terminara de hacer lo que el ardiente sol no concluyó.

Entre vueltas y vueltas de acomodo vinieron los tiernos abrazos y éstos trajeron consigo los besos, cada vez más prolongados; el aire caluroso calentaba sus ropas y sus cuerpos, pero las tiernas caricias de Stefano y la pierna que Susana le había cruzado sobre las rodillas empezaron a calentar sus juventudes. Los pechos rígidos, firmes que la blusa dejaba entrever habían hecho contacto con Stefano e indujeron a la reacción de su virilidad, la que Susana la sintió en el muslo. De aquí al resto quedaba menos que un paso. La recomendación de Pablo: "*Hijo, no cometas pecado*", hizo que Stefano pusiera freno a sus instintos carnales; Susana en cambio insistió, aunque livianamente, pues, aunque su intención era truncar la idea de su padre no quería perder el respeto de su enamorado.

Cohibidos ambos resolvieron disipar sus temores psíquicos y espirituales cambiando radicalmente de tema como si fuera que lo ocurrido nunca sucedió.

Era mejor no pedir ni dar explicaciones.

—Señor cuentacuentos, cuéntame uno antes de regresar.

Stefano que continuamente tenía uno a flor de labios tuvo que pensar un momento porque todavía no se había superado del sofocón.

–Bien amor, aquí va el de la princesita:

“En un lugar paradisíaco de la región montañosa de los Apeninos, en un sitio casi desconocido para el común de los mortales, rodeado de colinas que parecían echar humo cuando las blanquecinas nubes se posaban en sus cimas, de diminutos ríos y lagos y de misteriosos bosques habitados por raras especies de flora y fauna, como el temido oso pardo mariscano, aterrador lobo de los Apeninos, de la tierna gamuza de los valles, y de infinidad de mariposas y avcillas de colores inimaginables; vivía Alessia, más conocida por sus súbditos como la pequeña “Principessa” del bosque. Una niña de rojos cabellos como el fuego de los más dignos volcanes que jamás conociera la tierra, llena de pequeñísimas pecas parecidas a diminutas pepitas de miel, tan deslumbrantes que las avcillas que siempre revoloteaban a su alrededor durante su paseo cotidiano por el bosque, se veían tentadas a darle un piquito a cada una de ellas.

Un buen día, sin saber cómo, apareció un hombre de extraña lengua y figura, que la convenció, cual más hábil mago conocido, a que lo acompañara al País de las Maravillas. La joven “Principessa”, engañada por su juventud y por su amor a la naturaleza, lo siguió sin arribar jamás al País de las Maravillas prometido por tan digno señor.

Los años pasaron, y como la princesita quedó en la Tierra de las Promesas, muy distante del País de las Maravillas, cuando el hombre de extraña lengua y figura, partió en busca de aventuras la pequeña, acongojada, y entristecida, escapó y

fue a vivir en un gran loto de solitaria flor blanca azulada de olorosos aromas, que alegremente flotaba en medio de un cristalino lago lleno de pececillos de radiantes colores.

Una noche, un caballero que pasaba por el lugar, descendió de su pobre jamelgo descolorido por el hambre decidido a dejar que su compañero disfrutara de la exquisita hierba que ondeaba por influjo del viento; bien hubo pisado el suelo, el caballero de triste estampa como su desgarrado caballo, escuchó un sollozo que parecía provenir del medio del lago; un respirar profundo y entrecortado por el llanto que más bien se percibía como un pedido de auxilio a alguna divinidad del bosque que no estaba dispuesta a escuchar. Entendido el mensaje, subió al loto más próximo a la orilla y remó con sus manos por días, y días, hasta encontrar a la primorosa “Principessa”, temblorosa y sin amor, pero orgullosa y sin lágrimas en sus ojos.

El caballero, la invitó a subir a su loto del Nilo para acercarla a la orilla, con la palabra de que la llevaría lejos de allí, adonde ella quisiera. La pequeña de las pecas de miel, vanidosa como toda princesa de reinos lejanos obligó al caballero a innúmeras pruebas como condición previa para aceptar el humilde ofrecimiento.

La leyenda cuenta que el caballero pasó todas las pruebas solicitadas, pero la “Principessa”, siguió pensando, pensando, pensando y pensando.

Un día, de los tantos que pasaron, el caballero de la triste figura, consumido por la interminable espera quedose profundamente dormido, y su pequeño loto del Nilo fue arrastrado silenciosamente por la fría ventisca de la noche. Cuando hubo amanecido, la “Principessa” observó que, en la traicionera

neblina, que noche tras noche envolvía con su helado manto el lago, no se encontraba el loto del caballero; había desaparecido. En un arresto de sentimientos encontrados, la niña de los cabellos rojos, juró que si volviera a verlo le diría que sí; pero cuando el sol se adueñó de las sombras, la “Principessa”, volvió a pensar, pensar, y pensar.

El hombre del pobre jamelgo, se frotó los ojos al ver el brillo del deslumbrante palacio que el mismo sol no se atrevía a opacar; una vez apenas terminado de acostumbrar sus ojos a tan tremendo fulgor del oro cobrizo, percibió la presencia de la cándida luz de la “Principessa”, y antes de que terminara de sorprenderse, vio la grácil mano de la niña princesa extendida hacia su persona, invitándole a que le acompañara. El hombre del flaco y desgarbado animal, sorprendido y fascinado, tropezó dos veces antes de asir con suma delicadeza la mano ofrecida. Juntos, cogidos de la mano, por días recorrieron los interminables caminos de los verdes jardines admirando las diferentes figuras que adquirirían las plantas pulcramente podadas por los jardineros del reino; pero a fuer de ser sinceros, debemos decir que el embeleso del hombre, se debía más a la embriagadora belleza de la princesa que al exquisito jardín palaciego. En el deambular sin fin por tan dichosos caminos, la “Principessa” le declaró su amor incondicional, y así unidos, ambos se hicieron tantas promesas como estrellas hay en el cielo. Ebrio de amor y de entusiasmo, el caballero se dejó llevar adormecido en un vuelo sin fin hacia la felicidad prometida; más cuando despertó, ¡oh!, el palacio había desaparecido tanto o más pronto que las promesas de la “Principessa”. La realidad volvió, y el caballero, se encontró flotando en su loto del Nilo; solo, tiritando de frío, y mirando cuán lejos esta-

ba de él el gran loto de solitaria flor blanca azulada de olorosos aromas que albergaba a la orgullosa “Principessa”.

¿Fue un sueño o realidad?

Simplemente su realidad soñada fue solo un sueño presente e inalcanzable”.

El relato dejó a Susana vertiendo preciosas lágrimas, tantas que ni al divino sol que iba tiñendo de naranja el cielo no lo podía ver con nitidez.

Concordaron encontrarse en dos días en un sitio equidistante de la iglesia y de la casa de ella.

El beso de despedida tenía un dejo amargo; estarían 48 horas si verse.

Capítulo 13

Stefano adelantando labores y apresurando el paso llegó quince minutos antes al lugar de la cita. Se sentó en la banca, se acomodó y se dispuso a leer en espera de Susana.

Las manecillas del reloj que giraban a su criterio muy despacio agitaron sus emociones, de tal manera que no concluía la lectura de una página sin haber ojeado varias veces la calle por donde vendría su enamorada.

No pasaron dos minutos de la hora acordada, y él con angustioso desespero ya había mencionado por tercera o cuarta vez a su acusado de no haberlos asistido: “¡Dios mío!” “¡¿Dios mío, por qué no viene?! Diez minutos más tarde la aflicción era tan grande que estuvo al filo de producirle un sofoco.

“¿Será que algo le sucedió?” “¿Nos habremos cruzado sin vernos?” “¿Entendí mal la hora?” “¿Vendrá?” “¿Me habrá mentado?” “Esperaré más tiempo; no más de diez minutos, no mejor serán veinte, pero no más porque si sigo esperando y me ha engañado seré un estúpido, un hazmerreír” “¡No, eso no!”.

Acomodó el libro bajo el brazo y con gran disgusto por lo que le había hecho se dirigió a la iglesia despotricando.

“¡Nunca más!” “¡Pero nunca más!”; decía, pero al mismo tiempo no dejaba de voltear la cabeza para ver si veía a Susana.

Llegó sudoroso y desencajado; Miguel y Pablo lo observaron nada más, total ya habría tiempo para hacerle preguntas.

A pesar de haber dicho que nunca esperaría ni un minuto más y de que no sería el hazmerreír, Stefano acudió puntualmente al sitio durante cuatro días seguidos; asimismo, pese a todo, por la noche escapaba a hurtadillas e iba hasta la casa de Susana para verla aunque sea de lejos, pero ni los perros ni el dueño le dejaron acercarse.

Susana lo había ridiculizado.

Había conocido y sufrido muchas clases de dolores y afrentas, pero los del corazón, los del amor burlado y no correspondido fue algo nuevo para él; este dolor no dejaba surcos en su carne, pero sí dejaba profundas huellas en su alma.

Williams Rocha había decidido, sin decírselo a su esposa que posteriormente informada no se mostró disconforme con el accionar de su marido, enviar a Susana a Portugal a la casa de madame Braganza para aprender buenos modales, comportamiento en sociedad, vestuario y otras cosas más; en esencia, a instruirse para cuando tenga que hacer presencia en las reuniones palaciegas y de la aristocracia del poder, del dinero, de la intelectualidad y de poseedores de títulos nobiliarios; pero el motivo real de la determinación era el compromiso matrimonial dado al teniente Afonso Guimarães de la Casa Real. Nada extraña u original la determinación, puesto que el método cotidianamente usado “*Ex More*” por los “Señores” que llevaban la voz cantante y el mando absoluto de la familia era el de casar a sus hijas o hijos, sin sus consentimientos, para expandir sus reinos, tierras, comercios o componer desequilibrados balances.

En términos reales, Susana partió sin poder avisar de su infortunio a su amado cuentacuentos, sin medios para regresar, y lo peor, con la obligación de entregar su cuerpo a un desconocido de botas y sable.

Todo cuadraba dentro de lo que sería una vida normal en comparación con lo vivido por Stefano muchos años atrás; aún con la presencia de la incertidumbre que producía el desconocer hacia donde irían sus pasos en un futuro no mediato, pero tampoco no muy lejano.

Un día como los demás llegó el padre Pablo cariacontecido, tomó del brazo a Miguel y lo llevó a una esquina de la habitación.

–Recibí noticias de Buenos Aires.

–¿Acerca de...?

–La compañía naviera.

–¿La del...?

–¡Sí! La de nuestro muchacho. Dicen que la naviera arregló con el juez...bah, con los que representa el juez, por un monto grande de dinero.

–Sigue –alentó Miguel a su apesadumbrado hermano.

Pablo inquieto a cada momento miraba a su alrededor para asegurarse de que Stefano no estuviera por allí, aunque desde el sitio donde estaban solo podía divisar una parte del patio.

–La componenda es más o menos así..., las autoridades exigieron un monto altísimo para liberar el buque, pero con la condición de que la naviera cubriera todos y cada uno de los costos que acarreará la búsqueda, y un plus a determinar si llevan a nuestro muchacho ante el juez.

Lo más gracioso para nosotros, y penoso para los tráfugas de la naviera es que si no logran aprehenderlo el dinero ya

entregado para liberar el buque quedará para los cochinos de este lado y sin devolver la nave. ¿Entiendes?

—Creo que sí. Al muchacho no lo encuentran de propósito y entonces la naviera deberá sobornarlos con un monto mayor. ¡Mejor para nosotros! —aseveró Miguel con una sonrisa navideña.

—¡No tanto padre! Los traficantes no son idiotas; ellos pusieron como condición que dos o tres hombres suyos acompañen a los designados en la búsqueda.

Miguel quedó con la sonrisa aguada.

—Seguramente lo buscarán por aquella región. ¡Jamás pueden imaginar que este lugar exista!

La esperanzadora deducción de Miguel se esfumó tan pronto como escuchó lo que Pablo dijo.

—Ten por seguro que saben de este sitio, de nosotros y de nuestra Iglesia. Williams Rocha, el pollino piojoso ese se los dijo.

—Entonces decididamente debemos hablar con Stefano con toda la crudeza de la verdad, aunque todavía esté de duelo espiritual.

La primera experiencia de amor herido siempre es dura para todos; a Stefano le resquebrajó el alma, pero no lo quebró; la vida le había envuelto con un cascarón difícil de raer.

Capítulo 14

Negar que Stefano esté viviendo en la iglesia era algo ilógico y absurdo de hacer, ocultarlo durante semanas en algún escondrijo de la misma, impensable, no tenía ni un agujero y mucho menos un sótano de ningún tipo, esconderlo dentro del tanque, una imbecilidad, meterlo en el pozo de agua, una idiotez supina, ¿qué quedaba?... Hacer lo que el “*prete*” Paolo hacía tiempo tenía en mente para cuando se presentase esta complicación.

Pablo había resuelto esconder a Stefano de la manera más simple, segura y rápida posible. ¿Cómo? Llevándole consigo en su misión de evangelización por el interior; solo que en esta oportunidad en lugar de hacer varios viajes intercalados en el tiempo lo haría de un solo tirón; un recorrido único y prolongado por todos los sitios a visitar.

Con las primeras luces, iniciaron la gira pastoral previamente concebida por el paí Pablo. Caminaron hasta la casa del señor Almirón, feligrés solidario y de confianza suficientemente demostrada en diversas ocasiones, asentada a unos siete kilómetros de la iglesia; de allí en adelante Almirón, de nombre Luis, los trasladaría en una carreta tirada por bueyes, utilizada habitualmente para transportar cargas.

El cansancio producido por el caminar sobre el suelo irregular, forzó a los caminantes a dirigirse al pozo en busca del agua fresca que éste por su profundidad proporcionaba; su-

dorosos como estaban asieron los baldes que estaban unidos a una larga piola sostenida por una quejumbrosa y chirriante roldana aquejada por la impía herrumbre; lo hicieron con tal desconcentración y apuro que cuando Stefano lanzó los baldes al vacío el cura aún no había tomado la soga con la suficiente fuerza...y, ¡Zas! La soga y los baldes terminaron en el fondo; la sed la saciaron con el agua fresca del cántaro de barro, pero la mojadura de pies y cabeza quedaron sin solución.

No les era posible desperdiciar tanta agua ajena.

La carreta lenta y angustiante como la llegada del día de cobro del peón de campo, seguía obedientemente los pasos de los cansinos bueyes. Entre balanceos y sacudidas producidos por los desniveles del barro recién seco, al cabo de unas horas arribaron al paraíso de Pablo.

La pequeña Misión, en esencia, la conformaban dos construcciones de tablas rodeadas de una sencilla cerca de estacas y cuatro líneas de alambre con espinos para evitar la entrada de los animales del bosque aledaño; una ilusoria cerca de contención que ni a las comadreas podía impedir su paso. La edificación principal la componían dos piezas ubicadas una frente a la otra y separadas por un espacio de mayor tamaño, todos bajo un techo común; la otra la más importante en cuanto a religiosidad, era la capilla; un espacio similar al de un galpón rectangular mediano, con techo de dos aguas y dos grandes puertas en sus extremos, un humilde atrio, una pila bautismal y cinco bancos; un “ingenio arquitectónico”, ya que al abrir las puertas de los extremos se cubría la necesidad de luz, de aire y, como no, de espiritualidad puesto que la puerta posterior una

vez abierta en su totalidad permitía a los feligreses ver la cruz de lapacho allí hincada y de contemplar la vegetación y el pasar de las aguas del limitado río que atravesaba la zona.

Todavía quedaba por levantar las vigas que portarían la campana, y la campana misma, la que aún no la tenían a pesar de todos los artilugios con que contaba el “*prete*” Paolo.

La pequeña Misión en general era una obra de todos juntos; era el centro desde donde Pablo y Miguel partían hacia lo profundo para ayudar, socorrer e intentar evangelizar. Un trabajo del que pocos podían vanagloriarse de haberlo hecho. Pablo y Miguel lo hacían con asiduidad, pero la jactancia era algo definitivamente inconsecuente con sus espíritus, y jamás hizo asomo en las mentes de ambos curas.

Los días siguientes al arribo lo dedicaron a la limpieza, a alguna que otra refacción de lo que fuera necesario, a terminar de pintar la capilla y la cruz que miraba al río, y a colocar las vigas para sustentar la campana.

Aparentemente, para el común de la gente ajena a la Misión, un hecho era inexplicable o cuando menos no congeniaba con el razonamiento habitual...; nadie cometía hurto en ausencia de los curas.

Estando en los menesteres de la construcción Pablo recibió el dato de que un grupo de familias estaba en problemas; puso al tanto a Stefano y le dijo que preparase todo lo necesario para ir hasta el lugar, y que partirían hacia allá cerca de la media mañana.

Para antes de la hora de partida, Sinesio, un personal contratado para asistir a los curas cuando estaban en la Misión, ya tenía la canoa amarrada y lista para recibir la carga y a los pasajeros.

Remando aguas abajo al cabo de hora y tanto llegaron hasta un paraje donde confluían el río y un arroyo de poca profundidad y anchura estrechada por la densa vegetación que desde las orillas derramaba su follaje sobre las aguas.

—Hasta aquí podemos ir con la canoa —advirtió Sinesio—. De aquí en adelante solo resta caminar.

—Entonces así lo haremos. ¿Qué dices Stefano?

Un encogimiento de hombros fue la respuesta.

—Subamos la canoa a la orilla y amarrémosla fuerte para que no se nos vaya.

—¡Adiós canoa! ¡Espéranos, no te alejes! —le dijo Stefano dándole unas palmadas.

Caminaron sin comentarios por el sendero que le descubría Sinesio con el machete, no era cuestión de perder el aliento por que sí nomás cuando aún quedaba bastante trecho por delante para llegar al asentamiento de hecho, o mejor dicho al lugar donde un grupo de doce familias indígenas ocupaban buscando un sitio donde proseguir la vida.

No eran extraños a la “civilización”, pero ésta después de utilizarlos con sub empleos en sus campos los fue empujando hacia el monte.

Cuando finalmente llegaron se toparon con una situación penosa; algunas familias tenían uno o dos fallecidos, y la mitad del total padecían de vómitos, deposiciones imparables, temperatura y desnutrición. Un cuadro espeluznante y a la vez

lastimoso desde donde se lo apreciase. El problema era ¿qué hacer? y ¿cómo ayudar?

Después de asumir a conciencia la realidad Pablo, frotándose nerviosamente la mejilla, pensaba en qué cosa podría ser la causante de tamaña desventura. Como no era médico lo único que estaba al alcance de sus manos era tomar medidas de higiene y así lo hizo; explicó a los hombres y mujeres del grupo que había que calentar agua y en ella hervir las ropas, mantas y trapos que tuvieran, sucias o no.

En los días que siguieron el escenario había mejorado, pero empezaron a aparecer nuevos casos... ¿Cómo era posible? ¿Dónde estaba el error? ¿Qué más se podía hacer? El error estaba tan a la vista que, paradójicamente, por esa misma razón, por los apuros del momento y la falta de necesidad no lo habían descubierto. Recién cuando se terminó la ración de agua que trajeron de la Misión descubrieron que el agua del arroyo de a ratos era más turbia.

¡Eureka! La causa abandonó el misterio, ahora debían solucionarlo.

Stefano se ofreció para ir hasta la naciente del arroyo para observar donde y porqué las aguas comenzaban a enturbiarse.

—No podrás hacerlo solo —le advirtió el cura—. Ni ideas tienes del lugar y de cómo hacerlo. ¡Imposible! Definitivamente no te lo permito.

—¿Permitirme? ¿No soy libre acaso?

—Sí, libre de pelear y discutir con el Señor, pero no conmigo mi querido joven.

No hubo respuesta, el respeto se había impuesto; tampoco era de buen pensar tentar a las pocas pulgas del otro Pablo.

Alguien que prestaba oído a lo que estaban diciendo se acercó sin timidez junto a ambos.

–Yo lo acompañaré –dijo resueltamente.

Pablo lo miró con una mirada desabrida preguntándose: “¿Quién será este niño tan decidido?”

–Me llamo Ariju, y conozco cada recodo del río y del arroyo. Iré con él.

Aunque no le agradaba mucho la forma imperativa de su hablar, Pablo recordó aquello de no juzgar por las apariencias y de que hay muchos indígenas de los montes muy sabios.

Ariju era un joven un poco mayor que Stefano, de aspecto agradable, astuto, alto, delgado de pelo negro estropeado y largo montuoso; un mancebo fácil para congeniar.

–Dime Ariju...

–También sé de dónde viene esa porquería –señaló cortándole la inspiración, y agregó– Nosotros solos no podemos contra ellos, si nos acercamos para hablar nos amenazan con armas.

–Es necesario que vaya para recoger evidencias y llevarlas a las autoridades –argumentó Stefano entusiasmado.

El padre hizo un gesto de duda muy significativo, pero aceptó la propuesta.

–¿No lo crees posible? –preguntó Stefano con inquietud, mientras Ariju curioso los observaba.

–¡Sí, lo creo posible! –aseveró– Mientras para sí pensaba: “Con la ayuda de Dios, quizás”.

La duda estaba referida a lo que quisieran o pudieran hacer las autoridades.

El origen de todo resultó ser un criadero de peces descuidado y roñoso como los mismos dueños. Tenía dos lagunas artificiales, alimentadas con el agua de una naciente y un desagadero común que finalmente arrojaba sus aguas sucias al arroyuelo.

Ariju hizo una seña a Stefano para que bajara la cabeza y lo siguiera; con suma precaución rodearon la laguna principal hasta llegar al extremo opuesto y, ¡Oh! sorpresa, una parte de la porqueriza y del gallinero estaban sobre el lago ubicados de tal forma para que los peces se alimentaran con los excrementos de los cerdos y de las aves de corral.

Esa no fue la única sorpresa, más allá del chiquero y el corral había un canal labrado en el suelo que servía para evacuar los fluidos del matadero de la propiedad.

–Espérame aquí, iré a hablar con el encargado.

–¡No lo hagas, te golpearán si estás con suerte, y si no, te meterán una bala en la cabeza!

Stefano puso freno a su ímpetu.

Ariju continuó diciendo:

–Si te ven la cara y te relacionan conmigo, mi gente estará perdida.

–Hum... Tienes razón. ¿Qué haremos entonces?

–Tengo una idea. Si me acompañas podremos hacerlo.

Sigilosamente retornaron hasta el “asentamiento” para explicarle al cura sobre todo lo visto. Con tantas indecencias que ya había visto Pablo no quedó extrañado.

–Hijos por de pronto seguiremos trayendo el agua de nuestro río más arriba de la confluencia. Ahora déjenme pensar que

haremos con la contaminación. Vayan a descansar; en mi tienda hay comida.

“Padre, Ariju me mostrará donde anidan los pájaros campana; voy con él. No tardaremos” –decía la nota que dejó Stefano.

Con la oscuridad creciente silenciosamente dejó la carpa y fue en busca de su nuevo amigo. Pusieron las zancas a caminar y se internaron en el tupido bosque; caminaron unos veinte kilómetros en total oscuridad; Stefano lo hacía a ciegas y literalmente prendido a lo que pudiera coger de ropa del indígena, Ariju más que caminar casi volaba, para él andar por la selva era como para Stefano transitar por una calle.

Los reptiles y alimañas eran parte del radar del nativo pero no de su preocupación.

Desperzándose el sol arribaron al gran lago, se sentaron en la arena de la orilla y, el ahora cuentacuentos principal, Ariju, narraba sobre las extrañas criaturas, sobre los incomprensibles misterios y sobre los peligros de navegar por el gran lago. Stefano entre dudas pensaba: *“Pudiera ser cierto con tantos cientos de hectáreas inexploradas”* *“Las brujas tampoco existen, pero es mejor no buscarlas”*. Al instante su pensamiento le trajo a la mente: *“¿Y qué sucede con Dios?”*.

¡Que dilema para Stefano! Pero algo le decía en su interior que aunque dude o esté enojado con Él era mejor dudar que negarlo.

Estando ambos en esos devaneos aparecieron por el horizonte dos indígenas trayendo dos bolsas cargadas y bien sujetas con ligaduras y nudos. Ariju se adelantó a recibirlos y

después del saludo y un brevísimo intercambio de palabras, los nativos se retiraron dejando en la arena las bolsas. Ariju tomó una y le hizo señas a su compañero para que cargara a su espalda la otra. Con la misma premura y rapidez con la que vinieron iniciaron el regreso; la rapidez, con la distancia se fue haciendo más lenta, ya la carga no era tan liviana como al principio.

La idea que Ariju tenía sobre cómo solucionar el problema que acarrea el criadero de peces estaba cristalizándose.

–Yo me encargo de esta laguna y tú de la otra.

–¿Y?

–Y cuando estés allí desata la bolsa con mucho cuidado y tirla al agua; luego salimos agachados sin hacernos ver ni oír.

–¡Y después corremos como si nos persiguiera el diablo!

–completó Stefano.

Concluida la tarea fueron de prisa y sin hablar hasta los límites del asentamiento; allí se recostaron por el tronco de un árbol para recuperar el aliento.

–¡Demonios Ariju, casi me matas del susto!

El nativo le dio unas palmadas y le abrazó con fuerza a su hermano dándole las gracias.

Stefano y Ariju habían arrojado a la laguna dos cocodrilos jóvenes para que acabaran con los peces.

¡Una gran idea de Ariju!

El mancebo de esta tierra y el ítalo descendiente llevaban en la sangre el sentido de la solidaridad y el socorro.

Capítulo 15

De allí en adelante Arijú y Stefano hicieron muchas cosas juntos. Además de prestar ayuda solidaria en donde se los necesitara o donde ellos creían que se los necesitaría, iban de pesca, de caza o simplemente recorrían la selva; estas actividades y distracciones, educaron a Stefano en los secretos, los defectos y las virtudes de las comunidades indígenas que llevaban ese tipo de vida.

En una ocasión cuando Arijú fue a visitarlos a la Misión, contó acerca de los apuros que estaba pasando el exiguo grupo de ortodoxos de una iglesia oriental que optaron por quedarse en el país porque creían que ésta era la tierra que les asignó el Señor; mencionó que por las dificultades despidieron a las dos mujeres de nuestro “asentamiento” que trabajaban como domésticas, y que incluso se deshicieron de algunos indígenas que tenían ocupaciones transitorias como el acarreo de bolsas de cereales y materiales diversos. Explicó también que, a su modo de ver, ya existirían otros problemas en algunas familias, y que no los dejaban trascender porque afirmaban que era un castigo de Dios.

Stefano al momento pensó: *“No era solo con nosotros”*. Tras lo cual repensó: *“Lo nuestro fue real, aquí no lo sé”*.

–Tendríamos que ir a ver si podemos ayudar –propuso Pablo de inmediato.

–No, padre. No podrá hacerlo. Ellos no admiten nada que provenga de esta época; por ese motivo viven aislados de todo.

–Pero a ti y a tu gente los aceptaron.

–Porque somos indígenas...no “blancos”. Para ellos, quizás, somos hijos de Dios, pero al mismo tiempo inferiores; se comportan diferentes pero iguales que muchos “blancos”, para los que somos su orgullo en sus voces pero que nos quitaron todo. Si los “blancos” no pueden entrar, mucho menos usted que es un sacerdote de otra religión.

Hasta ese momento Stefano no había intervenido en la charla.

–Pensándolo bien, tienes razón –expresó Pablo con desilusión y secándose las gotas de sudor que resbalaban por su tonsura. –No debo rendirme, pero...

–Puedo ir con Arijú. Será como si usted estuviera presente. Si puedo hacer algo lo haré en su nombre. ¿De acuerdo?

–¡Y del Señor!

–Del Señor pero en su nombre, no en el mío. Lo haré en el suyo –aclaró Stefano renuente a aceptar.

–Id con mi bendición –les dijo haciendo la señal de la cruz–. Mientras para sus adentros decía: *“Niño terco, ya Dios sabrá como pincharte la oreja”*.

Con ardides y artimañas convencieron al pastor Samuel de que les permitiera darles una mano. Ambos jóvenes despiertos, con sus mentes abiertas, no condicionadas, pronto cayeron en la cuenta de que la esencia de las complicaciones eran la inmensa cantidad de ratas que se paseaban por doquier, a sus conveniencias y anchas.

La viveza que les dio la vida a base de golpes tras golpes, les brindó la solución en un momento de mágica inspiración.

Las ratas abundaban y compartían sus enfermedades, y los felinos no tenían por destino esta comunidad porque eran vegetarianos.

Stefano le hizo jurar por la biblia, que Samuel inmaculadamente siempre llevaba consigo, que por unos meses le daría de comer a sus combatientes de acuerdo a como Dios los creó.

Dada la confusión y el enredo en el que estaban sumidos, el pastor aceptó la condición propuesta.

A los tres días Ariju y Stefano acompañados por otro nativo regresaron con bolsas llenas, pero esta vez de gatos.

Sujetaron los felinos al frente de cada casa con un largo cordel para que no escaparan antes de acostumbrarse y pudieran perseguir y deleitarse con los intrusos.

A la semana volvieron; Samuel los recibió con los brazos abiertos.

—¡Nuestro Señor los ha enviado! —expresó con la luz de Dios en los ojos.

En tanto Stefano se decía a sí mismo: *“Si usted lo cree yo no le contradeciré, no está en mi afán hacerlo”*.

Capítulo 16

Susana sufría los sinsabores y las penurias psicológicas en la “casa-instituto” de madame Braganza; la vida allí era muy similar a la de los hogares-escuela de París, de Londres o de cualquier otra importante “ciudad-real-aristocrática”; el trato era severo y el castigo, aunque no corporal, era riguroso. El cambio de vida drástico y la falta de poder e impotencia para enfrentar las injusticias a la que era sometida ella y las otras jovencitas estaba causando daño y asolamiento en su espíritu de niña-mujer. Nada podía hacer porque su destino estaba al mando de su padre con la anuencia de su “ambiciosa social” madre.

El roñoso y mezquino Williams Rocha era comparable a los traficantes de entrepiernas, y más aún porque por el interés de desear cambiar el color de su sangre del rojo al azul, aunque él la tenía negra, por mostrar estar emparentado con la aristocracia lusitana de manera vil y despreciable entregaba a su virginal hija al disfrute de un desconocido militar de la aristocracia de tercera línea del decadente imperio.

La “casa-instituto” se regía por normas parecidas a las utilizadas por sus similares del medioevo; una ridiculez trasnochada que tenía sus orígenes en las ideas, emociones, frustraciones y deseos reprimidos de madame Braganza. Un adefesio, un despropósito de educación y respeto hacia las mujeres; en otras palabras, una indignidad que las trasladaba a los siglos más negros, porque lo negros la seguían viviendo.

La mujer “clavada” en la casa con el deber de controlar que la servidumbre eternamente tenga a hora las comidas, aunque el hombre no esté presente, de dar placer al esposo cuando éste lo deseara, de traer tantos hijos como pueda al mundo, de coser y bordar socialmente, de demostrar sus buenos modales ante los invitados del señor, de acompañar al mismo únicamente cuando él lo disponga y otras tantas desfasadas obligaciones; todas ellas por no haber nacido con escrotos colgantes.

Para Susana nacida y crecida en un ambiente rural, si bien exquisito y con todos los lujos, pero de otro mundo, muchas de esas reglas y preceptos, aunque las practicase también en la casa paterna y en las del círculo social de su padre le parecían y le caían ridículas y denigrantes; por tanto, las odiaba y hoy más que nunca porque se la estaban imponiendo a la fuerza en contra de su pensar y voluntad.

Vivían en una casona estricta pero bastante alejada de lo que es un claustro monacal, por lo que podían moverse con mayor relativa libertad; cuando salían por algún motivo debían hacerlo en grupo de dos o tres siempre acompañadas por una fémica que fungía de chaperona, con la finalidad de evitar las miradas “tentadoras” de y hacia las jovencitas que pudieran exponer el prestigio de la “casa-instituto” y de evitar cualquier acción descomedida de las jóvenes comprometidas y de las que pretendían serlo; igual cosa ocurría cuando las señoritas eran invitadas a participar a algún evento social organizado por algún linajudo o casamentera esposa, con la diferencia de que allí sí estaban permitidos ciertos tipos de miradas y sonrisas.

En dichos eventos abundaba la buena comida, las piezas musicales bailables, la alegría y las mal disimuladas ojeadas para ver que llevaban puesto las damas y los caballeros, los vistazos en busca de nuevas arrugas, granos en el rostro, calvicies femeninas y otra docena de aspectos criticables.

En una ocasión un dignísimo caballero le pidió a Susana que le concediera un baile y ella con una cortés sonrisa le tendió la mano aceptando la invitación; se levantó con la gracia de un cervatillo y se dirigió hacia la pista; en cada giro en los que coincidía con la mirada de la chaperona Susana le brindaba una sonrisa teatral, y aquella a su vez le respondía con una mirada fulminante; el punto de la cuestión era que las comprometidas tenían prohibido danzar, solo participaban en los eventos para aprender a interactuar con las diferentes clases de aristócratas de la realeza, por entonces muy raleada, o del dinero.

Al regreso la osadía le costó a Susana una reprimenda de primera línea, un castigo que no estaba en sus planes y una carta explosiva al señor Williams Rocha, que no dudó en autorizar un castigo mayor.

El “correctivo” recibido consistió en la prohibición de salida de la casona por tiempo indeterminado; absorbido, por supuesto, con furia y rebeldía.

Pasado el tiempo, en un día cualquiera se presentó una ocasión inesperada y como dice la expresión “a la ocasión la pintan calva”, Susana se escabulló de la casona con pasos apresurados hasta llegar a la avenida principal, allí calmó su apresuramiento y se mezcló con el gentío que transitaba de un lado

para otro. Su ira exaltada no le permitió entrar en razón para entender que de la manera en que lo había hecho no lograría una solución feliz.

Caminó y caminó como un animalillo en busca del bosque, y cuando ya sus pies le sugerían un alto encontró una plaza semivacia y bien arbolada donde el viento junto con el sudor logró refrescar su cuerpo.

Susana era otra, el tiempo y las circunstancias la habían hecho madurar, la habían hecho más ducha y realista. Se sentó en un banco de mármol artificial y al momento lo cambió por otro de madera; el elegante, pero ficticio mármol no podía contra la realidad del tiempo..., estaba tibio. Susana cansada y cabeceando de sueño se repetía a sí misma: “¡lo logré!” “¡lo logré!”. Si alguno le hubiese leído el pensamiento se preguntaría si qué había logrado, pero no encontraría la respuesta adecuada...; pero sí la había, Susana lo había hecho como represalia por el sometimiento de que era objeto, como ser humano y especialmente como mujer, madre de todos los hombres.

La represalia tuvo su represalia, y nuevamente de parte de Williams Rocha, que, sin miramientos, ni respeto, ni atención alguna hizo que su hija sea trasladada al convento de las hermanas de Santa Lucía. ¡Vaya suerte la de Susana! El encadenamiento de los sucesos y la ambición de dignidades y de dinero del padre les eran cada vez más adversos a su suerte.

En el convento ya no insistirían con el baile de salón, ni con montar, ni con la confección de disfraces, ni con los juegos de salón, pero sí persistirían con la enseñanza de buenos modales, con las de las labores del hogar, con la “educación” sexual y con mayor énfasis con la instrucción religiosa. En cuanto a

la educación sexual, todo giraba en torno a la virginidad, a la procreación y al pecado del placer aún en matrimonio.

A meses de haber ingresado, Susana ya estaba pensando en cómo huir de su enclaustramiento forzoso; las enseñanzas que no coincidían con su manera de pensar la tenían en pie de guerra permanente. Estaba harta de todas las simplezas y despropósitos que le querían meter en la cabeza.

En todo tiempo libre se preguntaba a sí misma: *“Por qué todas tenemos que venir al mundo solo para parir críos? ¿Por lógica no deberíamos poder tener también otras misiones en la tierra?”* *“Si es así para todas nosotras las mujeres... ¿por qué las monjas están exentas de la obligación?”*. *“¿Por qué debemos traer obligadas hijos de hombres ajenos a nuestros sentimientos?”* *“¿Por qué nos dieron el disfrute del sexo durante la concepción si es un pecado?”* *“¿Por qué debemos ser siervas de nuestros padres, de nuestros esposos, de nuestro propio ser toda la vida?”* *“¿Cómo frenar con palabrerías todo lo que nuestros cuerpos sienten y nuestra mente piensa?”* *“Creo que decidiré por mí misma lo que haré con mi existencia; al final de cuentas mi vida es mía y de nadie más”*.

La primavera, más decidida que nunca había desplazado al inclemente invierno adelantando su soplo perfumado con aromas de verdes y de flores.

A mediados de la semana el teniente, ahora teniente primero, Afonso Guimaraes se hizo presente en el convento de Santa Lucía, donde presentó un escrito a la hermana directora; un escrito de puño y letra del señor Williams en donde éste le autorizaba al susodicho militar a solicitar a la monja directora

el permiso correspondiente para llevar a la señorita Susana al estreno de una ópera prima de un autor español en crecimiento.

Ocuparon un palco en el lado derecho del teatro muy próximo al escenario. Durante el intervalo de la obra el teniente primero, pidió el consentimiento de rigor a su acompañante para abandonar por un momento el palco, y fue a ordenar un servicio de té. Este refinado y galante caballero, vestido con su atractivo y reluciente uniforme de gala había impresionado gratamente a Susana. Terminada la función la llevó de vuelta al convento y se despidió con un delicado beso de cortesía apenas rozando con sus labios la mano ofrecida por la joven.

La Susana rebelde había quedado impactada.

Capítulo 17

Un confuso día arribó a la Misión Luis Almirón, el hombre de la carreta, trayendo una misiva enviada por el padre Miguel en la que alertaba a Pablo sobre la presencia de dos hombres acompañados por un gendarme con la orden verbal del comisario de inspeccionar la propiedad incluyendo la iglesia misma.

En el escrito le pedía a Pablo que regresara lo más rápido posible porque como él le había negado la entrada, literalmente cerrándole la puerta en las narices, esperaba algún tipo de intervención de mayores proporciones.

Sin darle muchas explicaciones el padre Pablo le participó de lo que estaba sucediendo a Stefano, y le advirtió de que si recibía algún mensaje o percibiera algo fuera de lo común no se hiciera ver.

—Pídele a Arijú que te acompañe durante los días de mi ausencia.

De inmediato Pablo se puso en movimiento con la intención de llegar a la iglesia en las primeras horas de la mañana.

Stefano, aunque más entendido, sintió sobre sí los temores que creyó olvidados, pero anteponiendo la responsabilidad a sus dañosos miedos se dispuso a cumplir a pie juntillas con sus obligaciones para con la Misión y sus protectores.

Amaneciendo el día posterior a la ida de Pablo, Almirón se hizo presente otra vez.

—Stefano, esto es para ti..., te lo envía el padre Miguel.

La nota decía lo siguiente:

“Apenas esto esté encaminado parto para allí, Pablo se quedará para atender la cuestión de fondo, encarga el cuidado de la Misión a Sinesio y vete con Arijú a alguna parte conveniente por unos días. No se dejen ver.

P. Miguel.”

Stefano fue en busca de Arijú y sin darles vueltas al asunto le propuso que fueran de pesca por unos días. Encantado con la proposición éste la aceptó al punto.

–¿Para cuándo? –preguntó vivamente.

–Dímelo tú. Ya estoy aquí para cuando...

–¿Mañana? –indagó Arijú con una sonrisa jovial.

–¡Vale! –respondió Stefano.

–¡Sí, padre Pablo! –fue la respuesta jocosa.

Arijú derramaba alegría, por fin tenía la oportunidad de mostrar a su amigo el gran lago donde vivían los espíritus tribales antes de irse a las nubes para proteger sus cultivos vertiendo agua en forma de lluvia sobre ellos.

Establecieron su campamento en una de las orillas, al borde de un bosque poblado de árboles, en donde los granos de arena eran tan finos que se deslizaban suavemente entre los dedos de los pies y tan blancos que reflejaban los rayos del sol lastimando los ojos; una playa diminuta de una beldad insólita que superaba a las vanidosas del caribe, sin mar, pero acariciadas por las aguas de un majestuoso lago en el que sus vastas dimensiones únicamente eran superadas por sus misterios; un lago indómito en el que menos que algunos se atrevían a navegarlo ni siquiera con la luz del día.

Ariju y Stefano lo hacían, pero tan solo hasta unos prudentes metros de la orilla, y con el único deseo de tirar algunas líneas de pesca.

Antes de alejarse el sol ambos ya estaban en tierra firme y con una gran fogata encendida; ni los orígenes de Ariju, ni el infierno de Stefano les podían facilitar la suficiente protección contra los animales salvajes que deambulaban por el oscuro bosque en busca de comida, ni contra las monstruosas criaturas que habitaban en las islas flotantes del lago.

Con miedo, pero con la valentía de afrontarlo se quedaron allí durante seis días con sus noches.

Cuando Stefano creyó que ya era suficiente tiempo y conveniente regresar, subrepticamente, a la Misión en busca de novedades, Ariju le propuso navegar y poner los pies en la gran isla flotante antes de volver; una oferta, quizás única en la vida, llena de ánimos encontrados y vivamente impresionados.

Sin dudarle y agitado por la emocionante aventura que viviría Stefano aceptó.

La pretendida salida hacia la isla flotante se vio retrasada por la ausencia del propietario de la única canoa que había por el lugar.

Obligados a pasar una noche más lejos de la orilla pernoctaron en las ramas de un árbol.

Mientras Ariju dormía plácidamente con sus sentidos en alerta, Stefano se las pasó espantando atrevidos zancudos y pequeñas hormigas que se le metían por el cuello de la camisa y por las botas del pantalón. “*No hay mal que por bien no venga*” dice el refrán, y al perseguido monaguillo los insectos le facilitaron la tarea de dormir con un ojo abierto, cosa que no lo hubiese logrado por falta de costumbre.

Al amanecer del día siguiente la canoa estaba disponible; el dueño resultó ser uno de los nativos que les habían proveído los cocodrilos que echaron a empacharse de peces en las piletas de cría.

Subieron a la embarcación lo poco que habían traído, suficiente cantidad de frutas y un bidón de agua para un día; cada uno se hizo cargo de un remo y acompasadamente pusieron rumbo hacia la isla situada kilómetros aguas arriba de donde partieron.

La aventura se había iniciado con rostros felices.

–Baja tú primero y estira la canoa con fuerza.

Cuando hizo lo que le pedía su amigo, éste le gritó: *“Ahora ya puedes decir al mundo que has plantado los pies en una tierra inexplorada...; desde ya eres todo un conquistador”* *“Pórtate bien con nosotros (los indígenas) y no hagas como los demás hicieron y aprenderás muchas cosas”*. La directa le hizo pensar a Stefano y le provocó un rubor de culpa ajena.

Todavía cansados y con los músculos estirados por el esfuerzo de remar contracorriente, se acomodaron como pudieron en el pequeño espacio de tierra que dejaban las raíces de los árboles y dieron cuenta de las frutas.

–¡Sueño cumplido amigo! Es hora de regresar –puntualizó Arijú.

Cumplidor con lo prometido, Stefano, como si fuera a montar un caballo intentó subir de un salto a la canoa; sus tendones todavía rígidos no le permitieron completar el salto y su pierna derecha se dio contra el hierro que sostenía el remo; la sangre que comenzó a teñir su pantalón indicaba que había necesidad de atender la herida cortante antes de regresar.

–“*Mannaggia a me*” –se maldijo mirándole a su compañero, que a su vez lo observaba con el ceño fruncido—. No me malinterpretes hermano, solo me dije que soy un idiota.

–Entonces está bien –subrayó riendo Arijú—. Eso ya lo sabíamos –agregó.

El traspíe no les dio tiempo para regresar ese día, por lo que acondicionaron con hojas, mantas y trapos la canoa para pasar en ella la noche. La luna llena salvaje platinaba todas las cosas creadas, animadas e inanimadas, sobre las que posaba la deslumbrante luz que le robaba cada día al sol ahora durmiente, y ennegrecía aún más los sitios adonde no podía iluminar; el festival de luz duró hasta que una atrevida avanzada de nubes la cubrió, al principio en parte y pronto totalmente; la oscuridad retomó su reino, y lo que era una brisa suave súbitamente se tornó en un viento calmoso y frío que hizo que el dolor de la herida fuera mayor.

Stefano aguantaba como podía sin molestar a Arijú; sabía que su compañero a la mañana se las tendría que ver él solo con los remos.

Como a las dos de la madrugada un ruido como de algo de volumen que cae desde arriba al agua inquietó a Stefano, que aguzó sus oídos y su mirar hacia el sitio de dónde provino el golpe en el agua; transcurridos los minutos sin que se escuchara de nuevo el ¡SPLASH!, se acomodó como mejor pudo para cerrar sus ojos; ni bien logró hacerlo un chapoteo y el bamboleo de la canoa lograron hacerlo saltar y agitar el pie de Arijú que tenía a su alcance.

–¡Despierta! ¡Despierta!

–¡Shhh!, ya lo escuché.

Ariju moviéndose como una serpiente de agua se deslizó hasta la borda de dónde provenía el zarandeo; como un latigazo tiró su mano por fuera del bote, cogió el objeto y lo levantó con fuerza sin saber lo que era. Lo que creyeron que era algo misterioso resultó ser un jovencito de tez oscura casi como la noche. Antes de que su cazador lo depositara sobre el piso comenzó a susurrar: ¡Auxilio! ¡Auxilio! Los dos amigos quedaron boquiabiertos con su presa.

–¡No me pegue señor!, ¡por favor le pido!

–Nadie te hará daño. ¿Qué estabas haciendo en el agua en la noche? ¿Estás loco, muchacho?

–¡No señor, estoy huyendo! –explicó con voz apenas audible y temblando de frío y miedo–. Le ruego que me lleven con ustedes.

–Dinos que te pasa, y si es verdad lo haremos –aseveró Stefano sin mirar a Ariju.

Por lo que le había sucedido a él anteriormente ya lo tenía decidido de antemano.

–Dinos tu nombre –exigió Ariju.

–Me llamo Tomás, pero recuerdo que mi abuela me decía que mi nombre verdadero es Ekene.

Sin lugar a dudas Tomás tenía sus ancestros en el África negra.

Mientras hablaban, las nubes que ya se habían apropiado del cielo comenzaron a descargar relámpagos, agua y granizos, dejando a los rescatistas más empapados que Tomás cuando lo sacaron del agua.

Una noche complicada como pocas.

Ekene narró que le “llevaron” unos hombres “blancos”, cuyo jefe tenía cabello rojizo y barba, porque su padre se negó a robar para ellos un Santo de madera, tallada por los indígenas de otros tiempos y que mientras no hiciera eso le advirtieron que él, Ekene, no volvería a su casa.

En su relato también surgieron otras cosas; afirmó que “*esos hombres*” suelen aparecer por esa zona y por otras una o dos veces al año, y que “*siempre hacen lo mismo*”, llevan a los hijos hasta conseguir lo que quieren, y que en ocasiones si no encuentran a los hijos o hijas, escondidos por sus padres, los maltratan con palabras, los apalean y les dan puntapiés. Aseveró que algunos niños jamás regresaron a sus casas. A las familias que tenían reliquias talladas o hechas en barro pintadas con tinturas naturales, se las quitaban sin contemplación. A los que intentaban oponerse los dejaban heridos o los llevaban al bosque y los asesinaban; los cuerpos nunca eran encontrados.

Stefano mientras escuchaba el tenebroso relato se fregaba frenéticamente la herida o cerraba y abría el puño de su mano o se rascaba la cara como si le molestara la barba; Ariju en cambio estaba estático, en apariencia no pestañeaba y tampoco le quitaba los ojos de encima a Ekene; estaba como en un trance paranormal.

–Si todo esto es cierto es algo muy perverso –dijo Stefano.

–¡Lo es! ¡Lo es! –decía Ekene levantando la voz–. ¡Se lo juro! ¡Mi abuela me enseñó a no mentir!

–Cálmate amiguito que creemos todo lo que nos has dicho –sostuvo Ariju volviendo de su aparente trance.

Ambos, todavía anonadados por la sorpresa se alejaron unos metros y discutieron sobre el tema.

Cuando se aproximaron a Ekene, éste antes de que dijeran algo señaló:

–¡Yo los llevaré hasta ellos, conozco el camino!

En ese momento entendieron como debían la situación...

¡El afrolatino venía huyendo de allá!

Clareando el día escondieron la canoa debajo de unas ramas caídas e iniciaron el ascenso hacia la cima de la colina. La subida hasta la cumbre de la isla flotante se tornó pesada porque el bosque que cubría todo el cerro era muy denso y no existía ningún sendero natural ni hecho por el hombre; la constante lucha contra los arbustos espinosos, las enredaderas, las lianas, las hojas filosas de los matorrales y las ramas de los árboles que estaban a la altura del rostro desgastó mucho antes de lo previsto las piernas y los obligó a darse un descanso; en realidad Ekene hizo lo mismo más por compañerismo que por cansancio.

Ariju que había elaborado con el jugo y las hojas de una planta arbórea una pasta pegajosa, aprovechó la ocasión para ponérsela en la herida de su compañero.

–Esto te aliviará y hará que cicatrice tu lesión en pocas horas.

Stefano se encogió de hombros como diciendo: “*Ponlo total...*”

–¡Ya lo verás señor descreído! –sentenció el nativo interrumpiéndolo y mostrándole una sonrisa de futuro triunfo.

Antes de llegar arriba volvieron a tomarse un respiro, pero esta vez no por cansancio sino para pensar cómo harían el descenso sin ser vistos. En verdad de verdad no había mucho que pensar porque ni idea tenían de lo que podría haber al otro lado del cerro, y menos que más dónde estaría lo que buscaban;

Ekene en cambio estaba seguro de lo que buscaba, más no podía precisar dónde porque había bajado en la oscuridad como un alma maldita que busca un refugio antes del amanecer.

Al fin iniciaron el descenso en zigzag para esquivar los nutridos troncos de árboles que les dificultaban el paso; cada diez metros se detenían para escudriñar hacia los lados y el frente por precaución; la misma que tenían en cuenta para no resbalar a causa de la hojarasca acumulada y embadurnada por el barro formado por la lluvia de la noche anterior.

La cautela no superó al destino y Arijú se deslizó cuesta abajo hasta que con mucho esfuerzo pudo asirse a un arbusto del sotobosque y detener su caída.

Stefano y Ekene deslizándose sobre sus asentaderas al rato estuvieron junto a su compañero; la caída únicamente produjo raspones y cortes leves, por lo que continuaron descendiendo un largo trecho sin contratiempos hasta que le tocó el turno a Ekene, que perdió el pie y fue para abajo hasta chocar contra la saliente de una gran roca.

Otra vez la mala suerte los acosaba.

Cuando sus compañeros se disponían a ir en su ayuda, el chico con el aliento que le quedaba después del impacto les hizo apresuradamente una seña para que se quedaran quietos en su sitio.

Ekene sin querer había dado con la parte superior de la cueva donde él había estado encerrado.

Ekene para no ser visto cubrió todo su cuerpo con las hojas que le produjeron el resbalón y se quedó inmóvil como un reptil esperando a su presa; cuando olfateó el humo provenien-

te de una fogata asomó su cabeza por sobre la roca y vio a un hombre robusto que tenía una cicatriz en el rostro y otra en el cuello que se disponía a dormir delante de la cueva.

La cueva en sí era una cavidad natural que tenía una puerta-reja hecha de tacuaras gruesas atadas con tiras de cuero y que era utilizada por los malhechores como celda de prisión.

—Los chicos estarán adentro —subrayó Ekene.

Ahora la cuestión era cómo liberarlos y cómo escapar con ellos.

Había una sola manera de sacarlos de la prisión: desligándose del guardia.

¿Cómo y quién lo haría?

Sin decir agua va, Stefano se llegó con un palo hasta el facineroso y le asestó un golpe en la testa, y como éste intentó levantarse le dio otros dos más.

Ariju sorprendido por la reacción de Stefano pensó: *“Muy poco tierno resultó el monaguillo”* *“Alabado sea El Señor”*.

Stefano no se dio por enterado de lo que había hecho y como si nada buscó un cuchillo para cortar las amarras de la puerta-reja; una vez abierta entró y se encontró con tres chicos asustados; uno de ellos, el que tenía rasgos orientales, se mostraba más sereno que los demás.

—Dinos que pasó..., ¿por qué están aquí? —le inquirió Stefano arrodillado frente a él.

—¡Por lo mismo que yo! —puntualizó Ekene.

—¡Mejor larguémonos ya! No tentemos a la suerte. Es hora de regresar —precisó Ariju, y continuó diciendo—. Cuando estemos a salvo le preguntaremos de nuevo.

Ekene estaba de suerte, fisgoneando por el sitio dio con una alta y estrecha hendidura en la roca; sin vacilar tanteó con sus brazos la profundidad del hueco, luego probó si pasaba su cuerpo y cuando tuvo la certeza de que pasaría fácilmente llamó a Stefano para que viniese junto a él.

–¡Mire señor, aquí debe haber algo!

–Trae un leño encendido y veremos si tienes razón.

–¡Debe haber, señor! Sé que en algún lugar guardan todo lo que roban.

Stefano no podía creer lo que veía; la cavidad interior estaba casi colmada de santos tallados en madera y en hueso, de nichos, de tablas y cuadros pintados; un verdadero “depósito” de arte sacro; los delincuentes se estaban apoderando con violencia y crímenes de tesoros patrios, estaban vaciando la cultura religiosa del país y con total certidumbre negreando con los niños que secuestraban.

Sin perder tiempo puso en conocimiento del hecho a Arijú y entre los dos decidieron llevar la mayor cantidad posible del tesoro hallado.

Los niños liberados advirtieron que aparte del hombre golpeado había otros dos hombres que “hablaban diferente” y que habían salido en otra canoa a motor.

–¿Otra?

–Sí señor, en otra.

–¿Nos estás diciendo que hay una más por aquí?

–¡Sí señor, y está hacia allá! –dijo el “oriental” señalando hacia su derecha.

–Esa nos servirá para huir –afirmó Arijú.

Cuando vieron la canoa el desánimo los envolvió, la embarcación no era lo suficientemente grande y tenía un motor de apenas 4 Hp.

–No nos servirá de mucho, ¡hundámoslo! –dijo vivamente Stefano.

La desamarraron, le quitaron el motor, y así prendida con la piola de amarradura la llevaron lejos de la costa y allí, en las aguas más profundas, botaron el motor al fondo del lago, luego trajeron de vuelta la canoa a la costa y la desfondaron de inmediato

Parte de la estrategia de huida estaba consumada.

Todo lo que se podía llevar introdujeron en bolsas y se aprestaron a abandonar el sitio.

–Esperen..., espérenme un momento –pidió Stefano bajando la bolsa al suelo.

A paso rápido se dirigió hacia el malandro, todavía dormido por los golpes recibidos, y le dio otros dos fuertes porrazos por las dudas de que se despertara pronto.

Capítulo 18

Después de la gran noche de la ópera Susana cambió impensadamente, si bien cumplía con todos los deberes, las reglas y los preceptos normales de obediencia lo hacía sin el aire de rebeldía pasiva que le caracterizaba, se había apagado la luz de su mirada, iba desapareciendo la esperanza cierta en el futuro que esperaba encontrar y ya no daba con la estrella de Belén que continuamente la guiaba; ella misma se fue extinguiendo, y consecuentemente el desgano por dar batalla y romper las cadenas eternas que le estaban imponiendo fue envolviendo todo su ser.

¿Qué había sucedido con la encantadora monaguilla de años atrás?

Prontamente había digerido el deslumbramiento de aquella inusual noche: el mundo de luces nunca visto, las jubilosas danzas, la alegría festiva y el trato caballeroso y gentil recibido.

Repentinamente cayó en la cuenta de lo irreal y fantasiosa que había sido esa velada; entró en razón de que todo aquello estaba muy lejos de la realidad anhelada, de la que ella deseaba vivir.

Susana se sintió traicionada por su yo impresionable y desconocido, sintió que había traicionado a su corazón que clamaba por el cuentacuentos, sentía que le había traicionado miserablemente aunque él no lo supiera.

Bañada en lágrimas y temiendo que muy pronto las ahogase decidió escribir una carta a su amiga Lorena; aquella monaguilla cómplice que le cedió su lugar para que pudiera ubicarse junto a Stefano.

La carta debía ser perfecta si quería burlar a la censura de las hermanas del convento.

“Amiga de toda mi vida:

Van para ti estas palabras probatorias de que nunca te he olvidado. Te guardo en mi mente y en mi corazón agradecido por todas las risas y sonrisas que me has sacado en los días más nublados de nuestra infancia, y por el apoyo que me brindaste durante todos y cada uno de mis días cuando enfermé de varicela; en aquellos días, cuando ninguna de mis supuestas amigas ni osaban mirarme, tú hiciste lo contrario, no te apartaste ni un instante de mi lecho.

Cuando concluyan estas invalorable enseñanzas que estoy recibiendo, y regrese a casa pronta para casarme con mi futuro Señor, teniente primero Afonso Guimaraes, con la venia de mis padres iré a visitarte para pasear y admirar, si aún están, las avcillas y los pedregullos de colores que se colaban en nuestros zapatos y nos impedían caminar.

Lorena amiga, todas las noches rezo por ti, y le ruego a Nuestro Señor que nos permita encontrarnos de nuevo.

Te quiere.

Susana”

Según pasaban los días y la respuesta a su escrito no llegaba, el vacío que le estrujaba la boca del estómago se le hacía cada vez más difícil de soportar.

Susana desconocía que la carta de Lorena estaba retenida en la dirección del convento. No se la habían entregado por desidia, o peor aún, por alguna orden recibida.

El imaginario de Susana, como la gota china, le repetía: *“¿Y si Lorena escribió algo que no debiera?”* *“Y si injustamente la abrieron y encontraron algo que no debiera estar allí?”* *“¡Dios mío!, si es así, será entonces que jamás saldré de aquí”* *“Será que mi padre se ha enterado y decidió que me convirtiera en monja”*.

El bajón espiritual muy pronto se convirtió en una caída muy pronunciada cuando en su segunda visita al convento, ya sin necesidad de autorizaciones previas, Afonso llevó a Susana al concierto de gala del cuarteto de cuerdas de Coimbra. Una exquisitez más para educar y aturdir los sentidos de la ex monaguilla no mundana ni perteneciente a la “buena sociedad”.

Todo explotó cuando el engalanado teniente, culturizado de propósito a la manera de los tiempos del reinado de la prepotencia de los varones sobre las mujeres, creyendo maliciosamente que la prometida dada en compromiso por conveniencias desde ya era parte de su propiedad, intencionadamente trató de sobrepasarse con ella; de buscar los labios se fue a las manos y de las manos al cuerpo. Susana con los ánimos en fuego vivo desde la obligada salida, en el acto le clavó sus uñas lo más profundo que pudo en ambas muñecas.

El ofuscado “propietario” aguantándose el dolor y la rabia de la desobediencia no esperada y de tener que esconder por días los rastros de la uñada con voz desajustada le dijo: *“Ya entenderás lo que es ser mi mujer”*.

Dicho esto, continuaron “disfrutando” del magnífico sonido de las cuerdas.

La farsa en una sociedad hipócrita debía continuar.

En vista de las complicaciones surgidas no le quedaba otra acción más que escribirle una carta a su hermana.

Claudia era su hermana mayor, hermosa como ella, pero carente del carácter juvenil, de la picardía primaveral y de la rebeldía innata de Susana.

Claudia jamás objetó la decisión de Williams Rocha cuando, jovencita aún, fue “concedida” en matrimonio al primogénito de un terrateniente del sureste que controlaba sus negocios desde el extranjero y que en mínimas ocasiones venía a mirar sus tierras o a adquirir mayores cantidades.

Una vez desposada dejó sin sentimiento su casa paterna, acto que tampoco importó a su padre puesto que el negocio ya fue hecho y que su hija tampoco le facilitaría codearse con los títulos nobiliarios.

¿De qué le serviría pedir la intercesión de su hermana ante su padre?

¡De muy poco, o mejor de nada!

Más calmada, Susana hizo idéntico razonamiento y decidió desistir de su idea y jugar el juego hasta convertir en polvo las intenciones paternas.

Capítulo 19

Lorena leyó y releyó varias veces la misiva de su amiga y cada vez que lo hacía la encontraba algo extraña, descuadrada con la persona que ella creía conocer bien.

En los días sucesivos hizo lo mismo e irremediamente arribó a idéntica conclusión.

Se decía a sí misma: *“Algo más tiene que haber en este escrito” “Que somos amigas de mucho tiempo, es verdad, que la acompañé cuando estuvo enferma, también es verdad, que mirábamos las avecillas, lo mismo, que pateábamos las piedras, también” “Que se casará, si ella lo afirma, debe ser así, y aunque a mí no me agrada el chusbarba y churrullero ese y que yo preferiría que...; ¡A la miaja de pan duro, que torpe soy!”*.

Al fin se había dado cuenta que el pedregullo en el zapato era Stefano y que los colores debían ser su visión de enamorada.

—¡Guau, lo descubrí! Le escribiré apenas sepa algo —exclamó en voz alta.

No estaba en los planes de Lorena presentarse a la casa de Miguel y Pablo y preguntar de improviso si qué se había hecho de Stefano que ya no se lo veía por sitio alguno.

Y aunque no estuviese en sus planes decidió que lo haría por más que los curas pensarán que ella era una descocada. Obviamente razonaba así porque desconocía lo humano y realistas que eran Pablo y Miguel.

Durante algunos días estuvo pisando desde prudencial distancia si el ex monaguillo hacía su aparición por el lugar; como no lo vio el siguiente domingo fue muy temprano a misa, o mejor dicho a todas las misas de ese día con el mismo objetivo. Tampoco logró verlo.

Al fin decidió que, por su amiga, valía la pena pasar por descocada y recibir una filípica por ello.

Figurando estar cohibida preguntó por Stefano al padre Miguel; la respuesta la dejó patitiesa.

–Hija, no lo sabemos, un día se fue sin decirnos nada.

–¿Huyó?

–¿De qué, hija?

–De aquí..., de ustedes –respondió con dejo de tristeza plasmada en el rostro.

–Él podía hacer lo que quisiese, era un hombre libre de elegir.

–Es que yo... –trató de explicar tocándose el lóbulo de la oreja–. Es que mi amiga..., necesito hablar con él..., usted entiende padre...–al final no terminó la frase, dio las gracias y se despidió.

El sacerdote levantó su mano respondiendo el saludo de despedida e intrigado la siguió con la mirada hasta que desapareció a la vuelta de la esquina.

Lo acontecido requería dar una respuesta rápida a Susana.

“Hermana de mi alma:

No creerás lo feliz que me hizo leer tus palabras. Ha pasado tanto tiempo que no te imaginas el deseo que tengo de vol-

ver a encontrarnos; tantas cosas tengo para contarte que creo que si te casas tan pronto regreses no podré contártelas toda.

No las conozco a las hermanitas del Señor, pero estoy tan agradecida con ellas por lo bien que te han preparado para esta nueva etapa de tu vida que si pudiera yo también iría a ese convento.

Imagínate, un matrimonio, un hogar y muchos hijos. ¡Que felicidad la tuya!

Ojalá que cuando vuelvas haya pasado el invierno porque por él se fueron lasavecillas en busca de aires más cálidos, y porque con él vinieron las lluvias y subieron las aguas y desaparecieron las piedrecillas de colores, pero no te acongojes que luego llegará la primavera, y si aún estás por aquí las buscaremos hasta encontrarlas.

El día de tu boda, en vuestro honor vestiré mi más glamoroso ropaje.

Un abrazo de tu hermana Lorena”.

Capítulo 20

Con el malandro en gratos sueños le tornó la tentación de echar una última mirada a la cueva, y como si el Señor, con quién Stefano hasta el momento nada había concordado le hubiese dicho dónde, el ex monaguillo entró y se dirigió directamente al sitio adonde estaban arrinconados un montón de cachivaches prestos para ensuciar las aguas del gran lago; los removió tirándolos hacia todos lados y a mitad de su embestida encontró lo que jamás había pensado..., un cáliz de consagración de la sangre de Cristo y un copón de oro puro.

–¡Lo sabía! –gritó eufórico.

Los cinco como si estuviesen de acuerdo le observaron con un gesto de desconfianza.

–Señor, no le creo..., usted no podía saberlo –le dijo sin enredo el chico de rasgo oriental.

–Es verdad, me expresé mal; todavía no soy mago para adivinar, pero sí intuí que podría haber algo más de valor.

–Así está mejor –respondió el chico.

Stefano se acercó a Arijú y le dijo al oído: *“Los niños que sufren muy pronto se vuelven mayores”*.

Por su sinceridad y valor le entregó a Daniel Pin, que así se llamaba, el cáliz y el copón para que lo portara durante la travesía.

Subieron el cerro de prisa, a paso largo, dentro de lo que cabía esperar razonablemente, porque por más que discurrieran como adultos aún tenían las piernas muy cortitas.

Ariju, un baqueano de los montes iba al frente del grupo y Stefano al final, detrás de los chicos para cuidar de que ninguno se quedara atrás. Stefano daría la vida por ellos.

El ascenso hasta la cima fue más rápido que el descenso hasta la cueva-prisión, no obstante, tuvieron que superar muchos tropezones, prolongados resbalones y caídas para llegar arriba; lo significativo fue que llegaron enteros y sin que nadie advirtiera sus presencias. Todos tenían pleno conocimiento de lo que les esperaba si eran cogidos por los traficantes; serían poco menos que un árbol de tronco roído e inservible, porque a los negreros les costaría más esfuerzo derribarlo que quitarles sus vidas.

Así como el ascenso fue rápido, el descenso hacia el punto de partida lo fue aún más porque pese a los obstáculos lo hicieron con el espíritu en alza; la esperanza de salvación, la libertad y el regreso a casa estaba a la vista. Ese espíritu predispuesto a la alegría decayó al instante en que se percataron que la canoa que sus salvadores habían dejado allí había desaparecido del lugar.

Una vez aceptado el hecho iniciaron su búsqueda entre las enormes raíces hincadas en el agua y entre las leñosas matas.

—No está —concluyó Ariju con cara de circunstancias, y prosiguió diciendo—. No hay corrientes como para que el agua se la lleve...; si no se la apropió algún pescador furtivo, podría jurar que fue el barbarroja.

Ante tal aseveración solo restaba volver a planificar la huida a partir de esa nueva realidad.

Los chicos a veces expresaban algún parecer, pero en esa “junta” de hoy no cabían sus pareceres; ellos no poseían ni voz ni voto.

Resuelto tomar la ruta más larga, pensando en que el desconocimiento de la misma por parte de sus perseguidores los iba a desanimar, decidieron pasar a la orilla opuesta en cuanto el viento empujara la isla flotante hacia la costa.

Mientras debían permanecer ocultos.

Lo que no dijeron a los chicos es que no siempre llegaban pronto los esperados vientos, y los que habían venido y traído a Arijú y a Stefano ya se habían ido.

No se quedaron en el sitio, se alejaron del camino del descenso ascendiendo nuevamente hasta la mitad del cerro; allí se dispusieron a esperar.

Borrarón sus huellas, eligieron un árbol de tupido follaje y treparon a sus ramas superiores para pernoctar en ellas; una vez acomodados los pequeños, los sujetaron a los tallos con lianas de modo a evitar caídas durante el sueño.

Stefano acomodó sus pies en una horqueta de buen ángulo y los ató con su cinturón de cuero, Arijú en cambio no los imitó; tantos siglos de ataduras ya fueron más que suficientes para que él siguiera atado.

Si antes dormían con un ojo abierto ahora decidieron acompañar al ojo con un centinela de guardia; vaga decisión ya que ambos sabían que ninguno de los dos se entregaría al sueño.

La noche estaba tan oscura que ni sus manos podían verlas, no había ni una rodaja de luna en el cielo; el bosque solo dejaba oír los sonidos naturales de su silencio. Ese especial silencio audible fue calmando los tensionados nervios, y a no ser, de nuevo, por los centenares de hormigas trabajando que

subían, bajaban y recorrían sus cuerpos constantemente y por las espantadizas lagartijas que con increíble velocidad corrían sobre ellos para atiborrarse de hormigas, la noche hubiera sido menos sufrida. Los chicos, en cambio, extenuados dormían plácidamente porque se sabían protegidos y porque Arijú les había frotado el cuerpo con el jugo ácido de frutas silvestres para que las hormigas ni ningún otro bicho nocturno sintieran deseo de acercárseles.

Al siguiente día los vientos aún no aparecían y las escasas provisiones que tomaron del campamento, y el agua misma, se iban terminando.

Como durante el tiempo de cautiverio no faltaron los días en que no se les proporcionaba comida ni agua, era esperable pensar que los chicos podrían prescindir de la comida un día más, pero no tanto así del agua, por lo que se hacía imprescindible reaprovisionarse prontamente de la misma.

–Arijú pásame la bolsa para traer agua.

–¿Y qué te peguen un tiro?

–No me verán..., y si me prenden los engañaré, les hablaré en italiano; es el idioma de mi padre, ¿lo sabías?

–Así te cogerán más pronto amigo, tú serás oro vivo para ellos. ¡Olvídalo!

“¡Olvídalo!”, Stefano ya lo escuchó cuesta abajo.

Al tercer día, sin rastros de lluvia en el horizonte, los dos amigos se planteaban seriamente si debían cambiar de sitio o si era mejor emprender nuevamente la huida. Entre las cavilaciones y el espantar las oleadas de osados zancudos se les hizo tarde para hacer cualquiera de las dos cosas que tenían en

mente; por de pronto una noche más debían pasar en el mismo lugar. Los chicos captaban el estado de indecisión que estaban enfrentando, pero no decían nada; eso y la confianza que tenían en sus protectores les ayudaba sobremanera a todos.

La secuencia del quehacer se mantuvo igual a la de los otros días; la única diferencia radicaba en los ruidos que hacían escuchar los estómagos vacíos.

La resolución, con todas sus implicancias, debían tomarla ya.

Con sus mentes sumergidas en profundidad en el tema en cuestión, la tremenda borrasca que surgió de la nada los tomó desprevenidos, pero el agua helada los regresó a la realidad.

A media voz advirtieron a Ekene y a sus tres compañeros que estuvieran listos para partir apenas disminuyera la tormenta. Una hora después, así como llegó se alejó el temporal. A la hora todos estaban de vuelta en camino para trasladarse a la otra orilla. Las dificultades se multiplicaron geométricamente con la oscuridad y el terreno barroso; el atrevimiento de hacerlo en esas condiciones les produjo algunos dolores y sinsabores.

Dos de sus rescatados resultaron con heridas relativamente leves pero retardadoras; Daniel Pin tenía una limitada cortadura en la planta del pie y Joao, el chico que solo podía comunicarse en portugués, una dolorosa espina en el talón izquierdo.

Ambos hombrecitos habían hecho la mitad del camino sin haber expresado dolor.

El dolor que les habían infringido otros les habían curtido de espantos.

El corte, en la práctica no tenía otra solución más que un buen y apretado vendaje empapado con el preparado de Ariju; la espina sí requería de la experiencia o la destreza de alguno

de ellos. Stefano la tenía, pero con las afiladas y quebradizas astillas de vidrio que comúnmente perforaban las plantas de sus pies; Arijú hombre de bosques y selvas también la tenía, pero al momento de hacerlo Joao eligió a su compañero de prisión Tomás Ereke a quién le tenía una gran confianza. El “hombrerito de color” más que poseer experiencia era relativamente ducho en esos andares.

Sin la finura necesaria y con la ayuda del aguante de Joao, Ekene le practicó un corte largo y profundo en el talón mientras Stefano sostenía con fuerza las piernas del “paciente”, que intentó alguna sacudida, pero ninguna queja. “*Sostenlo más fuerte*” pidió Ekene y de inmediato comenzó a escarbar dentro del corte en busca de la punta de la espina que con obstinación se escondía dentro la carne viva. Era indispensable encontrarla y sacarla para evitar la infección, la dolencia y para calmar la creencia de que si la punta quedaba dentro, ésta podía llegar hasta el corazón de Joao.

El dolor finalmente dobló al niño, le quitó el aliento y lo hizo desmayar; pérdida del conocimiento que permitió al “cirujano” remover la carne más profundamente en busca de la diminuta púa.

Finalmente, no pudiendo encontrarla Ekene cortó toda la pulpa de carne donde imaginaba que se podría encontrar la maldita punta de la maldita espina.

Terminada la “cirugía” y con Joao todavía durmiendo, Stefano y Arijú fueron en busca de algo, etéreo en sus mentes, que pudiera serles útil para cruzar con menos peligro; buscaron con ahínco en todas partes sin encontrar nada que les sirviera.

Al final optaron por una rama gruesa con abundantes ramas y follaje, ellas les servirían de plataforma flotante y al mis-

mo tiempo como camuflaje mimético; la cortaron y la llevaron arrastrando hasta donde intentarían el cruce.

–Es hora de partir. ¡Apurémonos!

Bien agarrados todos, Stefano soltó la rama y el viento la empujó hasta la orilla opuesta.

Todos festejaron el éxito hasta que aparecieron los nuevos percances; las pirañas le quitaron una porción más de carne al pie todavía manchado de sangre del recién operado, y un retazo a Stefano, justo en su vieja herida.

–¡Gracias a Dios o al cielo!..., como mejor quieras, que esas putas pirañas comieron más vendaje que carne –dijo Arijú con airado enojo y desteñida alegría–. Y antes de escuchar la respuesta de Stefano continuó diciendo: “*Sí, lo aprendí de ustedes, en mi lengua no existe esa palabra*”.

–¿No?...; no te doy asenso.

La alegría podría haber sido mayor si hubiesen pensado en los cocodrilos, que por suerte esa noche con el estómago lleno seguramente estarían soñando.

El estruendo de disparos de escopetas y los cientos de trocitos de hojas y tallos que se esparcían por doquier, les obligó a zambullirse más aún de lo que estaban en el gran manchón del alto pajonal abarrotado de totoras, cortadoras y carrizales.

La divina suerte estuvo de su lado, no los habían descubierto; solo barrieron con balines la plataforma flotante con la intención de asegurarse de que si alguien estuviera escondido saliese rogando auxilio o muerto. Daba igual.

Vuelto el silencio y finalizado el susto, Stefano y Arijú los condujeron hasta el bosque en galería de varios kilómetros de extensión que bordeaba el gran lago en busca de una salida segura.

Capítulo 21

Faltando poco tiempo para que Susana concluya su preparación prematrimonial recién le fue entregada la carta-respuesta de Lorena.

Sorprendida por el hecho, mordiéndose los labios de cólera y sin pedir permiso se dirigió directamente a su habitación y con la ansiedad que la embargaba, tratando de abrir el sobre que ya había sido violado por la censura, casi rompe también su contenido.

Leyó la misiva varias veces y como no logró entender lo escrito se sentó pensativa al borde de su sobria cama, y dándose cuenta de que no iba avanzar con la lectura por su estado emocional la dobló y la dejó bajo su almohada para leerla más adelante.

No pasó más de una hora y sin poder contenerse volvió al ataque con la determinación de sí o sí desentrañar el trasfondo del escrito; no habiendo logrado una única interpretación se acostó y cerró los ojos, no con la intención de dormir sino de cavilar juiciosamente sobre el mismo.

“¿Será que Lorena captó mi mensaje, y si es así por qué me habla de lo emocionada que está con la boda?” “¿De qué glamour me está hablando, acaso desconoce mi situación?” “Quizás de tanto vivir en el poblado se ha vuelto estúpida” “¡Imposible, era más despierta que yo!” “Todo lo que supe sobre el amor y otras cosas ella me lo enseñó” “Posiblemente esté enamorada y ya no presta atención a otras cosas” “Pero es mi amiga de siempre, no puede hacerme eso” “¿Y la historia del invierno y las avecillas y las piedras que se fueron?”

“¿Qué cuernos habrá querido decir?” “Lo *mejor será que yo haga todo a mi manera*”

El movimiento inusitado en la casona de Williams Rocha se podía advertir a través de las inusuales compras que realizaban los mandaderos en los comercios del pueblo; la adquisición de vinos, champanes y diversos licores superaba por mucho a la de las provistas mensuales. En el pueblo circulaban rumores de que se estaría preparando una gran fiesta de gala para conmemorar los cincuenta años de matrimonio de los esposos Williams.

Algunos muchos estaban felices por el acontecimiento, aunque no ignoraban que jamás serían invitados, y otros menos también lo estaban porque aumentaban sus ingresos.

Como solía decir el padre Paolo cuando no lograba consensuar con los fieles: “*Quién entiende a esta gente; están a favor y en contra de sí mismos a un mismo tiempo*”, luego se santiguaba tres veces mirando a las alturas en busca de sosegar la bronca.

Las comadres sin mucho que hacer y queriendo demostrar cada quién que era la más próxima a la familia del gran señor, tiraban fechas que de inmediato eran refutadas por otras que juraban por el Santo que en ese momento le venía a la cabeza que eran ellas las más cercanas, incluso parientes lejanos o compañeras de juego en la niñez.

Con el pasar de los días se dilucidó el porqué de tantas compras, y a la vez condenó a las dueñas de los dimes y diretes a no mostrar sus rostros por unos largos días; aunque no mucho

después pasearon su caradurismo diciendo: “*Yo lo sabía, solo que no quería contradecirlas*”.

Susana había vuelto al hogar paterno, y sus padres a más de recibirla y presentarla en grande a su círculo íntimo, continuaron con los preparativos para la gran boda.

La ex monaguilla derrochaba tanta alegría que su padre ya se consideraba un aristócrata de la realeza.

Pasadas la presentación y las alabanzas, Susana quedó libre para utilizar su propio tiempo. A las corridas lo primero que hizo fue ir en busca de Lorena con quién no había podido verse hasta entonces.

En el ansiado encuentro hubo prolongados abrazos y muchos lloros.

—¿Así que te casas? —preguntó de soslayo y con una disgustada sonrisa.

—Definitivamente sí.

—¿Y qué te enseñaron que ya no lo sabías?

—Mucho más de lo que piensas.

—¡No mientas Susana!

—¡Lo juro!

—Vuelves a decirme una estupidez y te quedarás sola —le advirtió Lorena a punto del enojo.

—¡Sí, me enseñaron!..., a como ser esclava de un hombre —precisó con una amplia sonrisa en el rostro.

Lorena dio rienda suelta a su alegría; había recuperado a su buena amiga.

Terminadas las rabietas, los malos entendidos y las ironías ambas explicaron el sentido de sus mutuas misivas; para Susana las más importantes eran las de Lorena.

—Perdóname, el ambiente del convento me volvió torpe y tarda mentalmente. ¡Cuánto sufrí esperando tu carta! ¡¿Habrase visto que hasta en la casa de Dios habitan “las” demonios?! ¡Hasta con túnica, velo, cinturón y escapulario! ¡Qué desfachatez... Ni las hermanitas bondadosas se salvan de ellas!

Abrazadas y sonrientes como antes caminaron bajo el complaciente sol que flotaba en el límpido cielo azul.

De improviso Susana secundada por Lorena hizo presencia en la casa de los sacerdotes de la iglesia.

—Susana, qué alegría de verte de nuevo por aquí, y a ti también Lorena.

—Para mí también padre es una alegría.

—¿De la monaguilla traviesa que eras te has convertido en una mujer. Espero que hayas dejado atrás las travesuras.

La respuesta fue la inclinación de su cabeza hacia ambos lados en señal de un “sí y no”, acompañado por un aún. “*En el fondo, sigo siendo la misma*”.

—Padre Miguel, usted sabe que si miente y no se arrepiente acabará en el infierno, ¿verdad?

—Es lo que les enseñamos a todos; incluyéndote Susana.

—Y que en el infierno tendrá que vivir con muchísimas mujeres de mala vida y de sexo...; y usted jamás querrá quedarse con todas ellas allí. ¿Verdad?

Ante la lógica de la exposición Miguel, atónito, solo acertó a mirarla con los ojos inusualmente abiertos.

–¿Verdad padre Miguel? ¡Dígame si es verdad lo que le estoy diciendo! –insistió en busca de que la respuesta saliera de la propia boca del cura.

–Sí –contestó a regañadientes.

–¡Nunca jamás encontraremos a un padre tan sincero como usted!

–Si así lo crees...

–Padre, quiero hablar con Stefano –le pidió de sopetón mirándole directamente a los ojos.

–Hija él se fue hace tiempo

–Padre, usted es un buen hombre de Dios, no provoque su ida a ese sitio tan horrible abarrotado de mujeres desnudas. ¡Es un espanto! ¡Imagínese usted ahí con sotana!

Miguel buscó rápidamente salir del entrevero inquiriendo a Susana: “¿Por qué tu interés por él; acaso no estás en puerta de contraer matrimonio?”.

–Sí lo estoy.

–¿Entonces...?

–Entonces antes de mis nupcias quiero verlo.

–¿Que qué dices?

–Hablar con él para invitarlo a que sea parte del coro que cantará en mi boda.

–¡Vaya, mi Dios! Sigues siendo una mujer muy obstinada cuando te propones algo.

–No me entendió padre..., lo que añoro es reivindicar a mi amigo, más por la humillación que por el desaire que le hizo pasar mi padre.

–No podrás hija, tus padres no lo consentirán.

–¡Lo harán! ¡Williams Rocha no será capaz de oponerse a la iglesia...; quizás sus pecados sean demasiados!

–De corazón te lo digo, si tuviese una oportunidad lo haría, pero por ahora no existe ninguna.

–¡Tsk, tsk! –Susana chasqueó la lengua en señal de disconformidad. ¿Padre, me facilitarías una pluma y un papel? Le dejaré un escrito para Stefano por si lo vuelve a ver.

En el papel escribió una sola frase:

“No fue un sueño su realidad. Susana”.

Caminando de regreso ambas hicieron un análisis muy femenino de la cuestión.

–¿Escuchaste? Dijo: “*Por ahora*”. No sé si se le deslizó o fue un mensaje de propósito para interpretar. ¡Lorena, ahora no se nos escapará la verdad!

Capítulo 22

La caminata por el bosque, al igual que antes, fue trabajosa por la cantidad de árboles que crecieron sin un orden y que había que sortearlos asiduamente; ellos entorpecieron tanto el desplazamiento del grupo que a la hora de haber iniciado la marcha recién habían recorrido dos kilómetros.

Cincuenta minutos después divisaron lo que creían ser una probable salida, y lo fue; justo detrás de unos arbustos había una senda estrecha y empinada cubierta de piedras sueltas que conducía fuera de la galería boscosa a un cerrillo en medio de un terreno llano.

Antes de asomar sus cabezas fuera de la última línea de árboles se detuvieron para reorganizar el grupo; los objetos de valor de una de las bolsas se distribuyeron entre los cuatro chicos de forma a que Stefano, y posteriormente Arijú, pudieran cargar a Joao que difícilmente podría caminar por sí solo; el cambio del orden de marcha dejó a Arijú como cabeza del grupo, le seguía Stefano con el “operado” sujetado a su espalda, a él le seguían tres chicos y al final Tomás Ekene por ser mayor que sus compañeros de infortunio.

Continuaron la huida con el máximo cuidado por un caminito angosto, abierto por la naturaleza o por los animales, que discurría entre la alta pared del cerrillo y el abrupto precipicio, paso por paso y con el ánimo angustiado de ser vistos; si los descubrían en esa situación pronto se convertirían en cadáveres dispersos en el fondo del abismo.

La suerte caminó con ellos durante todo ese traicionero trayecto.

La alegría regresó a sus rostros cuando lograron rodear el cerrillo hasta la otra cara, y se esfumó de nuevo de sus semblantes cuando súbitamente el caminito desapareció; por delante solo había una ladera empinada sin ninguna senda a seguir. Allí, algo más protegidos por los arbustos y árboles hicieron un alto; Stefano con cuidado y con la ayuda de Ekene bajó a Joao. Entre la “cirugía” y el tarascón, de vendas y carne, que le dio la piraña su herida todavía seguía palpitando y exudando líquido sanguinolento.

El deseo de todos era que llegasen a tiempo a un sitio cualquiera donde pudieran ayudar a Joao.

—Haré un reconocimiento del área —dijo Arijú y partió sin mirar atrás con el objetivo de no ver un gesto negativo a su intención.

Al regresar explicó que más adelante había encontrado una tierra hollada por bestias y cubierta por vegetación leñosa sin espinas que podían seguir sin peligro; lo que no supo decirles es hasta donde les permitiría llegar.

Sin opciones no tuvieron más que ascender por la ladera y continuar viaje por la tierra comprimida por las patas de los animales.

Ahora Joao iría montado en la espalda de Arijú.

A mitad del camino una serie de disparos casi dieron en los cuerpos de los que iban más atrás en el grupo; todos prácticamente se fundieron con el suelo.

—A la “Santa Puta”, nos volvieron a encontrar —exclamó con rabia Stefano.

Cuando recibieron la segunda tanda de disparos se percataron de que provenían del otro lado del barranco, eso les

dio tiempo para correr y ocultarse en la breña que había más adelante.

De vuelta estaban obligados a decidir qué hacer.

Stefano harto de ser los ratones del juego, tomó la decisión bajo riesgo propio de efectuar un amplísimo reconocimiento; estaba dispuesto a encontrar una salida al laberinto en el que se encontraban.

Volvió a cargar en la bolsa lo que habían repartido para facilitar la marcha, y haciéndole a su compañero un gesto de “*ahora voy*” con la cabeza se fue diluyendo su imagen en la oscuridad. Nada habían conversado al respecto; parecían tener un mismo cerebro y no les hacía falta explicaciones.

A más de explorar el terreno, Stefano iba en busca de un sitio donde esconder los tesoros encontrados en la cueva; dejándolos en un lugar seguro tendrían mayores posibilidades de escapar.

Por otra parte, tenía como misión hallar un espacio no visible donde pudiera prender fuego para hervir la hierba que Arijú llamaba tapekué, para desinfectar y desinflamar las heridas de los niños y muy especialmente la de Joao que empezaba a supurar.

Todo intento era válido en las circunstancias en la que se encontraban.

Esa noche pernoctarían al raso, bajo un cielo estrellado, un suelo pedregoso y el frío como manta.

Pronto Arijú sintió el gemir doliente de Joao y siguiendo su voz lastimera llegó hasta él; Joao estaba acurrucado y temblando en los brazos de Ekene.

–Tiene mucho frío, pero tiene la piel muy caliente –indicó Ekene.

–Es porque tiene mucha fiebre –le explicó tratando de disimular su preocupación.

–Lo sé señor, no se lo dije para no que no se angustie.

Ariju se dio cuenta que Tomás Ekene estaba más maduro de lo que pensaba. Se sentó a su lado y abrazó a los dos con la esperanza de darles más calor.

Todo se estaba complicando más de lo esperado, y para colmo últimamente se estaban alimentando solo con frutas silvestres que, a más de no proveerles proteínas, a menudo a algunos le producía intensas evacuaciones líquidas que los debilitaba aún más. Y lo más negro de todo era que la solución no se encontraba a la vuelta de la esquina.

Al regreso de Stefano a la noche siguiente, Ariju le puso al tanto de la situación y le pidió que trazaran un plan de acción urgente antes de que tuvieran una desgracia no producida por los negreros. Concordaron que después de tratar la herida de Joao levantarían “el campamento” y seguirían camino; si era posible con un mínimo de detenciones.

De los cuatro chicos Tomás Ekene era el único que estaba como rehén de los malhechores hasta que su padre les entregara el Santo tallado en madera, que debía previamente robarlo de la vivienda donde trabajaba.

Ekene provenía de una larga familia de esclavos africanos que llegó a América tiempos ha; y que una vez acompañando a un caudillo político terminaron libres y se asentaron y procrearon en tierras cercanas al gran lago.

Daniel Pin, el chico de origen oriental, terminó en las garras de la banda de facinerosos después que éstos asesinaran a sus padres para robarles lo que tenían en su comercio.

Joao y Julián era primos hermanos, hijos de matrimonios de origen brasileño y paraguayo. Ambos habían sido raptados a orillas del río para ser vendidos en los campos agrícolas del sur del imperio.

Todos, víctimas de un crimen perverso que se enseñoreó del mundo; en el que victimarios y demandantes deberían terminar en el infierno de los infiernos.

Lo que les quedaba por delante era tan difícil de caminar como lo habían sido los trayectos anteriores; igual de dificultosos, pero en extremo diferentes.

A cien metros del “campamento” se encontraron con una larga trocha abierta entre malezas que no les causó dificultades, al terminar la trocha atravesaron un larguísimo pasillo ascendente y abierto entre grandes y altas rocas, de suelo pedrizo formado de piedras sueltas que al pisarlas se volteaban y rodaban cuesta abajo; ahí debieron hacer otro alto para descansar las pantorrillas y muslos ya muy tiesos que produjeron algunos dolorosos calambres.

A pesar de estar bien protegidos por las paredes que solo permitían ver el cielo, Stefano y Arijú, uno en cada extremo, vigilaban a la distancia.

Levemente descansados e hidratados con el jugo de las frutas y el agua recogida prosiguieron la marcha; debían atravesar por completo la serranía, arribar hasta la antecima y visualizar que parte de la colina daba con la llanura.

La caminata iba languideciéndose al tiempo que avanzaban más y más; los niños sufrían menos por sus años y propio peso que sus momentáneos salvadores.

Como si fuese que se necesitara tantas piedras para ser una serranía las rocas no terminaban de alfombrar los suelos; así, salidos del pasillo tuvieron que vérselas con un canchal amplio, sin subidas ni bajadas, cubierto hasta más no poder de las ya odiosas rocas; pero gracias al cielo éstas fueron las últimas, de ahí en adelante les tocó atravesar un carril que únicamente facilitaba el paso de un carro. El espíritu de los perseguidos caminantes nuevamente subió en la escala de la esperanza.

Al fin después de tantos obstáculos, tropiezos e impedimentos llegaron a una gran extensión levemente ondulada y desprovista de matas y árboles; el valle anhelado estaba nada más que a “cuatro pasos”.

A media hora de espirituoso andar, Stefano que iba al frente divisó a lo lejos un desordenado caserío; que tal vez con el paso del tiempo se convertiría en un pueblo.

Allí donde se encontraban se detuvieron antes de descender hasta el caserío; era necesario volver a pensar en una estrategia. Imaginaron varias, pero finalmente se impuso la realidad; Joao si no recibía atención podría morir en horas, y los demás chicos, ya escuálidos y con calambres continuos necesitaban con urgencia alimentos y buena agua.

Imperiosamente debían llegar todos juntos hasta el caserío.

Llegados a la villoría se dirigieron hasta una casa que portaba un cartel que decía: “Bar y Almacén de Ramos Genera-

les”. Cruzaron la puerta de entrada no más de diez pasos y se encontraron cara a cara con todo el malandrínaje sentado en sillas que bordeaban una mesa.

Stefano dijo para sus adentros: *“La puta suerte que nos enviaron”*. *“Ahora entiendo por qué ya no los vimos más”*.

–¡Bienvenidos, hace tiempo que los esperamos! –exclamó a boca de perros el barbudo de pelo rojizo descrito por Ekene. Sus malandrinos no emitieron sonido; el que hablaba era el jefe.

Aparentando no sorprenderse con la presencia, Stefano le dijo sin enredo: *“Necesitamos un enfermero o un idóneo para que atienda al chico”*.

–Antes hablemos de lo que nos robaron –respondió secamente el “barbarroja” del gran lago.

–¡Un enfermero o nada! –enfaticó Stefano.

El barbarroja encolerizado, tomó su revólver y se lo puso en la sien.

–Una palabra demás y te enviaré directo al cielo curita de mierda.

–¡A tanto no llego!... Y dudo ser bien recibido en el cielo. ¡Podría mandarme al infierno si quiere, pero allá su tesoro se derretirá conmigo! De entre todos nosotros únicamente yo sé dónde está escondido el tesoro. ¡Un asistente de salud o nada verán sus ojos!

Barbarroja enfurecido estiró la espuela del martillo percutor como para hacer volar en trozos la cabeza de Stefano.

–¡Hágalo, no me da miedo! ¡Hágalo de una vez, así podré irme feliz de este mundo!

–¡Sotanudo de mierda...!

–¡De mierda...! A veces me pregunto por qué aquí todo es de mierda: ¡Calor de mierda! ¡Frío de mierda! ¡Lluvia de mierda! ¡Sol de mierda! ¡Cura de mierda! ¡Asesino de mierda!...

El pelirrojo totalmente alterado le cruzó la cara con el caño del revólver, y admitiendo sin decirlo su frustración dijo: *“Por ahora te dejo vivir algunas horas más...; hasta que me traigas lo que me robaste”* “¡Colibrí acompaña al curita de mierda éste!”

Colibrí se levantó parsimoniosamente para infundir más temor que el que aportaba su cara nutrida de cicatrices por cortes y pozos de viruela. El sentido verdadero de su sobrenombre bastaba para describirlo como un asesino despiadado...; colibrí le decían porque siempre llevaba consigo un cuchillo desollador curvo de treinta centímetros de hoja de la marca de su apodo.

—Antes me da su palabra, que de nada vale, de que ahora mismo hará atender al chico que se nos está muriendo.

—¡Está! —respondió secamente. Y ordenó a uno de sus bandoleros que fuera a traer a como dé lugar al veterinario.

Stefano partió otra vez hacia la serranía seguido de cerca por el desollador. Era consciente de que una vez dado el tesoro a Colibrí, en el mejor de los casos, lo acuchillaría, e igual suerte correrían Ariju y los chicos que no les sirvieran para venderlos.

—Las bolsas están al fondo del pozo.

El pozo era un hoyo profundo, de boca grande a ras del suelo, de forma y paredes irregulares que nada tenía que ver con algo hecho por el hombre.

Colibrí, sin decir palabra, abrió el alargado bolso que llevaba sujeto su espalda a manera de bandolera, extrajo una soga, desenrolló unos metros y la ató a una sólida roca.

—¡Baja! —ordenó ácidamente a Stefano.

–¡No!

–¿Quieres morir?

–¿Y tú? Por cierto, que no querrás, porque si yo muero antes de tener el tesoro tú me acompañarás en la tumba.

El desollador lo miró con los ojos entrecerrados y a punto de estallar, pero se contuvo porque había mucho de verdad en la aseveración.

–¿Cómo harás? –preguntó hoscamente.

–Me sostienes y yo bajo.

–¡Sin trucos! ¡No te mataré, pero te romperé algunos huesos si los haces!

A disgusto, Colibrí, cruzó la soga por su pecho, espalda y cintura, sosteniendo una parte con la mano izquierda y la opuesta con la mano derecha; Stefano, a su vez ató el extremo de la cuerda a su cintura y se dispuso a bajar, pero antes de hacerlo le dijo a su posible asesino: *“Cuando tenga lista y anudada la primera bolsa daré tres estirones a la soga para que la subas; luego...”*

–Tiro de nuevo la cuerda para que suba la otra bolsa –dijo con malévolas prepotencia interrumpiéndolo.

–¡No, escoria de mierda! ¡No moriré en el fondo del pozo; prefiero arriba o mejor en la casa! –terminada las frases sin tardanza pensó: *“Otra vez mierda” “¿Será que me está agradando decirla?” “A veces suena bien”*.

–¿Entonces qué?

–Después que baje, sujetaré la otra bolsa a mi cintura y nos subirás al mismo tiempo.

–Da igual...lo mismo puedo desollarte después.

Durante el ascenso Stefano haciendo de propósito de peso muerto dificultaba el trabajo de Colibrí.

Antes de medio camino Stefano, agarrado a las salientes de la pared, a voz en cuello exclamó: “*¡Detente que se rasgó la bolsa y cayó al fondo el cáliz de oro macizo!*” “*¿Puedes verlo?*”

Colibrí asomó el cuerpo al borde del hueco y Stefano desde donde estaba aferrado se dejó caer hasta el fondo arrastrando consigo al desprevenido desollador.

—¡Una muerte impensada te tocó hijo de puta!

Buscando un sitio seguro donde pudiera prender fuego para hervir la hierba medicinal sin ser visto, Stefano había descubierto a metros por debajo del camino una cueva atemperada por la corriente de aire que entraba por la boca y salía por el hoyo, donde había caído el desollador, que fungía de chimenea.

Stefano nunca había arrojado las bolsas al pozo por el hueco que mostró al desollador, las había escondido estando abajo; fue un artificio hábil y mañoso.

Dejó el cadáver donde se estrelló, y subió a la meseta de la cumbre con la expectativa de divisar algún otro caserío vecino; el fuego que anteriormente podría haberlo delatado en esta ocasión se convirtió en salvación. Lo que no había visto de día lo pudo ver en la oscuridad de la noche; entre la arboleda percibió una tenue luz rojiza. Con la celeridad del sediento hacia el agua del río, bajó hasta ella; las llamas de la hoguera estaban calentando los cuerpos húmedos de los hacheros.

Stefano relató la situación al capataz y a sus hombres y solicitó ayuda.

Cuando el alba pintaba de platino el cielo, Stefano se hizo presente en la puerta de entrada del “Bar-Almacén”; abrió suavemente la misma y arrojó las bolsas a los pies de Barbarroja, que disgustado por esta acción hizo callar a sus malandros que vitoreaban a su jefe por el éxito logrado.

–¡Cura infeliz, esto no les salvará la vida! –exclamó señalando las bolsas con sus sucias botas.

–¡No te alcanzará el tiempo miserable asesino! –le respondió escupiendo sobre sus botas.

Antes de que pudieran reaccionar los negreros ya fueron rodeados por los nerviosos hacheros del bosque.

Capítulo 23

En el pueblo ya había corrido el rumor de que Stefano y Arijú rescataron a cuatro niños salvándoles la vida; las habi-llas no fueron más allá de lo dicho.

Más rápido que un pensamiento Lorena fue hasta la casa de la novia del momento para ponerle al tanto de lo que se ru-moreaba. Susana que desde que había conversado con Miguel no había ido por el pueblo desconocía la “noticia”.

–Mi intuición era cierta –sostuvo.

–Al parecer estabas en lo cierto, pero no apures los hechos porque todavía no lo son –reflexionó para ella Lorena.

–¡¿Que no?! Mi inocente amiga... ¿Aún no te das cuenta?

–Miguel no es capaz de mentir; es un pan de Dios.

–No lo dudo, pero pan duro y con algunos hongos.

–Sin ninguna duda. Es un hombre, ¿no?

–Pero me mintió a mí, Lorena.

–¿Y?... ¿Ya te sientes de la realeza? ¡No te conozco Susa-na!

–Mi única y mejor amiga sigue siendo tan candorosa y tan tonta como cuando la conocí. ¿Cómo puede caber en tu cabe-cita lo que acabas de decir? Dije que me mintió a mí; pero no porque me creo parte...

–¿De qué entonces? –la interrumpió.

–¡El padre Miguel no puede mentir a una mujer enamora-da!

–¡Vaya! ¡Quién lo hubiera imaginado! ¿Qué te hizo el ma-riscal de las botas para que cayeras tan postrada a sus pies?

–¡Lorena despierta ya! –protestó Susana golpeando fuertemente una contra otra las palmas de sus manos–. Estoy enamorada pero no de él..., sino del otro re-tonta.

–Susana, ¡por Dios, atájame que me desmayo!

–¡Aquí no, aquí no Lorena, que nos pueden descubrir!

A partir de allí las amigas juraron no parar hasta encontrar al ex monaguillo.

Incesantemente visitaron sucesivamente a Pablo y Miguel, pero a ambos ni una mosca les entraba por sus bocas.

–¡Lorena, rezaré todos los días para que los dos curas vayan al infierno! –aseveró Susana con el rostro desfigurado por la rabieta.

No dándose por vencidas por días se sentaron en la puerta de la casa de los curas.

–Habrás que decirles alguna cosa antes de que las chismosas de siempre comiencen a cocinarnos en la olla de sus bocas –sugirió Pablo.

–¿Y nuestra promesa?

–¡*Madonna mia*, en que lío estamos!

–Digámosles algo sin decirles nada –sugirió Miguel.

Al día siguiente al abrir la puerta Paolo se dio de cara con las dos enfurecidas damas, pero antes de que iniciaran las bravas cataratas de preguntas el cura sacó un papel de su profundo bolsillo y se lo entregó a Susana.

El escrito decía:

“No fue un sueño su realidad..., fue entregado”.

Ambas, gritando y abrazándose saltaron de alegría.

Pasaron dos semanas y Stefano no hacía presencia en el pueblo; la desilusión velozmente echó raíces en el espíritu de Susana.

El novio había llegado a la casa y la boda se hizo imposter-gable.

Desesperada en extremo, Susana que ahora ya no podía abandonar la casa envió por su amiga.

—Lorena, mi peor pesadilla se está haciendo realidad. Odio a mis padres que me están vendiendo para que un desgraciado profane mi cuerpo. ¡Qué estúpida fui al no huir de esta casa! Amiga mía te ruego que me hagas un último favor.

—Sea como sea ten por seguro que lo haré —le juró abrazán-dola con los ojos lacrimosos.

—Cuando todo esto termine para siempre con mi libertad, quiero que le digas a Stefano que lo quiero con toda mi alma, desde que lo conocí, y que no supe defender mi integridad por creer que si no cumplía con la voluntad de mis padres, malditos sean, perdería el respeto de la sociedad. He sido una necia que no entendió que la vida real también era la que vivían las otras personas que existían fuera de esta prisión de mi cuerpo y mi alma —confesó con una sinceridad que atravesaba el corazón.

Se sentaron en el piso agarradas de las manos sollozando y con la respiración entrecortada.

Capítulo 24

Stefano y Arijú fueron recibidos como nobles caballeros de otras épocas por las autoridades, la comunidad y por sus amigos, los padres Miguel y Pablo.

Las celebraciones en honor se harían después de la misa de agradecimiento al Señor y a sus siervos laicos que siempre eran solidarios con todas las comunidades, y que en ésta ocasión habían arriesgado sus vidas para salvar otras.

Todo el pueblo estaba pendiente de las ceremonias a venir; estaban orgullosos de sus héroes; la feligresía y el pueblo entero sentían que su autoestima volaba por los cielos; por fin era un pueblo tan pueblo, y más, como los otros.

Cuando al fin Lorena pudo conversar con Stefano le comentó todo lo que estaba aconteciendo en la vida de Susana.

Si bien no dudaba de la sinceridad de las palabras de la joven, se mostraba dubitativo; había pasado tanto tiempo de aquella vez que no atinaba a aclarar sus sentimientos.

Escuchando a Lorena le vino a la mente aquello de: *“Una duda corroe mi alma...una duda sin razón”*; pero de inmediato se la sacó de la mente porque sí había una duda con razón.

–Dile a Susana que yo también la he querido con todo mi corazón, y que ahora con lo que me quedó de él no sé qué decir.

–Di lo que creas y sientas y yo se lo transmitiré tal cual.

–Por favor transmítele que como hombre íntegro no puedo ni debo escuchar a una mujer comprometida con otro hombre.

–Pero... –trató de interceder Lorena, pero fue interrumpida.

—¡Sin ningún pero! ¡No puede ser ni lo será!

Cuando Susana escuchó a Lorena, ni tan solo una lágrima abandonó sus ojos.

—¡Que así sea entonces! —sentenció dando un abrazo y despidiendo a su amiga diciéndole: “*Nos veremos en la boda*”.

El día tan esperado por Williams Rocha, el teniente primero Afonso Guimaraes y familias había llegado.

El día límpido, terso, impresionaba con sus colores; la brisa suave y constante como nunca había estado en los días previos hizo correr al calor; la casa competía con la belleza de la novia y de las damas y caballeros de finas vestimentas; los platos de loza alemana, los cristales de Murano y los cubiertos revestidos de oro enceguecían con solo mirarlos; hasta los sirvientes vestidos con conjuntos a la francesa parecían duendes.

El sacerdote para la ocasión por supuesto no eran ni Miguel ni Pablo, era el Arzobispo de la ciudad capital; no podía ser menos.

El Arzobispo entró caminando ceremoniosamente y se puso frente al Altar; el coro entonaba a la perfección el Ave María de Franz Schubert.

Era el momento en que Williams Rocha después de recorrer el pasillo lleno de flores debía entregar frente al altar la novia al futuro esposo.

Pasaron los minutos y Williams no hacía presencia con la novia.

Nadie se inquietó; una novia siempre llega tarde.

Cuando pasó más del tiempo prudencial los invitados volteaban sus cabezas para ver qué ocurría.

La chismorrería y los ¡Oh! ¡Ah! ¡Uh! se iniciaron cuando alguien comentó que no estaba la novia.

El espacio que ocupan los bancos pronto se convirtió en un aturdidor cotorreo.

Sinceramente nadie sabía dónde estaba la novia.

Susana aún vestida de novia se encontraba golpeando la puerta de la vivienda de los padres misioneros.

Miguel la abrió y se encontró con la joven; los ojos se le desorbitaron y no supo qué decir.

–Quiero hablar con Stefano –exigió Susana.

El cura miró a Pablo sin saber qué hacer y Pablo encogiéndose de hombros llamó a Stefano.

–Hijo ven aquí que el problema es tuyo.

Stefano que había escuchado todo bajó de un salto.

–¿Qué haces aquí? –preguntó casi horrorizado.

–Estoy aquí para hablar contigo –respondió con pasmosa tranquilidad.

–¿Así vestida de novia?

–¡Como lo ves! Si te perturba préstame un pantalón y una camisa.

–¡Por Dios Susana! ¿Estás bien?

–¡Sí! –contestó y dio unos pasos hacia adentro.

–Espera, espera un momento.

–Préstame algo para ponerme o saldré a la calle a gritar.

–Eres muy capaz de hacerlo –afirmó y rendido ante la realidad le trajo un pantalón y una camisa.

–Ahora señores curas y monaguillos dense vuelta que me voy a cambiar.

Si no fueran curas misioneros realistas estarían creyendo que la había enviado el diablo para probarles.

–¿Recuerdas el sitio donde la piedra me impidió caminar?

–Seguro, lo tengo en mi memoria.

–Pues, acompáñame hasta allí; luego te dejaré en paz por siempre.

–¡Si tu padre y tu prometido no nos agarran antes!

–Descuida, ignoran dónde estoy, y Lorena les está confundiendo más.

–¡Con que lo tenías todo planificado!

–¿Lo crees? ¡Yo no soy capáz!

Sin chances Stefano acompañó a la “*principessa de su cuento*”.

Cuando llegaron, sin decir voy, Susana se tiró al agua fría y al rato gritó:

–¡Ven por mí! ¡Ayúdame a salir! ¡Ven te digo que me estoy helando!

Otra vez sin chances Stefano entró al agua.

–Abrázame que estoy tiritando! –pidió Susana.

La rodeó con sus brazos para darle calor y Susana aprovechó el momento para apretarse con más fuerza a su cuerpo.

–¿Así que nunca pensaste en salvarme de la deshonra del matrimonio arreglado?

–Sí y no –a duras penas y casi inaudible fue su respuesta.

–No te escuché, pero te entiendo.

Mientras lo apabullaba con preguntas difíciles de responder sin pensarlas antes, Susana había metido una pierna entre las piernas de un Stefano que no atinaba a cómo reaccionar; a

la pierna le siguió un candente y prolongado beso en sus labios que terminó con un suavísimo mordisco. Stefano seguía atónito. En un descuido Susana levantó su blusa y le hizo sentir descuidada y dulcemente sus erectos pezones en el pecho. Stefano más turbado aún no sabía qué hacer con esa terrible joven; no sabía que hacer, pero tampoco si lo supiera no quería hacerlo, ya estaba metido en el juego. Ella ya lo había intuido y decidió aturdirlo aún más. Simulando que la causa era el movimiento del agua, friccionó con su muslo la entrepierna de su víctima que aún pretendía a medias ignorar lo que ocurría. Susana, viéndolo vencido fue más allá aún y aventuró su mano a medias bajo la cintura del pantalón de él..., cuando lo sintió entregarse se lo acercó a su virginidad gimiendo su libertad.

Con su libertad había roto todo compromiso nupcial, había evitado una deshonra como ser humano y había recuperado al amor de toda su vida.

Se terminó de imprimir en mayo de 2019.

Arandurã Editorial

Tte. Fariña 1028

Asunción - Paraguay

Teléfono: (595 21) 214 295

e-mail: arandura@hotmail.com

www.arandura.com